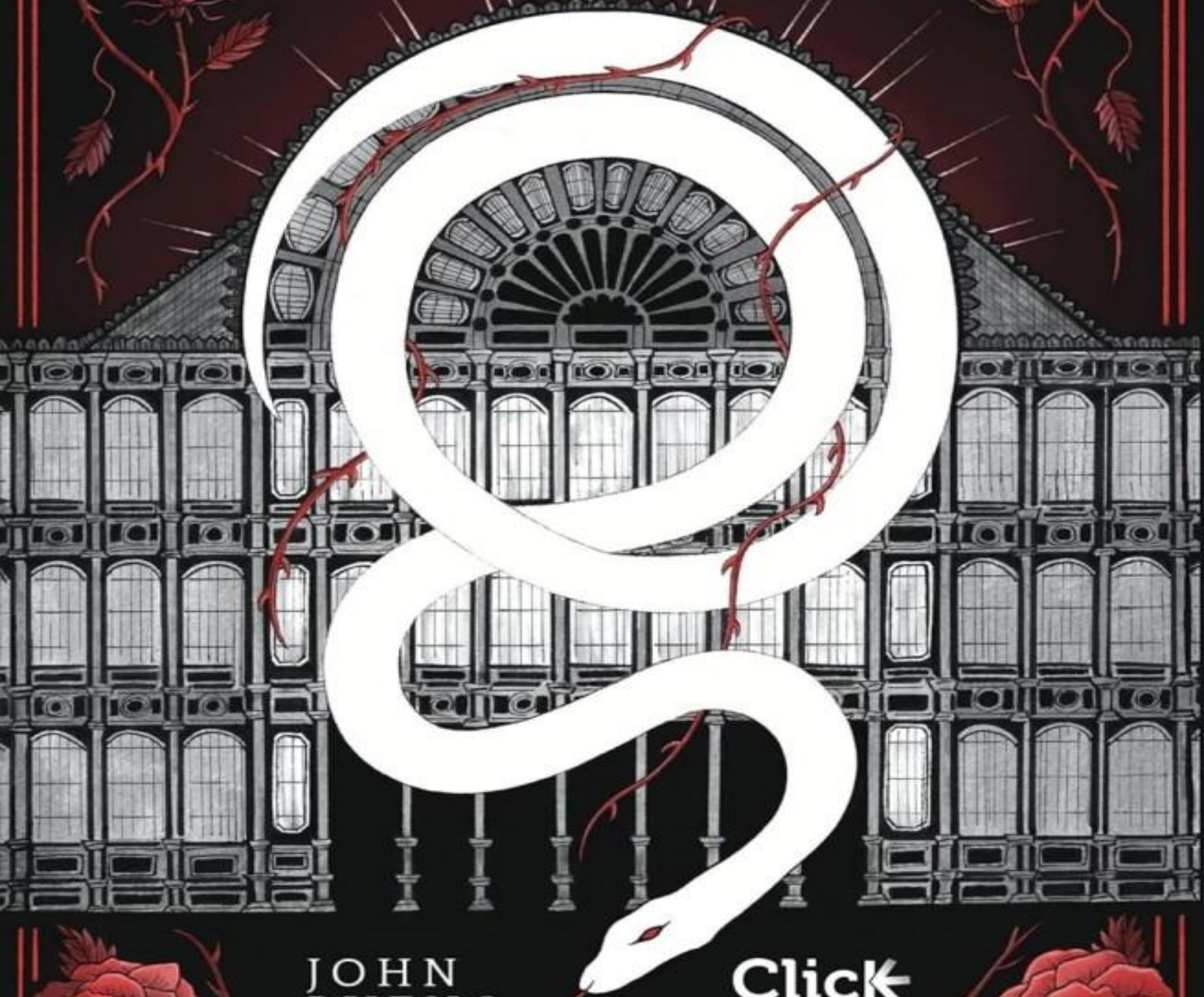
Te Odio

LA REINA DEL BURDEL DE LONDRES



JOHN BUENO

Click EDICIONES

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

La Casa del Amor

1
2
3
4

El puente del pecado

1
2
3

Domingo sin resurrección

1
2

La Casa de la mancebía

1

2
3

Hugo de Tormes

1
2
3

Vino dulce y palabras amargas

1
2
3
4
5
6
7

La capital del mundo

1
2
3
4
5
6

«Amoureux»

1
2

Amor prohibido

1

2
3
4
5
6
7
8

Cortejo

1
2
3
4
5
6
7

Obertura

1
2
3
4
5
6
7

Crystal Palace

1
2
3

4
5
6
7

Baile de traiciones

1
2
3
4
5

Te odio

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Créditos

TE ODIO

JOHN BUENO

Click
EDICIONES

Para Marco y Leticia, mi sol y mi luna.
Mis anclas y motivos para sonreír en los días
nublados y las noches oscuras.
Ellos ahuyentan las tinieblas de la desesperanza.
Os amo.

MELIBEA. ¿Cómo dizes que llaman a este mi dolor, que assí se ha enseñoreado en lo mejor de mi cuerpo?

CELESTINA. Amor dulce.

MELIBEA. Esso me declara qué es, que en sólo oírlo me alegro.

CELESTINA. Es un fuego escondido, una agradable llaga, un sabroso veneno, una dulce amargura, una delectable dolencia, un alegre tormento, una dulce y fiera herida, una blanda muerte.

La Celestina

Fernando de Rojas

La Casa del Amor

1

Hugo no tenía ni la más remota idea de quiénes eran sus padres biológicos, aunque no era algo que le quitase el sueño. Tampoco sabía si estos seguían aún vivos, lo que también le era indiferente. Solo había una única cuestión que a Hugo le gustaría reprocharles a la cara a esos malnacidos: no haber dejado una maldita nota con un jodido nombre.

El pequeño Hugo había sido abandonado a las puertas de un orfanato católico cuando no era más que un rorro. Hugo sospechaba que el abandono de criaturas no era una cualidad propia de las personas bondadosas y de buen corazón, o eso se supone, pero ya que alguien hacía el esfuerzo de abandonar a su propio hijo, qué menos que hacerlo dejándole el nombre puesto.

Ese bebé desvalido se tuvo que conformar con el nombre del estúpido santo que tocaba recordar aquella noche fatídica en la que había sido recogido por las monjas. El santo en cuestión era un tal Hugo de Grenoble y, como el orfanato estaba en Salamanca, el niño abandonado pasó a llamarse Hugo Salamanca.

El dichoso orfanato se llamaba La Casa del Amor, siendo el lugar de Salamanca en el que menos amor podía hallarse. Las monjas decían que se encontraba en la orilla buena del río Tormes, cuyas gélidas aguas limpiaban de impurezas a los niños, y más si estos se bañaban en invierno.

Hugo Salamanca acababa de cumplir los quince años y, según las chupacirios, Hugo era un zagal irrespetuoso, zascandil y botarate.

Aunque para las monjas todos los huérfanos eran, al menos los que allí vivían, unos desconsiderados, ya que pocos eran los niños que tenían la asombrosa suerte de poder criarse junto a las siervas más cercanas a Dios.

Hugo, que siempre se fijaba más en la luz que entraba por las rendijas del confesionario que en la oscuridad que este albergaba en su interior, debía dar gracias por haber tenido el asombroso privilegio de criarse en un orfanato cristiano que le había revelado un secreto universal, uno que cualquiera de aquellos ilusos que acudían todos los domingos a misa parecía no conocer: Dios no existía, pero el diablo sí; aunque, para los habitantes de aquella santa casa, el único diablo allí era el propio Hugo.

Los curas y las monjas promulgaban a los cuatro vientos que Hugo era un rebelde, un pícaro, un tunante, un malhablado…; en resumen, que no era digno de Dios. Hugo, al escuchar tales palabras, hinchaba el pecho y sonreía, ya que le reconfortaba saber que no iría al cielo.

Todo aquello le importaba un pimiento a Hugo, ya que su intención no era esperar allí hasta los veinticinco años; para entonces el cura habría pasado de las miradas lascivas a otras cosas peores. No, Hugo tenía que huir de aquella cárcel con velas. Y, sin duda, el mejor momento para fugarse de un orfanato católico era en Semana Santa.

Aquella Semana Santa, además, iba a ser especial, aunque, para las monjas, hasta los domingos eran extraordinarios. Hugo, que ya era viejo zorro a pesar de su temprana edad, sabía que el término «especial» no significaba lo mismo en boca de una monja, por lo que al principio receló de aquella palabra; pero entonces descubrió que, de forma inaudita, las monjas estaban diciendo la verdad y que, dicha Semana Santa, contaría con un invitado especial: el papa.

Su santidad, como todos lo llamaban allí, iba a venir de visita a España y, como no podía ser de otro modo, iba a hospedarse en la bella y hermosa ciudad de Salamanca. El tal papa debía de ser sumamente importante, ya que las monjas pegaban con más esmero desde que se supo la noticia.

2

22 de abril de 1848, Sábado Santo y, además, día en el que Hugo llevaría a cabo su ansiada fuga.

Hugo había pasado semanas preparándose para dicha fecha: se bañaba todos los días en las aguas frías del río Tormes, no para limpiarse, pues no todas las manchas salían con agua, sino para perfeccionar su nado; no le quedaba más remedio, puesto que a los huérfanos que no sabían nadar se los llevaba la corriente. Las monjas poco podían hacer para salvarlos, ya que no sabían nadar; Dios no les había infundido ese don.

La tarde del sábado había pasado igual de lenta que una hora en el confesionario con don Tomás, y Hugo estaba tan nervioso que hasta la monja lo notó.

—¿Has hecho tus tareas, Hugo? —preguntó sor Socorro después de darle con la vara, sin motivo aparente.

—¿Creo que debería darme con la vara una vez haya respondido, no cree? —preguntó Hugo.

La vara volvió a silbar en el aire y, fugaz como el destello de un relámpago, se estampó sobre la dolorida, aunque fuerte, mano de Hugo.

—¡Esa por insolente!, y ahora contesta a mi pregunta.

Hugo resopló.

—No, sor Socorro, no hice mis tareas —dijo con impasibilidad—. Me he pasado el día pensando en actos impuros, primero los pensaba y luego los ponía en práctica...

Sor Socorro poseía cierta habilidad innata. La monja era capaz de oscurecer el ambiente y apagar la llama de la esperanza que habitaba en los corazones de los huérfanos; para activar dicha habilidad no necesitaba ningún ritual satánico ni brujería alguna, solo era menester que hiciera una única cosa: sonreír.

—¡Estás castigado! —chilló mientras le daba otro varazo, no como castigo, sino como costumbre.

—¡Ay, qué pena me da!, ¡ya no podré ver al papa! —exclamó Hugo fingiendo tristeza.

El papa había estado muy ocupado toda la semana, y el Domingo de Resurrección había sido el día elegido para que los huérfanos pudieran salir en procesión junto a su santidad.

La sonrisa sardónica de sor Socorro alcanzó su clímax.

—¿Te crees que me chupo el dedo? —preguntó la monja mientras enarbolaba la vara.

«El dedo precisamente no, pero a don Tomás le he visto yo chuparle otras cosas» pensó Hugo.

—No, sor Socorro —mintió Hugo.

—Tu castigo empezará en cuanto su santidad se haya marchado de la ciudad. —Otro varazo—. Mañana irás con los demás. Llevarás a San Juan a hombros como todos los demás niños… y ni se te ocurra dirigirte a su santidad, ¡ni siquiera le mires!… No eres digno de él.

—¿Va a venir Dios? —preguntó Hugo con seriedad.

Sor Socorro poseía ciertas cualidades, pero la paciencia no era una de ellas. La vara no silbó, ya que, como monja que era, prefirió el contacto carnal; por lo que dio rienda suelta a su larga y fría mano.

—A las seis en punto te quiero despierto. Ahora, vete a tu habitación.

Hugo se fue, dolorido, pero feliz; pronto todo aquello acabaría.

3

Hugo respiraba de forma profunda y calmada. Esperaba, como cada noche, a que el silencio sepulcral invadiera la estancia. Los huérfanos con los que compartía habitación eran tan desdichados como él, por lo que todos y cada uno de ellos deseaban que llegara el momento de dormir, porque así podían, al menos por unas horas, escapar de aquel lugar infernal.

El alertado y entrenado oído de Hugo captó un ligero susurro cerca de su persona. Hugo lo ignoró, pero el murmullo cobró forma y golpeó a Hugo en el hombro. Aquello ya era más difícil de ignorar.

—Hugo —susurró una voz femenina.

Hugo no necesitaba abrir los ojos para saber de quién se trataba.

—¡Shh! Calla, Juana. ¿Estás loca? —susurró Hugo mientras intentaba, sin éxito, impedir que Juana se colara en su cama.

—Las monjas ya se han ido, tontito —murmuró Juana dándole un beso en la mejilla.

Hugo notó como la mano de Juana bajaba hacia su entrepierna y, haciendo gala de un enorme esfuerzo, la apartó.

—No, esta noche debemos concentrarnos en el plan.

—Jo, que malo eres —murmuró Juana mientras cogía la mano de Hugo y la introducía bajo su camisón.

Hugo volvió a zafarse, pero esta vez permaneció unos cálidos segundos con la mano inmóvil.

—¡Juana! —susurró Hugo—. Tendremos todos los días de nuestra vida para hacer cosas… pero hoy no. Primero debemos escapar de

aquí, luego haremos lo que quieras…

Hugo, que conocía a Juana mejor que nadie, sabía que esta no se iba a estar quieta hasta que él no le diera al menos algo, por lo que se giró y le dio un profundo y cálido beso. Aquello resultó efectivo, ya que, por el momento, aplacó a Juana.

—Te odio… —murmuró Juana—, aunque más te vale no estar mintiendo. Cuando salgamos conoceremos a mucha gente, y puede que te enamores de alguna señorita.

—¿Una señorita? ¿Yo? —preguntó Hugo riéndose por lo bajo—. Un huérfano como yo solo puede aspirar a una criada o a una moza, además, eso no va a ocurrir. No te preocupes.

—Si preocupada no estoy, si eso pasa… te clavo un tenedor en el ojo y arreando.

Hugo tragó saliva. Juana pasaba de la dulzura a la locura con suma facilidad. «Habría sido una gran monja, aunque le gusta demasiado el fornicio… Sí, habría sido una gran monja», pensó Hugo con una sonrisa oculta en la oscuridad.

—¿Conseguiste la llave? —preguntó Hugo cambiando de tema.

—¿Te refieres a esta? —dijo Juana mientras metía la mano en sus enaguas y sacaba una llave de un sitio estrictamente femenino.

—¿Te ha dolido? —preguntó Hugo cogiendo la llave.

—No tanto como pasar aquí catorce años. ¿Ahora qué, sabiondo? —inquirió Juana mientras se acurrucaba junto a Hugo.

—Ahora ve a tu cama. No hagas ningún ruido, pero no te duermas; espera a que yo llegue. Iré en cuanto todos se hayan dormido.

—¿Cómo sabrás cuando se han dormido todos?

—Cuando cesen los llantos.

La muchacha asintió, le dio un beso en la mejilla y se fue a su cama.

Lo que más admiraba Hugo de Juana era su vigor, su ánimo inextinguible, el denuedo con el que sobrevivía cada día en aquel infierno. Con el paso de los años, Hugo había visto a una infinidad de huérfanos derrumbarse hasta acabar exangües. La mayoría morían de alguna enfermedad como la tuberculosis, otros de hambre, algunos ahogados, e incluso otros que, orgullosos, decidían por ellos mismos cuándo y cómo acabar con su sufrimiento allí. No era el caso de Hugo y Juana. Ellos no solo habían soportado las penurias, sino que, además, habían salido más fuertes. Sus rostros estaban igual de sucios; sus ropajes, igual de harapientos, pero sus corazones se habían fortalecido con cada golpe recibido.

Aunque cada uno se había adaptado de forma diferente: Juana comenzaba a abrazar la locura y Hugo se había forjado una armadura de indiferencia ante las desgracias ajenas a su persona; su falta de emociones le había hecho reflexionar en más de una ocasión. ¿Sentía algo por Juana? Sí, o eso creía, al menos en su entrepierna, aunque no sabría definirlo con palabras. A Hugo le gustaba pasar tiempo con ella, sobre todo bajo las sábanas al amparo de la oscuridad. Juana había sido su ancla en aquel mar de dolor.

4

La enorme habitación se volvió taciturna. Los compañeros de Hugo ahora vivían en el plácido mundo de los sueños. Hugo se compadecía de ellos, ya que, a diferencia de él, despertarían de nuevo en el orfanato, listos para revivir su pesadilla matutina habitual.

Hugo, por su parte, no sabía qué le depararía el futuro, pero entendía que no podía salvarlos a todos y, aunque hubiera podido hacerlo, no habría querido. Aquel era su plan de escape, llevaba a Juana porque le era necesaria, pero si algo tenía claro Hugo Salamanca era que él no era ningún héroe.

Hugo se levantó en silencio. Echó un vistazo a sus escasas pertenencias y suspiró. Recogió todo, salvo el martillo de madera, su único juguete. Según le habían contado, lo traía consigo el día en el que lo habían abandonado a su suerte. Hugo recordaba jugar con él hasta que un día sor Socorro se lo rompió. Era lo único que le hubiera gustado llevarse de allí, para así estampárselo en la cabeza a sus padres si alguna vez los llegaba a conocer.

Con paso lento, se dirigió hacia la cama de Juana. Encontró a su cómplice sentada encima del colchón, con las piernas cruzadas, esperándole como una gata aguarda a su amante nocturno. No hicieron falta palabras, ambos sabían lo que tenían que hacer.

El plan no podía ser más sencillo: había una ventana en la esquina de la habitación y que, gracias a su reciente estirón, Hugo y Juana ya podían alcanzar. La ventana estaba cerrada con llave. De ahí que

la misión de Juana de robarle la llave a sor Teresa fuese tan primordial. Una vez abierta, usarían las sábanas que Juana llevaba semanas cogiendo de un lado y otro, para bajar sin abrirse la cabeza: las atarían a los barrotes y bajarían por la pared como si de cuerdas se tratase.

Don Tomás no hubiera podido colarse por aquellos barrotes, pero dos huérfanos moribundos, sí. La obesidad no era muy común en el orfanato, excepto en los curas.

—¿Quién baja primero? —preguntó Juana.

—Yo, si la cuerda se rompe prefiero que sea conmigo. Hay una buena caída —murmuró Hugo.

Juana refunfuñó.

—Prefiero morir a pasar un día más aquí… Si alguien tiene que romperse la crisma primero, esa seré yo —dijo Juana con una dulce sonrisa.

Hugo sabía que de nada valía discutir con ella, y también tenía claro que, si la cuerda se rompía y Juana caía, él se tiraría de cabeza contra el suelo. Iba a salir de allí, vivo o muerto.

Hugo ayudó a Juana a subir al alféizar de la ventana, luego le dio la llave y cruzó los dedos. La ventana se abrió al primer intento, y Juana no pudo evitar soltar una pequeña carcajada. Hugo le pasó las sábanas atadas, y Juana hizo un nudo perfecto en los barrotes. Ahora se alegraba de que Juana hubiera ido primero, ya que él no sabía hacer nudos; saber sabía, pero se le desataban solo con soplarlos.

Juana cerró el puño y, con el pulgar alzado, le dedicó una gran sonrisa a Hugo. Acto seguido, se agarró a las sábanas y comenzó a descender. Hugo escaló hasta la ventana y esperó allí sentado, viendo cómo bajaba su amiga.

Juana iba apoyando la suela plana de los zapatos en la pared fría del orfanato, mientras su cuerpecito, pequeño y esbelto, descendía aferrado a la liana improvisada. Iba bajando con esmero y en ningún momento miró hacia abajo; a cada paso, le dedicaba a Hugo una mirada y una sonrisa breve. Con cada tramo que bajaba Juana, Hugo sentía que el corazón le palpitaba cada vez más rápido, le sudaban las manos y tenía la boca seca.

Una gran carcajada de triunfo le sacó de su trance paranoico: Juana había tocado suelo. Ahora le tocaba a él.

Hugo pesaba más que Juana, y con cada paso sentía que las sábanas se le iban a escurrir por entre las manos sudorosas. Tampoco miró hacia abajo, no por vértigo, sino porque le gustaba mirar a sus enemigos a los ojos; y su enemigo estaba sobre su cabeza. Desafiando el hogar de Dios con una sonrisa pícara, Hugo fue bajando poco a poco al infierno, a su verdadero hogar.

Nada más posar sus pies en el suelo, Juana se abalanzó sobre él con un cálido abrazo. La noche era fría, como la mayoría de noches salmantinas, y Hugo agradeció el contacto del calor humano.

—¡Lo conseguimos! —chilló Juana con una gran sonrisa.

—No lo habría logrado sin ti. Pero ahora queda la parte más difícil.

Hugo señaló el río. Juana sacudió la cabeza, intranquila.

—No te lo he mencionado arriba… porque no quería discutir. Pero no creo que sea buena idea cruzarlo a nado.

—¡¿Qué?!

Habían revisado el plan cientos de veces y, si algo odiaba Hugo, eran los cambios de última hora, al menos los que no había propuesto él.

—La noche es gélida, estamos famélicos de la porquería de comida que nos dan y tampoco somos tan buenos nadadores:

moriremos ahogados o congelados. Hugo, confía en mí, hay un puente a pocos pasos de aquí.

Ahora fue Hugo el que sacudió su cabeza.

—¡Eso sí que es peligroso! Puede que haya guardias, y entonces sabrán que nos hemos fugado… y todo se irá al traste… ¡Maldita sea, Juana!, no puedo volver al orfanato…

—¡Confía en mí! Nadie nos verá.

Hugo gruñó y, aunque reacio, asintió.

Juana se dirigió hacia el puente, pero Hugo recordó que se le había olvidado algo. Le hizo un gesto a su amiga, se bajó los calzones y procedió a orinar contra el muro de piedra.

—Siempre había querido hacer esto…

—Mira que eres tonto… pero eres mi tontito. —Juana le dio un cachete en el culo desnudo—. Te quiero.

—¿Ya no me odias? —preguntó Hugo con una sonrisa pícara mientras se subía los calzones.

—Depende de lo que vayas a decir ahora.

Hugo sabía lo que tenía que decir, aunque no lo sintiera de verdad; puede que no fuera un héroe, pero un mentiroso sí que era, y de los buenos.

—Te quiero.

Juana agarró la mano de Hugo con firmeza y clavó su mirada oscura en los ojos azules de su querido compañero. Juana acarició la piel morena de Hugo, y este la estrechó entre sus brazos. Sus corazones latían al unísono. Juana y Hugo se besaron y, por un momento, olvidaron todos sus problemas. Solo eran dos jóvenes con la piel tostada, enjutos los dos, con ropajes ajados, de pie junto a la orilla de un gélido río. Pero en aquel mismo instante, comenzaron a ser felices.

El puente del pecado

1

Los pasos de Hugo tenían dos funciones: alcanzar su nuevo e inesperado destino y aplacar la incertidumbre de aquella decisión repentina, pero solo una de ellas estaba funcionando. Cada zancada incrementaba las dudas que albergaba en su interior, las cuales habían comenzado a emerger de sus crisálidas para revolotearle en la cabeza como mariposas audaces que no temían el manto sombrío de la noche.

Hugo era consciente de que su antiguo plan conllevaba el gran riesgo de morir ahogados, pero el nuevo plan de Juana era aún más arriesgado: si eran descubiertos, los mandarían de vuelta al orfanato. Hugo prefería sucumbir a las aguas heladas antes que volver al cálido hogar de Dios.

—¿Ese es el puente romano? —preguntó Hugo con un nudo en la garganta.

Juana asintió.

Los arcos enormes, de piedra blancuzca y grisácea, atravesaban el río. La imponente estructura estaba formada de granito extraído de las canteras de Béjar, lugar en el que, según las monjas, Hugo acabaría picando piedras.

—Quizá por eso haya venido el tal padre ese —masculló Juana en voz alta—, para ver si su puente estaba bien cuidado.

—¿El papa?, ¿acaso el puente es suyo?

—El viene de Roma, y el puente es romano.

Hugo asintió, el razonamiento de Juana era indiscutible.

Al acercarse un poco más al puente, los huérfanos se percataron de que estaba iluminado por numerosos farolillos en su parte superior. La luz que emanaba de aquellos candiles les permitió vislumbrar las figuras de unos guardias que custodiaban el paso hacia la ansiada libertad. Además, en el acceso al puente, la algarabía de una muchedumbre enfadada rompía el silencio nocturno.

Los huérfanos comparten algo con los perros abandonados: son invisibles ante la frialdad de la noche. Hugo y Juana tenían mucha experiencia y pericia para caminar a hurtadillas, así que, avanzaron así, hasta colocarse bajo el arco más cercano a la orilla. Allí permanecieron, sentados en la hierba húmeda mientras escuchaban gritar a los hombres de la parte superior.

—Guardia, se lo ruego, déjenos pasar —suplicaba un hombre.

El guardia se tomó su tiempo para contestar, primero soltó un escupitajo que se precipitó por la baranda de piedra del puente y cayó en el agua, muy cerca de donde estaban escondidos Hugo y Juana; luego gruñó y, al cabo de un largo silencio, habló, aunque a gritos.

—¡Mecagüen la hostia!, ya os he dicho que no podéis pasar. El maldito puente está cortado hasta el lunes.

—¡Pasado mañana es lunes, leche! —bramó otro hombre.

—¡Ese es el Lunes de Pascua, mentecato! —contestó el guardia—. ¡El puente está cerrado hasta el jodido lunes siguiente al de Pascua!

La muchedumbre farfulló una miríada de quejas e insultos.

—¡Maldita sea! ¡Vosotros, hideputas! —gritó con brío un segundo guardia—. ¡Dejad de tocarnos los cojones!

—¡Vete a la mierda! —exclamó alguien entre la concurrencia.

—¡Mecagüen Dios! —bramó el primer guardia—. ¡Jodidos verriondos! ¡Idos a rezongar a vuestras zahúrdas, allí podéis fornicar

con vuestras hediondas señoras!

El gentío no reaccionó bien a los insultos de los guardias. Nuevos insultos, tales que harían sonrojar a una monja (cosa de la que Hugo jamás había sido testigo), fueron y vinieron entre ambos bandos hasta que un sonido claro y conciso impuso silencio.

Hugo tenía buen oído para las hostias y habría apostado a que había sido un guantazo, con la mano abierta, perpetrado por un guardia hacia un pobre desgraciado. Fuera como fuese, el golpe acalló al tumulto.

—¡Y a mí qué me importa, mangurrián! —berreó el primer guardia — ¡Si la mojigata de tu señora no quiere que le metas la verga siempre puedes afilarte la espada a la luz de una vela!

—¡Como va a querer con un amondongado bucéfalo como tú! —se burló un tercer guardia entre risas.

Las risas estallaron entre los guardias. El gordo calló.

—Disculpe, señor —balbuceó, sumiso, otro hombre—. Aquí todos buscamos lo mismo…, ¿pero acaso ustedes no echan de menos a las rameras?

El guardia carraspeó, se tomó su tiempo y, cuando contestó, lo hizo con un tono más calmado.

—Mi señora esposa solo abre la almeja en la más absoluta oscuridad… y ni siquiera se quita el dichoso camisón. ¿Qué si echo de menos a las fulanas? —El guardia soltó una risa gutural atronadora—. ¡Pues claro que las echo de menos!

—¡Entonces déjenos pasar!

—¡Nadie debe enterarse, vengan ustedes también!

—¡Silencio! ¡Por los clavos de Cristo! —bramó el primer guardia—. No es mandato nuestro, además no es de nuestra incumbencia los motivos que tengan para ir al otro lado. Somos guardias y acatamos las órdenes sin rechistar.

—Además, de nada valdría escaquearse —añadió el segundo guardia—. Allende el puente hay un clérigo con ellas.

—¿Un cura? ¿Todas ellas para él solito? —preguntó un hombre con una voz que denotaba tanto asombro como envidia.

—¡Seguro que es un jodido carlista!

—¡Será golfo el muy cabrón!

El sonido de otro golpe dejó claro que no se podía insultar al clérigo, al menos en presencia de la ley.

—¡El cura las cuida, berzotas! —gritó el tercer guardia al tiempo que daba otro golpe, el primero era para cumplir la ley, pero el segundo fue por gusto—. Él es el padre encargado de la mancebía.

—Si el clérigo ve que os vais de picos pardos en Cuaresma… no solo os molerán a vosotros de azotes y multas… que eso a mí no me importa, sino que luego nos bajarán los calzones a nosotros y nos meterán los reales de nuestra paga por el ojete. —El primer guardia dijo esto último con un tono que no daba pie a más réplicas.

—Hugo, ¿qué hay al otro lado del puente? ¿qué es una meretriz? —preguntó Juana en voz baja.

Hugo se llevó la mano a la barbilla y fingió pensar.

—No tengo ni la más remota idea…

—¿Tan ignorante sois los dos? —preguntó una voz femenina a sus espaldas.

2

Hugo no empapó sus bombachos debido a que ya se había aliviado en la pared del orfanato. Juana también se sobresaltó, además, dio un respingo y se colocó rauda detrás de Hugo. Ambos miraban con temor la sombra oscura que había aparecido de improvisto ante ellos.

La figura femenina llevaba una larga capa de color amarillo que le cubría los hombros y que le caía hasta los pies. Las piernas desnudas se le veían por debajo de una saya parda con picos.

El rostro de la desconocida había permanecido en penumbra bajo el amparo de la oscuridad del arco del puente.

Hasta que se hizo la luz.

La llama vino precedida por el raspado de una cerilla y fue entonces cuando los huérfanos pudieron ver al ángel o al demonio que se les había aparecido: vieron el rostro hermoso de una dama con una cabellera larga y rizada, cuyo color era tan ardiente como la propia llamarada de la cerilla.

«No es una monja», pensó Hugo.

La mujer prendió un cigarrillo y, después de una bocanada de humo, se guardó la caja de cerillas bajo la falda.

—¿Quién eres? —preguntó Juana sacando un tenedor que llevaba oculto bajo sus ropajes.

La mujer dio otra calada y le dedicó una perezosa mirada al tenedor que Juana blandía frente a ella.

—Soy aquello que desconoces, moza —contestó la mujer con una voz melosa—. Acabas de preguntarle a tu hombretón por mí…

—¡¿Eh?! —preguntó Hugo sin entender nada.

—Eres una meretriz… —susurró Juana.

—Chica lista. Aunque te recomiendo que te hagas la tonta, a los hombres no les gusta la inteligencia femenina…, más bien la temen, y aquello que temen los hombres… acaba apaleado, violado o quemado. Mientras que los hombres pisan la hierba suave con sus botas de cuero, las mujeres andamos por los rosales, descalzas. —La pelirroja exhaló otra bocanada de humo y les mostró una sonrisa agridulce.

Hugo se quedó embelesado ante aquella sonrisa. Llevaba años acostumbrado a los siniestros gestos de las monjas y, aunque aquella meretriz no tenía dientes de oro, encontró su rostro más resplandeciente que el de cualquiera chupacirios del orfanato.

—¿Por qué no tienes dientes de oro? —preguntó Hugo arqueando una ceja.

La mujer soltó una profunda carcajada, seguida de otra bocanada de humo.

—Si tuviera oro no sería tan majadera como para metérmelo en la boca…

—Señora —dijo Juana agachando la cabeza—. No queremos problemas, solo queremos cruzar el puente…

La desconocida miró a Juana con un brillo en los ojos.

—¡¿Señora?! Nadie me llama así, moza. Podéis estar tranquilos, no tengo ninguna intención de delataros. Además, si nos descubrieran… sería mucho peor para mí.

—¿Qué buscan esos hombres de usted, señora? —preguntó Hugo con curiosidad.

Ella apuró el cigarro y lo lanzó al río.

—¿Qué hacen dos pipiolos como vosotros solos a estar horas de la noche? —preguntó la desconocida acercándose mucho a Hugo.

Hugo titubeó, pero Juana se adelantó.

—Nos hemos… perdido. Al otro lado del río nos esperan nuestros padres, pero al ver la muchedumbre nos asustamos… y nos escondimos aquí. Por eso necesitamos cruzar el puente, si no llegamos a casa pronto… nuestros padres nos molerán a palos.

La meretriz asintió con un sonido gutural.

—¿Cómo te llamas, niña? Quizá conozca a tus padres.

Juana miró a Hugo, aunque este no sabía ni qué cara poner.

—María, me llamo María —contestó Juana sin pensar.

La mujer soltó una pequeña risotada, sacó otro cigarro y lo prendió con un fósforo.

—Más te vale aprender a mentir mejor, criatura, de lo contrario acabarás molida y sometida por algún rico malcriado ebrio de poder.

Juana se quedó petrificada.

—Señora… mi hermana —dijo Hugo intentando continuar con la farsa, pero la mujer comenzó a sacudir la cabeza en señal de negación.

—Basta de mentiras. Mi nombre es Magdalena, pero mis compañeras siempre me llaman Magda. No soy ninguna señora, soy una meretriz, una fulana, una ramera… Vamos, una puta.

Las palabras de Magda arrastraban una amargura que a Hugo le inspiraron confianza. Él, que desconfiaba hasta de su propia sombra, lanzó un suspiro a la noche y se dispuso a contar la verdad.

—Mi nombre es Hugo, y ella no es María, sino mi… amiga, Juana. —Hugo señaló el orfanato—. Somos huérfanos. Hemos escapado de aquella cárcel y, aunque no sabemos qué hay al otro lado del puente… no puede ser peor de donde venimos.

Magda le revolvió el pelo a Hugo e iluminó de nuevo la oscura instancia con su sonrisa.

—No te preocupes, zagal. Jamás mandaría a ningún niño a ese infierno. —Magda pellizcó la mejilla de Hugo y le susurró a la oreja —. Al menos a ninguno que hable…

Hugo sonrió, no por haber entendido la broma, sino porque Magda lo hacía. Por primera vez en su vida, estaba ante una mujer de verdad y no quería parecer ningún idiota.

—Bueno, bueno —dijo Magda acercándose a Juana—. Tenemos aquí a dos jóvenes enamorados… Qué tierno. —Magda colocó las vestiduras de una sonrosada y sorprendida Juana y, además, le arregló el peinado—. Es tan bonito ver las primeras fases del amor, cuando este solo es una pequeña semilla que espera florecer algún día en una cama mullida… creyendo que su fruto prosperará y que perdurará para siempre…, ajeno al gélido paso del tiempo.

Magda era el reverso luminoso de una monja. Hugo percibía un aroma que lo embriagaba por completo. No se asemejaba al olor a incienso que emanaba de debajo de las sotanas de las monjas; se trataba de un olor frutal y Hugo se sentía como una abeja que acababa de descubrir el néctar.

Además del olor, había algo exótico en Magda: su cabello. Hugo jamás había visto un pelo tan ardiente y largo como aquel. La rojez de la cabellera combinaba a la perfección con las incontables pecas del bello rostro; aunque el rojo más furioso era el de los labios, que resplandecían como la sangre bajo la sombra que arrojaban sus ojos.

—Magda —susurró Hugo—. ¿Es usted una bruja?

«Las brujas secuestraban a los niños, al menos eso decían las monjas», pensó Hugo. Si Magda era una bruja, ahora entendía por qué los niños se dejaban secuestrar por aquellas pecadoras.

Magda se inclinó sobre Hugo y le dio un beso en la mejilla.

—Es uno de los mejores piropos que me haya echado nunca un hombre —dijo con una sonrisa. Hugo tenía la vista clavada en las protuberancias que emanaban del corsé ceñido de la meretriz.

—¿Puedo ser yo también una bruja como usted? —preguntó Juana observando con fascinación a Magda.

—No te lo recomiendo, jovencita…, acabarás ardiendo en una hoguera. Además, después te espera el infierno de los pecadores…

Juana apretó los puños y miró a Magda.

—Las monjas van al cielo… por lo que haré todo lo posible en mi vida para acabar en el infierno.

Magda se acercó a ella y también le dio un beso en la mejilla.

—Tienes valor, Juana… y un poco de locura. —Magda se agachó y le susurró algo al oído.

Hugo no podía escuchar qué decían, por lo que se acercó un poco más.

—¿Cómo te trata este mozuelo? ¿Es de fiar?

—Sí, me trata con cariño, y nunca me ha hecho daño. Además, no habría escapado de no ser por él.

Magda asintió y se dio la vuelta, a tiempo para coger a Hugo por las orejas.

—Bien, zagal. Recuerda que siempre debes tratar con respeto a Juana… o a cualquier otra jovencita.

—Sí, señora. —Hugo tragó saliva.

—¿Magda, podemos ayudarte a cruzar? —preguntó Juana—. No quiero que esos hombres te hagan daño.

—Eres valiente, pero tranquila, esos hombres no me quieren hacer daño… sino contratar mis servicios.

Magda, ante los rostros perplejos de los huérfanos, resopló.

—A ver cómo os lo explico… Ser meretriz es una profesión, al igual que un… carpintero… o un guardia. La gente me paga a cambio de… mis servicios.

Hugo frunció el ceño, sin entender del todo lo que quería decir Magda.

—¿Qué ofreces? —preguntó Juana.

—Esperanza… Mi trabajo es como sembrar semillas de luz en los corazones baldíos de los hombres.

Hugo se encogió de hombros, no había entendido ni una palabra de lo que había dicho Magda, aunque Juana pareció entender a qué se refería y abrió los ojos de par en par.

—Pero eso es… horrible. ¿Por qué aceptaría cualquier mujer padecer semejante espanto? —preguntó.

Magda sonrió ante la perspicacia de Juana.

—Habéis escapado de un infierno… para acabar saliendo a otro mucho peor: el mundo real. Allí mandaban los curas y las monjas, pero aquí fuera mandan las monedas. Sin dinero te mueres, así de simple. Cada persona sobrevive como puede: los huérfanos roban la comida, los haraganes matan por unas cuantas monedas y las hembras rebeldes como yo… no tenemos otra salida.

Juana agachó la cabeza, entristecida.

—Esos hombres que buscan tus servicios…, tienen esposas, ¿verdad?

—Sí, pequeña —respondió Magda previendo la siguiente pregunta de Juana—, y no es que las engañen, ya que sus esposas saben a la perfección a dónde han ido sus maridos. Ellas no son tan distintas a nosotras… Sus maridos nos pagan para pasar un rato dentro de nuestras piernas, pero a ellas les pagan para tenerlas atadas durante el resto de sus vidas, condenándolas a una existencia de

servidumbre… —Magda exhaló un profundo suspiro—. No sabría decirte qué es peor.

De repente, Juana miró a Hugo y, acto seguido, desenfundó su tenedor.

—Si alguna vez me haces eso… no te lo clavaré en el ojo. —Juana desvió el arma hasta la entrepierna de Hugo—. Te lo ensartaré ahí abajo.

Hugo, que no entendía nada, se quedó atónito sin saber qué había hecho ahora mal.

Magda no pudo evitar soltar una carcajada. Luego miró al otro lado del río, donde acababa de aparecer, por un instante fugaz, la luz de un farolillo que parecía deslizarse sobre las aguas oscuras.

—Me habéis caído bien, zagalillos —dijo sin quitar la visa del río—. Dejad que os ayude a cruzar el río, y quizá… a encontrar una vida mejor para vosotros.

3

Hugo y Juana cruzaron sus miradas, ambas impregnadas de la desconfianza innata que todo huérfano posee desde el momento en que se ve desprovisto de amor y cariño paternal.

—Magda… —susurró Hugo—, ¿quién viene en ese bote?

Magda se agachó para estar a la altura de los dos jóvenes.

—Os lo diré… pero prometedme que no os asustaréis. —Hugo y Juana asintieron, sabiendo que aquello era motivo para asustarse—. Yo no debería estar aquí… Es Cuaresma y yo tendría que estar a la otra orilla del río. —Magda guardó silencio por un momento mientras ponía en orden sus pensamientos hasta que al final siguió hablando, pero en un tono cercano al susurro—. Pero los guardias insistieron… así que me enviaron aquí por un pago extra. La cosa iba bien… hasta que apareció la muchedumbre que tenemos encima. Más tarde o más temprano sabía que alguien vendría a recogerme… aunque la persona que viene a por mí es… es conocido como… el Padre Putas. Nuestro protector y cuidador, y sí… es un cura.

Hugo y Juana palidecieron de terror.

—¡¿Un maldito comehostias?! —preguntó encolerizado Hugo—. ¡La culpa es mía!, por fiarme de una desconocida. —Hugo agarró a Juana por la manga y tiró de ella—. ¡Vamos! Saltemos al río inmediatamente. Prefiero el agua del Tormes que un siervo de Dios.

Juana se zafó del agarre de Hugo y se colocó detrás de Magda.

—Hugo, no deberías juzgar a todas las personas por igual —le reprochó Magda—. Don Diego es distinto a los demás clérigos, te lo

aseguro. —Magda miró a Hugo como una madre mira a un hijo, aunque Hugo no dejaba de apretar los puños con firmeza—. No todos los guardias son mezquinos, ni todas las meretrices son traicioneras… en este mundo cada persona es única, y pronto descubrirás que lo único que conseguirás con esa actitud es la soledad y la amargura.

Aquella palabrería de nada servía para tranquilizar a Hugo.

—¡Hugo, yo confío en ella! —terció Juana—. Así que, si confías en mí, tú también deberías confiar en Magda. Además, deja ya de lloriquear por los curas…, las monjas son mucho peores que ellos.

Hugo frunció el ceño ante aquel disparate.

—¿Dices que sor Socorro es peor que don Tomás? —preguntó Hugo, incrédulo ante tal infamia.

Juana bufó.

—¡Por favor!… si Socorro es de las más blandengues —espetó Juana con una voz afilada—. Tenías que haber tratado con sor Dolores como hacíamos las niñas cada día… Tú no sabes lo que me hizo pasar…

—¿El qué? —preguntó Magda ante la mirada de asombro de Juana —. Tenemos que matar el tiempo hasta que venga don Diego en su bote, y no es que sea un excelente remero.

—No me gustaría haceros vomitar…

Magda comenzó a reírse como una loca ante la ocurrencia, incluso Hugo pudo ver cómo se le saltaban las lágrimas.

—Jovencita… si tú supieras… —murmuró con una triste sonrisa.

—Está bien, os lo contaré … La comida del orfanato sabe a mierda, pero el hambre es el mejor de los condimentos… aunque hay días que una prefiere seguir famélica...

»Estaba yo comiéndome unas habas en escabeche cuando de pronto noté que un larguísimo pelo de monja se me había colado en

la boca. Tuve que sacarlo con cuidado, ya que se me había enredado en la lengua junto con las asquerosas habas. Fue demasiado para mí, así que vomité.

»Cuando eché las habas sobre el plato, el pelo grisáceo salió con ellas. Asqueada, aparté de mí aquel espanto. Podía sobrevivir un día sin comer.

»Ja.

»Sor Dolores no opinaba lo mismo. Cuando me vio vomitar corrió rauda hacia mí y me obligó a terminarme las habas. —Juana tragó saliva y sus ojos se tornaron vidriosos—. Ella… me obligó a comerme todo lo que había en el plato… y no os creáis que me permitió tirar la vomitona… No, no… Tuve que comerme las habas con mi propio vómito… e incluso tuve que comerme aquel pelo asqueroso.

»No… no podía, no era capaz de hacer aquello. Las náuseas eran atroces, tenía que tragar entre lágrimas y aullidos. Dolores me abría la boca con las manos, me hacía mucho daño y me metía la cuchara hasta el fondo. Daba igual lo mucho que pataleara o suplicara…, ella no paraba. Tragué y mastiqué hasta que… me desmayé.

Magda, emocionada, estrechó a Juana entre sus brazos.

Hugo había oído rumores sobre aquel suceso, pero nunca se lo llegó a preguntar a Juana. Con cada invierno, sus sentimientos por los demás se iban haciendo más fríos y había dejado de fingir que le importaban los problemas de los otros. Aunque ahora debía adaptarse a la situación.

—Yo… lo siento…, Juana —balbuceó Hugo, cabizbajo—. No lo sabía…

Juana se separó de Magda y se acercó a Hugo.

—No es momento de compadecernos, sino de mirar al futuro con esperanza. —Juana le agarró la mano con firmeza y le miró a los ojos—. Tenemos que confiar el uno en el otro.

Hugo asintió y, aunque prefirió no decirlo, en el fondo de su corazón sabía que solo podía confiar en sí mismo.

—Si tú confías en la palabra de Magda… yo también lo haré —mintió Hugo mirando hacia el bote, que estaba cada vez más cerca de la orilla—. Confiaré en el tal Padre Putas ese y pondré mi vida en sus manos.

Domingo sin resurrección

1

Un bote cargado de sombras encalló en la ribera bajo el arco del puente. Acto seguido, una figura oscura desembarcó en la orilla. Con un gruñido, el capitán de la embarcación asió un candil y lo alzó hasta tenerlo a la altura de los ojos. Luego, con un sutil movimiento de la mano, accionó una palanca y el candil volvió a la vida, y apuntó con él a Magda.

La luz se reflejó en el alzacuellos del clérigo, y Hugo pudo atisbar al hombre del que dependía su destino. El cura no tenía ni un pelo en la cabeza, pero, en cambio, ostentaba un bigote profundo y oscurísimo debajo de una nariz chata. Tenía unas orejas diminutas, y las mejillas sonrojadas contrastaban con la negrura de su mirada. Con aquella sotana, ese siervo de Dios no se diferenciaba en nada a los del orfanato y era tan fofo y rechoncho que cualquiera podría jurar que la gula era el pecado predilecto de su doctrina.

—Magda, hija mía, ¿qué ha pasado? —preguntó el cura con preocupación.

«Ahora resulta que el gordinflón tiene sentimientos», pensó Hugo.

—¡Ay, don Diego! —clamó Magda, aliviada—. La turba llegó cuando estaba en mitad de un… apaño. Tuve que salir corriendo, menos mal que me habían pagado por adelantado…

Don Diego guardó silencio y, haciendo acopio de sus fuerzas, dio unos pasos hacia Magda.

—¿Te pagarían lo acordado? ¿Verdad, hija?

Magda suspiró, ladeó la cabeza y se metió la mano entre sus pechos y sacó una pequeña bolsita de tela que tintineó cuando don Diego la atrapó entre sus enormes y anchas manos.

—Les pedí dos pesetas, como usted me dijo. Cuatro guardias, media peseta por guardia —explicó Magda—. Aunque ellos me dieron ocho reales, por lo que no sé si me han timado ellos a mí o yo a ellos… pero para eso está usted.

Don Diego abrió la bolsa y fue contando las monedas mientras murmuraba y asentía para sí. Una vez acabó, guardó la bolsa en uno de los tantos bolsillos de su sotana. Después de tener el dinero a buen recaudo, el clérigo pareció recaer en la presencia de Hugo y Juana.

—¿Quiénes son estos zagales?

Magda rodeó a los huérfanos y les revolvió el pelo.

—Son dos pipiolos que necesitan de nuestra ayuda —contestó Magda mirando de soslayo a don Diego.

Don Diego asintió de forma hierática.

—Vamos, subid —espetó el cura con un gruñido—. Pero coged un remo cada uno, me duelen los brazos de tanto remar…

Juana no se lo pensó dos veces y subió al bote de un salto. Hugo, en cambio, fue más reacio. Hizo falta un pellizco de Magda para activar las piernas petrificadas del desconfiado pícaro salmantino.

Hugo dio unos pasos, pero un pensamiento tan afilado como una navaja se le clavó en la mente. Había tenido experiencias horribles tanto con los curas como con las monjas. Odiaba a ambos por igual y habría desconfiado tanto o más si hubiera sido una monja la que hubiera desembarcado de aquel bote. Pero Juana no conocía la malicia que se escondía bajo la sotana negra de los sacerdotes. Hugo no creía que Juana hubiera reaccionado igual si en lugar de un cura hubiera venido una monja.

Ante Hugo se abrió un enorme dilema: si bien Magda le transmitía confianza, no podía decir lo mismo de don Diego; puede que aquel hombre les fuera a ayudar a cruzar el río, de eso no tenía dudas; pero algo le decía que allende el río el cura pasaría de héroe a villano.

Una nueva orilla, una nueva cárcel con diferentes barrotes.

Hugo no desconfiaba por gusto, sino por pura supervivencia. Don Diego había fijado la vista en los zagales, pero la mirada que le había echado a Juana era muy diferente de la que había posado en Hugo. Don Diego miró al chiquillo con desdén, pero escrutaba el rostro de Juana como si mirara más allá de sus facciones. Juana era joven y hermosa, sin padres, sin nadie que la reclamara: Juana sería su nueva Magda.

Aquel cura sería distinto a los demás, y Hugo no lo dudaba, pero también distaba mucho de ser una persona de confianza; no había pasado quince años en un orfanato de mala muerte en balde. Aquel zagal sibilino había aprendido una valiosa lección sobre cómo tratar con aquella gente: eran depravados como perros de presa, olían el miedo y lo exprimían como si fuera una naranja.

Hugo temía volver al orfanato, tanto que estaba seguro de preferir la muerte antes que regresar. No tenía nada que perder: el peligroso era él. Nada le importaba en absoluto, no podía ir a peor en la vida. Así que apretó los puños, dio un paso al frente y miró al cura sin temor alguno.

—Si intenta alguna barrabasada… le tiro de la barca y le golpeo con el remo para que se ahogue —aseveró mirando fijamente a don Diego.

El sacerdote no palideció ante las palabras de un zagal, como era de esperar. Don Diego, además, ensanchó su enorme rostro y sacó a relucir los dientes, blancos, perfectos y enormes.

—Sé de dónde te has escapado… —susurró el cura apuntando con su candil a los ropajes de Hugo— y entiendo tu desconfianza hacia mi persona. —Don Diego carraspeó y apuntó con el farolillo hacia el orfanato—. Y es cierto que no me costaría nada volver a meterte allí…

Don Diego le dio la espalda y se subió al bote, en el cual ya estaban Magda y Juana.

Solo faltaba Hugo.

—Aunque creo que podrías serme de utilidad —continuó don Diego—. Pero me temo que la vida no será fácil para ti… ya que veo una oscuridad en tu alma que ninguna llama podrá iluminar. Eso sí, no te faltará trabajo en este mundo sombrío, ya que negro es tu corazón. —Don Diego le tendió la mano para que Hugo subiera al bote—. No deberías juzgarme por haber conocido a mis congéneres. Yo también he conocido a pícaros como tú, y todos ellos fueron egoístas y vanidosos. Te propongo que confiemos el uno en el otro y nos ayudemos mutuamente.

La llama del candil se apagó y Hugo sabía que tenía que tomar una decisión. Cada vez desconfiaba más del cura, pero Hugo no era más que un perro abandonado, escuálido y maltratado: no tenía otra salida. Maldijo su infame situación, subió al bote, cogió un remo y navegó hacia su nuevo y desconocido destino.

2

El bote surcaba las aguas del río Tormes al son de las campanadas: había comenzado el Domingo de Resurrección.

—¡Remad con brío, zagales! —bramó el cura al darse cuenta de la hora—. He de atender unos asuntos con urgencia en la mancebía.

Magda bufó.

—Don Diego, no hace falta que presuma delante de los zagales —dijo con desdén—. Toda Salamanca sabe que usted es la cara pública de la mancebía, incluso el populacho cree que nos tiene sometidas y mansas. —Magda soltó una pequeña carcajada—. Pero no hace falta fingir tal patraña a bordo de este bote. Los lerdos puritanos que creen en esos cuentos bíblicos, los que le dan a la Iglesia sus monedas y su vida entera, se quedaron en la otra orilla.

—¿Quién manda entonces, doña Magda? —preguntó Juana.

—La que dirige la mancebía es una mujer conocida como madame Belrose…

Hugo iba delante, remando en la proa del bote, por lo que no pudo ver como don Diego abofeteaba a Magda, pero él había recibido tal cantidad de bofetadas en su vida que solo le hizo falta escuchar el sonido para saber de qué se trataba.

—¡Esa maldita ramera francesa está bajo mis órdenes! —gruñó el cura—. ¡Y no es ninguna madama o madame… o como diablos quiera llamarse! —Don Diego se sonó la nariz y contaminó con su gargajo mocoso las aguas del río—. Su maldito nombre es Rose

Fèvre, hija de una puta gitana gabacha. Además, llegó a España de la mano del beodo de Pepe Botella.

Hugo no podía apartar de su mente el guantazo que el cura le había dado a Magda, como tampoco el hecho de que esta no se hubiera defendido.

«Vete al diablo», pensó Hugo mientras dejaba de remar, furioso.

—¡¿Qué hacéis, haraganes?! —espetó don Diego mientras le daba un golpetazo a Hugo—. ¡Remad! ¡En la otra orilla os espera vuestro destino!

Juana también había dejado de remar, pero Magda se interpuso entre ella y el puño de don Diego.

—Esta moza tiene una belleza de pura raza española… Será tu pupila, Magda —ordenó don Diego—. Puede que el zagal dé algún que otro problema… pero para eso tengo gente que lo meterá en vereda… Luego se unirá a las tropas del Tigre. —El cura profirió una profunda carcajada—. Creo que este es nuestro año, Magda… Pronto la reina rolliza será historia.

Hugo miraba con furia como el cura descubría sus verdaderas intenciones. Don Diego, de improvisto, y poseído por su Dios, se lanzó y apretó con sus manos pecadoras los pechos de Magda, mientras esta intentaba zafarse.

—¡Quítame tus asquerosas pezuñas de encima, demonio! —gruñó Magda—. ¡Tus ideales me los paso por la almeja! ¿Qué diablos ha pasado en la mancebía en mi ausencia?

El Padre Putas alzó la cabeza y dejó escapar una siniestra risotada. Acto seguido, haciendo gala de su enorme tamaño, agarró a Magda por el cuello.

—¡Yo soy don Diego! —exclamó mientras lamía las lágrimas de Magda—. El verdadero rey de la mancebía… y he elaborado un plan para despachar a la zorra de Rose. Se acabó lo que se daba, fulanas.

—Juana iba a gritar, pero el cura fue más rápido y, de un guantazo, la volcó sobre las tablas del bote—. Los carlistas por fin vamos a derrocar a este gobierno repleto de felonía, y pronto las cosas van a cambiar para todos vosotros. Don Carlos me ha prometido el obispado de Salamanca, así podré perderos de vista de una vez… aunque no a todas… no. Tú, mi querida y hermosa Magda, tú te vendrás conmigo… Llevo tanto tiempo esperando a ver qué escondes bajo esa falda…

El Padre Putas nunca llegaría a probar el fruto que Magda escondía entre las piernas. No porque no quisiera, sino porque un brillante, reluciente y espléndido tenedor de tres puntas se clavó en uno de sus ojos.

Juana, con lágrimas en los ojos y el rostro tan furioso como una jabata, sujetaba el tenedor con firmeza. La huérfana había empleado toda su fuerza, y el tenedor se había clavado tan hondo que le había atravesado el mismísimo cerebro al clérigo, aunque Hugo dudaba de que los sacerdotes poseyeran tal órgano.

Para evitar ser delatados, Magda apretaba con furia la boca de don Diego, para que el gordinflón no pudiera gritar. Juana, viendo que el clérigo pataleaba como un huerfanito en su primer día en el confesionario, decidió darle el segundo plato, así que le sacó el tenedor, apartó con asco el ojo extraído del siervo de Dios y se lo hincó en el otro ojo. Don Diego, rabioso, se revolvió como un cerdo a punto de ser sacrificado.

Hugo veía todo esto como si de una función teatral se tratase y, a sabiendas de que no tendría otra oportunidad en su vida de arrear a un cura, aunó toda la rabia contenida de sus quince años de penurias, alzó el remo, movido por la cólera más profunda y la hundió con ahínco en las sagradas bolas del Padre Putas.

El agua haría el resto del trabajo.

Hugo, Juana y Magda juntaron fuerzas y, entre los tres, lanzaron el cuerpo orondo de aquel cura que tanto lastraba la barca, y la sociedad, al río.

Juana se reía como una loca, además había recogido un trofeo de la sotana del cura antes de lanzarlo al agua: la bolsa con las monedas de Magda.

La meretriz estrechó entre sus brazos a sus salvadores.

Hugo dejó a Magda y Juana atrás, ellas lo habían pasado peor, mientras él cogía los remos y volvía a encauzar la barca hacia su destino.

La Casa de la mancebía

1

La otra orilla del río Tormes servía como umbral hacia un mundo desconocido, un lugar nuevo y diferente, inhóspito y lúgubre, que nada tenía que ver con la Salamanca que dejaban atrás. El brillo de los faroles menguaba allí su intensidad. Los caminos empedrados se habían convertido en barrizales que serpenteaban entre chabolas.

«Este debe de ser el hogar del diablo», pensó Hugo.

—Magda, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Juana.

Magda se había apeado la primera de la barca y fijaba su vista en las oscuras y sinuosas aguas que habían dejado atrás, en cuyo fondo reposaba ya el cuerpo de don Diego.

—Después de lo ocurrido… soy una fugitiva, al igual que vosotros. Debemos ir a ver a la madame… Ella sabrá qué hacer. —Magda apartó la vista del río y, con paso firme, tomó uno de los caminos embarrados.

Juana siguió a Magda sin mirar atrás. Hugo, en cambio, echó un último vistazo hacia la otra orilla del río. Acto seguido, le hizo una peineta a su pasado y, una vez que se quedó satisfecho, siguió los pasos de sus compañeras.

Con cada nueva zancada, la oscuridad se acrecentaba. Aquel lugar había sido depuesto de la ciudad, de la luz, al igual que habían sido apartados los huérfanos pobres de la sociedad. ¿Temía la pulcra y santa Salamanca que los habitantes de aquel arrabal contaminaran a sus habitantes? ¿Temía la sociedad la rebeldía de aquellos que no tenían nada que perder?

Hugo no tenía respuesta. Lo que sí tenía era un estado de euforia extremo. Las callejuelas sucias, las casuchas destartaladas, la miríada de oscuros gatos callejeros que campaban a sus anchas…, todo reconfortaba y alimentaba el corazón de Hugo. Allí se sentía a salvo: ninguna monja se atrevería a pisar aquel lugar.

—No os separéis de mí bajo ninguna circunstancia —ordenó Magda como una madre.

Si bien Hugo se sentía maravillado en aquel lugar ruinoso, no se podía decir lo mismo de Juana que observaba con ojos vidriosos un posible y tenebroso destino que bien podría haber sido el suyo.

Las antorchas, postradas a ambos lados del camino, iluminaban las sombras. Lúgubres rostros resplandecían como estrellas fugaces, mostrando destellos de carne humana. Las pasiones prohibidas de la Cuaresma eran devoradas en la oscuridad.

—Magda… —balbuceó Juana mientras se apretaba más contra el cuerpo de la meretriz.

—Tranquila… No mires y sigue adelante.

Juana obedeció. Hugo, en cambio, era incapaz de apartar la vista.

2

No fue necesario que Magda les dijera que habían llegado: aquel edificio era distinto a los demás.

La Casa de la mancebía era una rosa en un campo de ortigas, se alzaba entre el barrizal como un faro en un acantilado. Toda la casa resplandecía y, a la vez, servía como guía para salvar las almas perdidas en aquellos callejones oscuros repletos de opiómanos.

El edificio era tan alto como el orfanato. Tenía tres pisos, repletos de ventanas, de algunas salía una luz cálida; otras, cerradas con postigos oscuros. La fachada era arenosa, tenía talladas un sinnúmero de figuras idénticas: eran almejas.

—¿Almejas? —preguntó Hugo frunciendo el ceño.

Hugo no había probado una almeja en su vida, pero le había tocado limpiar de los platos las conchas que los curas y monjas dejaban.

—No, cariño. Las jugosas almejas están dentro, esto son las conchas.

Hugo no entendió la risita que soltó Magda al decir aquello último.

—Vamos, es hora de que conozcáis a la madame.

Magda levantó un aldabón con forma de serpiente y lo golpeó varias veces contra la puerta, como si fuera un santo y seña. Después de unos instantes, la puerta se abrió.

Una dama esperaba en el umbral, una mujer diferente a cualquier otra que hubiera visto Hugo, aunque solo podía comparar a Magda

con las monjas, pero, aun así, Hugo no tenía ninguna duda de que estaba ante madame Belrose.

La madame llevaba el pelo corto, con las puntas flotando sobre los hombros; en su cabello se libraba una guerra entre la juventud y la vejez, con un resultado blanquinegro. Su frente era como un mar en calma cuya orilla eran dos cejas finas de arena oscura. La mirada de aquella mujer era severa, con dos amargos y límpidos ojos del color de la lima y, en cuyo iris, se veían reflejadas las llamas de las antorchas; pero había algo más ardiente que aquel fuego: sus labios, rojos como la lava de un volcán. Llevaba unos pendientes con forma de serpiente, verdes y con los colmillos clavados en la propia oreja. En el cuello desnudo de aquella mujer, un capricho de nacimiento llamaba la atención de las miradas más curiosas, una marca que, en lugar de ocultar, la madame mostraba con orgullo. Aquella marca parecía que le daba forma a su figura, a su personalidad, a ella misma.

—¡Madame! —exclamó Magda nada más verla—. ¿Qué ha ocurrido? Don Diego…

La madame gruñó y escupió en cuanto escuchó el nombre del clérigo. Luego, con unos pocos pasos, se acercó hacia Magda.

Hugo se fijó entonces en que la madame no vestía como Magda. La imponente mujer llevaba un abrigo largo, de color granate, que dejaba al descubierto una túnica oscura que le tapaba todo el cuerpo. A diferencia de la meretriz, la madame no dejaba entrever ni una pizca de sus atributos femeninos.

—El mostrenco ese se cree demasiado astuto… —musitó la madame mientras arrastraba su abrigo por el suelo hasta situarse enfrente de Magda—. ¿Dónde está el bribón?

Magda agachó la cabeza, como haría una lobezna ante la alfa del bosque.

—Él… intentó abusar de mí —balbuceó Magda—. También me… me contó que las cosas iban a cambiar esta noche…

La madame asintió.

—Y han cambiado… de forma irreversible —zanjó la madame—. Pero nadie se la juega a madame Belrose y sale vivo para contarlo.

—Lo sé, señora —susurró Magda.

Belrose no les había dedicado ni una mirada a los huérfanos, parecía como si no se hubiera percatado siquiera de su presencia; pero a Hugo no le gustaba ser ignorado.

—Perdone, señora Rose Fèvre… —intervino Hugo con todo el respeto que pudo—. El aire aquí fuera es frío… y después de habernos enfrentado a ese cura en el río… tenemos algo de prisa por entrar y comer algo.

La madame le dedicó una mirada ácida al pequeño Hugo.

—¿Qué has dicho…? —preguntó con curiosidad.

—Fue cosa mía, madame —contestó Juana al instante—. El bribón intentó aprovecharse de Magda, y no voy a permitir que nadie le ponga la mano encima en mi presencia.

Al escuchar aquello, Belrose sonrió a Juana con aprobación, aunque Hugo no tenía claro si aquella sonrisa era por las buenas nuevas o porque a la madame le había llegado un nuevo diamante sin pulir.

—¿Qué hiciste con él, pequeña?

—Le clavé un tenedor en los ojos, luego lo arrojamos al río —contestó Juana sin titubear, sin atisbo de remordimiento o arrepentimiento.

Hugo también acababa de ver morir a un hombre y, como Juana, tampoco sentía arrepentimiento alguno. Lo que sí sentía era felicidad, alegría y agradecimiento a la justicia divina. El joven pícaro

estaba acostumbrado a conocer la derrota, a ser vencido por el mal, pero aquella noche las tornas habían cambiado.

La madame soltó una profunda risotada ante las palabras de Juana.

—¡Suertuda! ¡Quería matarlo yo misma! Bueno, es igual… Venga, entrad.

3

La Casa de la mancebía tenía vida propia.

Hugo sentía los latidos de aquel edificio retumbando en su cabeza y, con cada pulso, le centelleaban los ojos con cálidas imágenes que tenían la capacidad de saciar los apetitos carnales del alma.

El salón de la mancebía era tan enorme como sus excentricidades, igual de amplio y húmedo como lo había sido la habitación de Hugo en el orfanato. También había allí numerosas camas, aunque no servían al mismo propósito; mullidas y esponjosas almohadas adornaban los lechos y, a los pies de cada uno de ellos, un escabel ocupado por algún acalorado señor. Había personas de distinto sexo; todas ataviadas con la ropa preferida del Señor: la carne.

Hugo cayó en la cuenta de que, a pesar del calor que hacía allí, la mancebía no disponía de chimenea alguna: no le hacía falta; aquel lugar era un horno repleto de bollos y panes. Al bochorno del lugar lo acompañaba, además, un suave olor frutal; cientos de perfumes se mezclaban con los cuerpos sudorosos que participaban en exóticas y desvergonzadas danzas.

El rugido del estómago de Hugo le indicó que, aunque todo aquello era magnífico, los ojos no pueden alimentar lo que el hambre exige.

—Señora Belrose… —balbuceó Hugo—. ¿Podríamos comer algo?

Madame Belrose asintió y, con un rápido chasquido, mandó llamar a una mujer enmascarada que pasaba por allí con una reluciente

bandeja de plata y unos pechos de oro. La sirvienta se acercó rauda hacia la madame, y esta le murmuró algo al oído.

—Venid conmigo. Tú también, Magda —ordenó Belrose—. Iremos a una sala privada… Allí nos esperan dos curiosos invitados. No solo los niños deben comer, sino también nosotras… Esta noche nos espera un largo viaje.

Magda asintió y siguió a la madame, con Juana y Hugo pegados a ella como si fueran dos crías faltas de teta.

La sala privada se encontraba en el último piso de la mancebía. En el corto trayecto, Hugo descubrió que las escaleras del edificio no eran sino puertas hacia nuevos niveles de jolgorio y jarana. La lujuria del segundo piso era más impúdica y más lasciva que la del primero; y al llegar al tercer piso, esperaba encontrar inimaginables actos capaces de atravesarle los ojos para quedarse petrificados en su mente: pero no fue así. En el tercer piso no había algarabía ni lechos, solo puertas cerradas y un pasillo oscuro.

Guiados por la madame, que había cogido una palmatoria y había prendido la mecha, recorrieron aquellos sinuosos umbrales de los que nada escapaba más que el silencio. Todas las puertas estaban candadas y en todas había un número romano. Hugo, que había tenido que estudiar aquellos números en el orfanato, contó hasta trece puertas; aunque la madame se detuvo ante la número doce.

Con una secreta combinación de golpes, similar a la que había usado Magda hacía unos minutos, la puerta se abrió. Al otro lado de la puerta número doce esperaba un hombre con bigote espeso e incipiente calvicie. La expresión de aquel guardián denotaba una inmensa ansiedad y angustia. Llevaba una túnica oscura, entreabierta, con la mano aferrada con nerviosismo al mango de una espada envainada en su cinto.

—¡Por Dios, madame! ¡¿Dónde se había metido?! No puede dejarme solo en este lupanar.

—¡Señor Arana! —espetó Belrose con un exagerado tono de cansancio—. Es usted un jodido militar… Nadie le va a juzgar por irse de picos pardos en Cuaresma.

La madame apartó al hombre y entró en la estancia seguida de su séquito. El tal señor Arana se llevó las manos a la boca para ahogar un grito.

—¡¿Niños en un burdel?! ¡Esto es intolerable! Podrían colgarnos si nos ven con ellos…

—La gente tiene los ojos puestos en otras cosas más interesantes, señor Arana —dijo Magda mirando hacia la cama que se encontraba pegada a la pared de la habitación.

Hugo, siguiendo la mirada de Magda, se topó con el lecho más extravagante que jamás hubieran visto sus ojos. Un espléndido dosel de madera protegía un colchón mullido; las sedosas sábanas escarlata que lo cubrían habían sido apartadas y atadas con finos hilos dorados a las columnas del dosel. Pero no fue la majestuosidad de la cama lo que llamó la atención de Hugo, sino quien allí reposaba.

Un hombre corpulento, que solo tenía pelo en una barba larguísima y en una única y espesa ceja que le atravesaba toda la frente, se encontraba atado a las cuatro columnas del dosel. El cejudo tenía, además, una cuerda dorada metida en la boca y, aunque no podía hablar, no paraba de lanzar gruñidos e intentaba por todos los medios zafarse de las ataduras.

—El tigre enjaulado —rio la madame—. ¿Qué te parece, Magda?

Magda estaba con la boca abierta, parecía conocer la identidad del prisionero, y miraba a la madame y al señor Arana con los ojos de par en par.

—¿Cómo ha ocurrido esto…? —preguntó, incrédula.

—Muy sencillo, querida —contestó Belrose mientras abría los cajones de un mueble y sacaba una fusta con la que apuntó al misterioso hombre atado—. Don Diego metió al señor Ramón Cabrera en la mancebía con una misión especial: asesinar a nuestra querida y amada reina Isabel. —Magda dio un grito ahogado ante aquella nueva información—. Después de que dicho acto deleznable ocurriera, vendría la guardia real y el caos reinaría por la ciudad. Los carlistas se harían con el poder y a nosotras se nos pasaría, primero, por la piedra y luego, por la espada… ya que sabríamos demasiado. Todas menos tú, Magda. Don Diego lo planeó todo para que tú sobrevivieras… Imagino que con el objetivo de tomarte luego para él…; siempre te miró con lascivia. —Belrose se giró y señaló al señor Arana—. Pero, como era de esperar, yo me enteré de todo antes de que esto ocurriera… y tomé medidas: llamé al señor Arana.

Madame Belrose sonrió y golpeó de forma suave el hombro del señor Arana.

—Isabel es una de nuestras más asiduas y queridas clientas —continuó—. Por eso solo confía en mí, y siempre que quiso visitar la mancebía, yo la colé a escondidas de los ojos de don Diego… aunque el muy bellaco se tuvo que percatar de su presencia. Con dicha información en sus manos, el mostrenco llamó al rufián que tenemos ahí atado. —Belrose comenzó a pasar la fusta por los pies desnudos del hombre atado, que ladeaba la cabeza con nerviosismo —. Iba a correr sangre en mi lupanar, y yo no lo iba a permitir… y por eso necesitaba ayuda. El señor Arana acudió como un caballero en auxilio de su reina, y entre los dos tejimos un plan para capturar al Tigre.

El señor Arana sacó su espada y apuntó con ella al tal Tigre.

—¡Matémosle ahora mismo! —bufó—. Muerto el perro se acabó la rabia.

La madame, con suma delicadeza, apartó la espada con un movimiento de su fusta.

—Cierto es que lo merece, señor Arana —aseveró con calma—. Pero los planes han cambiado con la repentina muerte del clérigo… Mañana esto estará atestado de guardias, y mi Casa de la mancebía acabará quemada… en el mejor de los casos. Ahora, por más que odie admitirlo, quiero vivo a este hombre…, ya que necesito un salvoconducto.

La madame miró al Tigre como un depredador mira a su presa.

—¡No puede hablar en serio! —exclamó el señor Arana, furioso.

La fusta de Belrose danzó como una mariposa grácil hasta posarse en los labios del señor Arana.

—Usted ha salvado la vida de su católica majestad… y eso no va a quedar sin recompensa —susurró la madame con voz melosa—. Mis mejores damas, las más hermosas, le llevarán a la estancia más selecta de toda la mancebía.

—¡No necesito un harén de furcias como recompensa! —espetó el señor Arana, indignado ante aquella propuesta.

—¡Oh, eso ya lo sé! Mis damas no son más que postillones de una diligencia que os conducirá hacia una mujer que ansía agradecer sus más leales servicios a España, y por una noche, señor Arana, usted podrá disfrutar de su carne… ser su rey.

El señor Arana abrió los ojos de par en par, su cuerpo comenzó a temblar y sus pies parecían no obedecerle.

—No se estará refiriendo a la mismísima…

Belrose asintió.

—Magda le llevará hasta el lugar… Nosotros tenemos que resolver unos asuntos con el Tigre.

El señor Arana siguió en completo silencio a Magda y, una vez salieron de la habitación, la madame candó la puerta de nuevo.

Madame Belrose se agachó y sacó de su bota un puñal afilado y reluciente que le entregó a Juana; la fusta la dejó en manos de Hugo.

—Bien, Ramón —comenzó a decir mientras se dirigía hacia la cama con paso ligero—. Voy a explicarte las opciones de las que dispones. Primera opción: engañarme. —Belrose se encogió de hombros y señaló a los huérfanos—. En ese caso, estos dos bribones te cortarán los huevos para que yo pueda hacerme una tortilla con ellos. —Belrose sacó otro puñal de su otra bota y cortó la cuerda que amordazaba al Tigre—. Segunda opción: ayudarnos a huir.

El Tigre gruñó, pero viendo que no le esperaba nada bueno si se negaba, asintió.

—Buen chico —profirió la madame con una siniestra sonrisa—. ¿A dónde tenías pensado huir?

—A Londres… —masculló Ramón, cabizbajo.

Madame Belrose dio una palmada y se levantó, eufórica.

—Maravilloso… la capital del mundo… —murmuró Belrose.

—Pero no sé si podré llevaros conmigo…

Una rauda bofetada cortó la queja del Tigre.

—¡Buscarás la manera de meter a dos putas y a dos niños contigo! Si no lo haces te quedarás aquí, atado en cueros, a la espera de que mañana te atrapen… Le sugeriré a Isabel que vuelva a autorizar la tortura para usarla específicamente en tu persona.

—¡Está bien! De acuerdo…, lo arreglaré para que vengáis los cuatro… pero debemos apresurarnos. Hemos de estar todos al amanecer en el lugar donde nació Lázaro.

—El antiguo molino de Tejares, conozco el sitio —dijo Belrose mirando a los niños—. Está a una hora de aquí, comed algo mientras

el felino se viste. Partiremos en unos minutos.

Hugo iba a replicar que, si bien estaba encantado con la idea de ser partícipe de la huida y también con lo de comer algo, todavía no había visto nada que llevarse a la boca; pero alguien volvió a llamar a la puerta y, como si fuera una enviada del diablo, Magda entró con una fuente a rebosar de comida.

Hugo de Tormes

1

Hugo sentía, por primera vez en su agitada vida, una sensación conocida por el populacho como «empacho». Una voz desconfiada le susurraba en su cabeza que debía haberse ahogado en las frías aguas del río Tormes, ya que los vivos no se hartaban nunca de comer. Curas ensartados, comida deliciosa, rameras por doquier, lascivia en las calles; no había duda: estaba en el infierno. Otra prueba irrefutable de su huida hacia el abismo era el hecho de que por fin había probado la bebida predilecta para aplacar la sed de los clérigos: la sangre de Cristo.

El huérfano salmantino exhibía unas mejillas sonrojadas y notaba un cosquilleo que se extendía por cada poro de la piel; aquella sensación era extraña para Hugo, ya que, hasta hacía unos instantes, le habría dado igual morir; pero ahora las tornas habían cambiado: Hugo había comenzado a experimentar la alegría que acompaña a la tristeza, y aquello era peligroso para un huérfano.

El hambre era algo terrible, pero más horroroso era haber experimentado los pequeños lujos de la vida por un instante breve. Hugo quería más. Anhelaba más comida, más vino y más carne. Había perdido su infancia sin conocer todo aquello, y ahora no quería perder ni un solo instante de su vida.

Un sonoro eructo sacó a Hugo de sus pensamientos. La artífice de tal acto no era otra que Juana. La morena escuálida andaba a pocos pasos de Hugo con las manos apoyadas sobre una barriga cuya hinchazón habría llevado al infarto a cualquier monja.

Con la mirada puesta en el cielo, Hugo se percató de que pronto amanecería. Llevaban más de una hora andando, y el variopinto grupo se hallaba ahora en el pueblo de Tejares. Belrose iba a la cabeza y, a su lado, el tal Ramón Cabrera, apodado el Tigre; detrás de estos iban Hugo y Juana, con Magda en la retaguardia.

Juana se acercó a Hugo y le apretó la mano con dulzura.

—¿Qué fue lo que más te gustó de la cena? —preguntó Hugo al sentir la cálida mirada de su amiga.

Juana se relamió como lo haría un perro.

—¡El jamón! —espetó con brío.

Hugo asintió, era cierto que el jamón estaba riquísimo, era un manjar digno de un rey.

—A mí el vino —mencionó Hugo.

—Magda dijo que no deberías haber bebido tanto —protestó Juana—; además, la madame dice que el vino saca lo peor de los hombres…

Hugo se encogió de hombros. Iba a seguir bebiendo vino de todas formas.

—Las perrunillas también estaban deliciosas —dijo Hugo para cambiar de tema.

Juana bufó ante aquel comentario.

—¡Anda ya! Las natillas estaban mucho más ricas.

Magda les chistó para que no llamaran la atención.

—Magda —susurró Juana—. ¿Tan importante es este hombre?

Magda se acercó mucho a ellos para así poder cuchichear.

—Es uno de los hombres más buscados de España… Si nos vieran con él… acabaríamos todos sentados en el garrote.

—¿Por eso me habéis dado esta… pistola? —preguntó Hugo sacando un objeto que le había dado la madame antes de partir.

—¡Guarda eso! —exclamó Magda.

—Eso no es una pistola, zagal —intervino Ramón sin mirar hacia atrás—. Es un Colt Walker, un revólver norteamericano. Muy caro y difícil de conseguir, así que más te vale tener cuidado con él.

Hugo volvió a guardar el revólver. Belrose le había indicado cómo debía apretar el gatillo en caso de que el Tigre intentara huir; según la madame, aquel aparato mataba a una persona de un disparo.

—Deja en paz al chico —ordenó Belrose—. El molino ya se vislumbra… ¿Qué nos espera allí, Ramón?

Ramón fijó sus ojos inyectados en sangre en el rostro de madame Belrose. Hugo estaba seguro de que aquel hombre jamás había permitido que ninguna mujer le hablara así; pero el Tigre no había conocido tampoco una mujer como Rose Fèvre.

—Allí nos estará esperando mi amigo Manuel —susurró Ramón—. Es de fiar… Él arreglará todo para que podáis huir… aunque yo no os acompañaré…

Belrose alzó la mano como señal para que nadie diera un paso más.

Un aire gélido atravesó al variopinto grupo. Ningún integrante dijo nada. El tiempo se paró en aquel mismo instante, hasta el sol habría retrasado su amanecer si Belrose se lo hubiera ordenado.

—Dijiste que nos llevarías a Londres —reprochó Belrose aferrando a Ramón por la pechera sin el menor cuidado.

—Y a Londres iréis —aseveró Ramón sin alterarse—. Conozco un puerto secreto llamado Vega Terrón. Manuel nos llevará allí con su barcaza por el río Tormes… pero una vez arribemos… nuestros caminos deben separarse.

—No dijiste nada de eso en la mancebía. —Belrose había echado mano de su puñal y tenía la punta pegada al cuello del Tigre.

—No era el momento… —farfulló Ramón—. Os conseguiré un barco para que os lleve hasta Oporto… pero yo debo ir a Barcelona…

por unos asuntos urgentes.

Belrose no le dedicó ni una mirada al grupo, ella era la que mandaba allí, y una leona no necesita la aprobación de los cachorros. Guardó el puñal y asintió.

—Necesitaremos dinero para comprar cuatro pasajes desde Oporto a Londres —añadió Belrose.

—Manuel os dará el dinero —farfulló Ramón zafándose de Belrose.

Todavía no había amanecido cuando llegaron al molino de Lázaro, donde solo estaba el tal Manuel. El señor tenía buen porte y gusto. Llevaba una levita negra, una boina oscura y una barba nívea. El traqueteo de la rueda moviendo el agua ocultó las palabras que intercambiaron Manuel, Ramón y Belrose; pero a Hugo poco le importaban los detalles de las negociaciones. Él iba a escapar de allí y eso era lo único que le importaba. Barcelona, Oporto, Londres…, cualquier lugar le valía.

2

Surcaron el río Tormes a bordo de una embarcación fabricada con madera oscura, que contaba con una pequeña vela y un par de remos, además de una zona cubierta que daba cobijo a los seis integrantes. El Tigre le indicó a Hugo que aquel medio de transporte se denominaba gabarra.

El viaje en la pequeña embarcación duró seis días, y la mayor preocupación de los tripulantes no fue otra que el abastecimiento de agua y comida. Manuel había traído provisiones, pero únicamente para dos personas.

Hugo descubrió hermosos lugares en aquella curiosa travesía. Vio bosques salvajes y deshabitados, tan majestuosos e imponentes como la catedral de Salamanca. También tuvo la ocasión de contemplar el espléndido amanecer mientras meaba por la borda. Aprendió a pescar de la mano del Tigre, y Magda les enseñó a los huérfanos a jugar al mus.

Como no podían subsistir con tan escasas provisiones, tuvieron que hacer escala en un pueblo llamado Ledesma. Magda compró avituallamiento para el resto de la travesía, y Hugo birló una cesta de deliciosas rosquillas.

Después de Ledesma, llegó un gigantesco charco de agua, aunque Belrose le dijo a Hugo que aquello no era nada comparado con el océano que les esperaba en Oporto. Una vez pasado aquel lago, llegaron al que sería el lugar favorito de todo el viaje para Hugo: las Arribes; aquel lugar era un mágico y trepidante descenso en el que

la gabarra se deslizaba como una serpiente bajo las enormes masas de tierra que se alzaban imponentes a sus costados. Debido a una avería, el grupo se vio obligado a parar en uno de los pueblos de aquel majestuosos lugar.

La villa se llamaba Villarino de los Aires y, en el transcurso de las reparaciones, Juana y Hugo vagaron por aquella aldea hasta que una anciana encorvada y canosa le echó un mal de ojo a Juana por robar una boina que pertenecía al marido de la vieja, y que, además, Juana había regalado a Hugo.

Una vez la gabarra estuvo reparada, partieron de aquel extraño lugar y no volvieron a detenerse hasta llegar al puerto. Aunque, según la madame, aquel lugar en nada se asemejaba a un puerto. Lo fuera o no, era un hecho que allí había otro barco esperándolos, mucho más grande y que, además, iba a vapor.

3

En aquel puerto se separaron los caminos de los integrantes del grupo.

Hugo se olvidó de Ramón y Manuel nada más subir al barco de vapor; aquella embarcación en nada se parecía a la gabarra. El nuevo barco contaba con una gran torre oscura de la cual emanaba un humo tan negro como la sotana de un cura y con una enorme rueda blanca que giraba en la popa.

Hugo se quitó la boina y se despidió de España cuando el barco zarpó. En su corazón, el huérfano sabía que aquello no era un hasta luego, sino un adiós.

Vino dulce y palabras amargas

1

Hugo volvió a desvelarse: era difícil dormir con los ronquidos de Magda.

Abrió los ojos, aunque no veía nada. La oscuridad que envolvía la estancia seguía allí, inerte como un cadáver bajo tierra. La habitación, al igual que un ataúd, no tenía ventanas y discernir si era de día o de noche era una ardua tarea para el ojo humano.

El aire del cuarto contenía un olor que emborrachaba los sentidos y cuyos ingredientes eran eructos, flatulencias y vino. Aquellos olores provenían de la húmeda bodega en la que se cobijaba el grupo de Hugo, ubicada bajo tierra, en una ciudad portuguesa llamada Gaia, al sur de Oporto.

Hugo volvió a abrir los ojos y miró hacia donde se suponía que debía estar el techo de la bodega, pero seguía sin poder ver nada. Todavía debían de faltar un par de horas hasta que Belrose volviera con los billetes para zarpar hacia Londres, así que Hugo mató el tiempo recordando.

2

Habían llegado a Oporto bajo el amparo de la noche, después de cuatro días de viaje por el río Duero a bordo del barco de vapor. Un viento frío les había dado la bienvenida y unas lluvias intermitentes les habían calado hasta los huesos. La noche portuguesa olía a pescado y a sal, pero también olía a mierda, a vómitos y a putrefacción.

Cruzaron un puente conocido como el de María II y, mientras Magda prendía un cigarro, Hugo echó un vistazo a la ciudad que se alzaba detrás y que dominaba todo el río Duero. Una infinidad de llamas resplandecientes iluminaba la ristra de casas que se iban amontonando una tras otra hasta llegar a la cima de una colina. Una vez en la cúspide, una muralla serpenteaba entre numerosas torres que se elevaban como troncos alrededor del cauce de un río. Aquella majestuosidad no anhelaba la luz solar, pues las torres contaban con unas ardientes almenaras que iluminaban la estructura, robusta y portentosa. Al otro lado del puente, nombrado así en honor a la reina de Portugal, Hugo descubrió una amalgama de barcazas y barcos y, más allá, se encontraba aquello de lo que tanto había escuchado: el mar. Un lugar más extenso que cualquier ciudad y tan profundo como la maldad de un clérigo.

3

—Juana… ¿ha vuelto ya Rose? —preguntó Magda medio dormida.

—No, pero me dijo que te despertara para salir como alma que lleva el diablo en cuanto ella llegara —contestó Juana aletargada.

Magda gruñó.

—¿Por qué no me has despertado entonces?

A Hugo la espera se le estaba haciendo eterna, pero no se podía quejar. Tenían comida y un techo bajo el que dormir, aunque eso había sido gracias a Magda. Era tarea de Belrose conseguir los pasajes a Londres, y sabían que la madame se estaba esmerando en ello, pero mientras tanto, Magda se las había ingeniado para conseguirles un lugar donde cobijarse.

Magda, desoyendo las protestas de Juana, había vuelto a trabajar para conseguir unas monedas con las que pagar un alojamiento hasta que algún barco con destino a Londres tuviera un hueco libre para ellos.

A Juana le había molestado que Magda volviera a trabajar como meretriz. Juana sentía por aquella mujer una cariño infantil y visceral; un sentimiento propio de una huérfana que, sin madre, idolatraba a aquella mujer que le había dedicado una brizna de amor.

—¿Dónde andará la madame? —preguntó Juana dándole un codazo a Hugo.

—Conociéndola… bebiendo vino y embaucando a algún capitán de barco —murmuró Hugo.

Juana asintió con un sonido gutural.

El aura de fantasía que rodeaba a madame Belrose se había disipado durante el trayecto por el río Duero. El culpable de aquello no era otro que el sangriento vino. A bordo del barco de vapor había poca agua potable, y lo poco que quedaba se la reservaban a Juana y a Hugo. Los adultos tuvieron que beber vino para saciar su sed. Así ocurrió que, llevando bebidas ya más de dos damajuanas de vino, la madame decidiese dar rienda suelta a su lengua.

Rose, además, hizo algo que asombró a Hugo: despojarse de sus ropajes. El vino la había acalorado, y la madame le enseñó a Hugo una gran lección: la edad no mata la belleza. Ataviada nada más que con un corsé oscuro que tapaba sus partes femeninas y con una botella de vino en mano, Rose Fèvre contestó a la pregunta que le había hecho Hugo.

—¿Cómo acabó una mujer como usted así?

La madame le profirió un tórrido beso a la boca de vidrio con sus labios rosados, macerados, tan majestuosos que fue el propio vino el que se impregnó de ellos; apuró la bebida con un largo trago y comenzó su relato.

4

—Todo empezó en Francia —comenzó a relatar Rose Fèvre con un suspiro.

»Nací en París, en los albores del Imperio napoleónico iluminando a la nación; aunque no fue en ninguna cama de hospital, sino a orillas del río Sena*.*

»La mujer que me parió era una trabajadora del famoso barrio rojo de París*;* se las conocía como *soumises* y se ganaban la vida en las *maisons de la tolérance* que poblaban la zona. En resumen: era una meretriz gitana de piel tostada que trabajaba en un burdel.

»¿Entonces por qué no me parió en una cama junto a sus compañeras? La respuesta es bien sencilla: quería conservar su puesto. Por lo visto la susodicha no era una ramera cualquiera; no, ella no se dedicaba a aliviar a los borrachos que pasaban por las esquinas… no, ella trabajaba en un burdel de lujo. ¿Cómo era de lujoso su burdel? Digamos que era donde le comían a Napoleón sus diminutos *couilles*.

Rose se aclaró la garganta y volvió a darle un trago a la damajuana.

»Claro que todo esto me lo contó mi querido padre. ¿Era Charles Fèvre mi padre biológico? ¿O solo fue un hombre honrado e ingenuo que se vio engañado por una arpía? Las respuestas no me importan lo más mínimo…

»Mi padre era una persona honesta y trabajadora, a quien el destino le había arrebatado de forma prematura a su gran amor;

pero él, como la mayoría de los hombres, tenía también una amante, una que le calentaba el corazón y le permitía llenar los huecos que deja el amor en nuestra vida cuando nos abandona, y esa amante era la forja.

»Charles era herrero, se pasaba día y noche en la forja, y cuando alguien dejó a su supuesta hija en la puerta, su vida no se alteró en lo más mínimo. Él seguía pasando su vida allí metido, solo que ahora tenía compañía.

»Tengo vagos recuerdos de aquellos días, momentos agradables que se han quedado cristalizados en mi mente. Fue una etapa feliz, aunque no fue fácil; y ahora, cuando echo la vista a atrás, me doy cuenta de que la felicidad se puede hallar hasta en los momentos más oscuros y pecaminosos de nuestra vida.

»Charles Fèvre jamás me golpeó, ni tampoco me insultó. Papá decía que la vida se encargaría de ello. Su dedicación hacia mí fue la misma que mostraba hacia sus armas; y se empeñó en templar mi personalidad para que no hubiera persona en el mundo capaz de quebrarme.

»Sus últimas palabras todavía resuenan en mi mente: "Te podrán doblar, te podrán golpear, incluso te podrán desarmar, pero una de mis espadas jamás se romperá en combate, y tú eres mi mejor espada".

»Me dijo aquello en el año mil ochocientos diez, cuando yo tenía diez años. Charles me envió al sur de Francia, o lo que él creía que sería el sur de Francia, ya que los españoles les demostraron a los franceses que cuando dejan de pelear entre ellos por un enemigo común son invencibles.

»Sobreviví porque yo no tengo patria más que mi propio higo, lo demás no me importa. Aprendí castellano en apenas dos años, y me cambié de bando cuando Wellington les dio por culo a los franceses

en Ciudad Rodrigo. Para la batalla de Arapiles yo ya iba gritando "¡Por España!".

»En Francia soy una traidora a la patria, ya que les vendí secretos a los guerrilleros españoles a cambio de mi propia vida y un par de hogazas de pan. Se podría decir que fue la primera vez que me desvirgaron el alma. Luego aprendí que mi cuerpo era también una fuente infinita de recursos que podía explotar y que los hombres no eran más que monos peludos, fuertes, violentos y… manipulables.

»Cuando llegó el Deseado, yo ya estaba asentada en Salamanca y sabía cómo ganarme el pan. Después de la guerra, cientos de niñas se habían quedado huérfanas y desamparadas. Yo las convertí en mi huerto y, con esmero y mimo, las labré, las regué y luego recogí sus frutos. Aunque tuve que quemar muchas malas hierbas por el camino.

»Magda fue una de aquellas niñas extraordinarias. Hija de un soldado británico que había fornicado con una de mis compañeras, que murió en el parto. Así que acogí al bebé y lo crie, aunque yo tan solo tenía trece años, pero mi padre me había forjado bien.

»Para mis dieciocho años ya era la meretriz más deseada y cara de toda Salamanca, y a mis veinticinco años ya dirigía la Casa de la mancebía en la sombra.

5

Hugo recordaba la emoción que había sentido al escuchar la historia de madame Belrose. El joven pícaro salmantino se había visto reflejado en la mirada ácida de aquella dama, y los ojos profundos de Rose Fèvre se habían convertido en un espejo del futuro del joven Hugo Salamanca.

6

Hugo pensó que sentiría alivio cuando por fin embarcaran hacia Londres, pero fue todo lo contrario.

Durante toda su vida, Hugo se había considerado una persona valiente; había recorrido las sinuosas callejuelas del infierno y había conseguido escapar de él, al menos eso creía Hugo. Aunque eso había sido antes de conocer lo que Magda había denominado océano; para Hugo aquello no era más que otro tipo de infierno, uno menos cálido, pero igual de terrorífico. Al principio, la inmensidad del agua le había fascinado, pero todo cambió cuando empezaron a navegar.

Hugo estaba aterrado, tanto que sentía calor cuando los demás tiritaban, le temblaban las manos y no era capaz de agarrarse con firmeza a los tablones del barco que servían de barandillas. No importaba hacia donde mirase, Hugo solo veía agua; aunque era peor al caer la noche, cuando desaparecía para fundirse con la oscuridad del firmamento. Un mar sombrío y una siniestra calma les envolvía como una serpiente que asfixia a su presa. El barco de vela se mecía sobre las olas como un niño pequeño en brazos de una meretriz borracha, provocando que las tripas de Hugo añoraran los días de austeridad y ayunos.

Llevaban ya dos semanas de viaje en *la mer*, como decía Belrose, y Hugo solo podía pensar en pisar la tierra y en no volver a navegar en su maldita vida. El trayecto por el río Tormes, y después por el río

Duero, le había fascinado, pero había algo en aquel mundo repleto de agua que le angustiaba.

Miraba hacia abajo y veía oscuridad, miraba hacia arriba y veía más oscuridad. Debajo de las tablas que crujían se ocultaba un abismo desconocido. Hugo sentía que aquella profundidad le llamaba y le imploraba que se sumiera en ella. Hugo, además, se sentía humillado; una vergüenza le recorría todo el cuerpo, ya que los demás parecían disfrutar enormemente del viaje.

Juana se pasaba los días mirando por la cubierta y hablando con Magda; ambas, siempre con una sonrisa dibujada en el rostro. Belrose no se quejaba, aunque tampoco se dejaba ver mucho y, cuando Hugo preguntaba por ella, siempre le decían que estaba en la bodega. Hugo se imaginaba que estaría allí empinando el codo.

7

El tiempo en el barco pasaba lento. Por lo que, un día, Hugo decidió buscar a Belrose e ir con ella a beber vino. Hugo, aunando todas sus fuerzas, consiguió armarse de valor y salir en busca de la bodega. Quería beber todo lo que pudiera hasta quedarse dormido. El capitán decía que ya quedaba poco para llegar a Londres. Hugo quería creerle, ya que todos le decían lo mismo, pero desconfiaba de todo el mundo.

Aquel día, el hambre le había obligado a comer un poco de cecina, unos trozos de queso maloliente y un vaso de gazpacho. Lo había vomitado casi todo al poco rato, pero su estómago parecía haberse quedado tranquilo.

El carpintero del barco estaba faenando cuando Hugo se acercó a la puerta de la bodega. El barco siempre parecía estar lleno de agua y Hugo no entendía cómo la embarcación que los había llevado a Oporto era más fuerte y estable que aquella goleta roñosa.

La goleta en cuestión tenía cuatro mástiles, con numerosas velas blancuzcas, además de una más grande que tenía una franja azulada con el escudo de Portugal. El capitán los había saludado cuando habían subido a la que él llamaba la Orellana, en honor a un conquistador de Extremadura, que a saberse dónde cojones estaba eso.

Belrose debía de haber comprado los pasajes más baratos que hubo encontrado, para así quedarse con el dinero que sobrara. Hugo no lo suponía, sino que lo sabía; ya que él habría hecho lo mismo.

Hugo se internó en la bodega, negra y húmeda. Varios barriles de vino se amontonaban en las paredes y numerosos sacos de arena se apilaban en una de las esquinas, donde una cuadrilla de ratas jugueteaba.

—¡Belrose! —llamó Hugo hacia la profunda oscuridad que no le permitía ver lo que se hallaba al final de la bodega.

La voz del zagal resonó y ahuyentó a las pobres ratas que veían cómo su hogar era invadido por un bárbaro desalmado.

—No está —contestó una voz femenina y aguda desde el fondo.

Otro Hugo habría avanzado hasta el fondo con el paso firme y los puños prietos, pero ahora estaba en un barco, y el Hugo que surcaba los mares era todo menos valiente.

—¿Quién eres? —preguntó Hugo a la nada.

—Somos tus amigas —contestó la misma voz.

—¿Amigas? —preguntó Hugo mirando a las ratas.

—Sí, *petit* Hugo, son mis amigas —susurró una voz detrás de Hugo.

La voz de madame Belrose era inconfundible. Hugo se giró, no para comprobar si de verdad era Rose, sino porque era peligroso darle la espalda a alguien como ella. Allí estaba la artífice de aquel plan, con una lamparilla en la mano izquierda y una sonrisa tan ardiente como las llamas del propio candil.

—¿Quieres conocerlas? —preguntó Belrose dando a entender que, en realidad, no era una pregunta.

—Yo en realidad venía a por vino…

Belrose se sacó una botella de vino de debajo de la túnica, se la dio a Hugo y se dirigió hacia las sombras, ahuyentándolas con su haz de luz llameante.

—Un candil en un barco de madera… —murmuró Hugo para sí mismo—. ¿Qué puede salir mal?

Hugo vaciló, pero al final sabía que no le quedaba otra que seguir a Belrose a través de la negrura: ella era su faro, su guía, la única que tenía un fuego interno tan abrasador que no había sombra capaz de apagarlo. Hugo no era más que una pequeña brasa y sabía que, sin una llama candente al lado, se extinguiría.

La luz del candil de Belrose se paró e iluminó una esquina de la bodega. Había cuatro niñas. Todas estaban muy delgadas, desaliñadas, llevaban la ropa ajada, las caras de todas ellas estaban sucias, negruzcas, y ninguna estaba bien peinada. Pero, a pesar de toda aquella suciedad, Hugo pudo entrever que aquellas niñas eran gráciles y angelicales.

—Te presento a mis *prunelles* —dijo la madame alumbrándolas con el candil—. Presentaos al *petit* Hugo.

—Soy María, aunque la madame me dijo que, cuando lleguemos a Londres, seré Mary —contestó la primera con un marcado acento gallego.

—Yo soy Ana, aunque me convertiré en Annie, la más deseada de Londres —contestó la segunda con un acento andaluz.

—Me llamo Isabella, pero para los aristócratas ingleses seré Elizabeth —contestó una tercera niña.

—Yo soy Catarina, pero en Londres seré la hermosa Katherine —contestó la última con un acento como el de Belrose.

Hugo se quedó petrificado observando a aquellas cuatro querubinas alborozadas, sabiendo cuál sería su pobre y leonino futuro.

—¿Qué te parecen, *petit* Hugo? —preguntó la madame alargando su sonrisa y acariciando la cabeza de María.

—Creo que me ocultas cosas, Belrose —susurró Hugo mostrándose compungido—. Creía que éramos un equipo y que yo también estaría al tanto de todo.

Madame Belrose frunció el ceño y, acto seguido, se llevó una mano al pecho.

—Yo jamás haría eso, mi querido *camarade*… Es solo que no me gusta vender la leche antes de ordeñarla.

Hugo miró a las niñas y vio en ellas una mirada ardiente, ávida de nuevas aventuras que les hicieran olvidar la inmundicia en la que debían de haber vivido en Oporto. Quizá Belrose les hubiera explicado algo, pero Hugo sospechaba que lo único que les habría dicho era que iban a tener una vida mejor allá a donde iban.

«¿A cambio de qué, Belrose? Eso no lo cuentas, nunca muestras el precio de la felicidad que vendes», pensó Hugo mirando las sonrisas de aquellas cuatro niñas.

—¿Qué edad tenéis, zagalitas? —preguntó Hugo inclinándose hacia las niñas.

—Nueve, diez, once y doce —respondió Belrose señalándolas en el mismo orden en el que habían hablado previamente.

Hugo le dedicó una mirada feroz a su protectora.

—Pronto llegaremos a Londres, jovencitas. Sed pacientes y no salgáis de aquí —ordenó Belrose—. Vamos fuera, *petit* Hugo.

Una vez fuera de la bodega, la madame cambió su expresión y le dedicó a Hugo una mirada de enfado propia de una madre.

—¿Acaso me tomas por un monstruo?

—Sé lo que pretendes hacer con esas muchachas…

Belrose bufó.

—Sí, darles un futuro mejor… Por ahora solo van a aprender modales, buena educación y a comportarse como verdaderas damas. No empezarán a trabajar hasta los dieciséis. Así que quita ese ceño fruncido.

—Las vas a utilizar en tu beneficio… al igual que usaste a Magda, al igual que vas a usar a Juana y al igual que me usarás a mí…

Hugo esperó el golpe, incluso se encogió de hombros por instinto; pero madame Belrose era una meretriz, no una monja, y no le golpeó, sino que le sonrió.

—De no ser por mí, Magda habría muerto de peste blanca. Sin mí, vosotros dos estaríais de vuelta en el orfanato. Sin mí, esas niñas morirían de cólera en apenas unos años. —Belrose hizo una pausa, se acercó al borde de la cubierta y escrutó el horizonte: dos enormes bloques de tierra altos como columnas custodiaban un gigantesco canal hacia el que se dirigía el barco—. Cualquier futuro es mejor que morir de hambre y frío en un callejón maloliente, donde lo único que puedes hacer es rezar para que los opiómanos no te violen y luego vendan tu cuerpo enfermizo por partes.

Hugo se sintió apesadumbrado. Había días en los que el sol brillaba en su interior, días oscuros y nebulosos en los que él solo veía luz y felicidad; días en los que los problemas causaban sonrisas, en los que la tristeza era algo efímero e irreal; días en los que agradecía al mundo estar vivo.

Hasta que llegaban los otros días.

Días en los que el sol brillaba y la naturaleza le mostraba sus mejores obras de arte, pero en los que una oscuridad infinita se apoderaba de su alma y consumía cada brizna de luz que intentaba penetrar su corazón; era en aquellos días cuando cualquier problema le arrancaba una lágrima de los ojos. Cada desgracia le recordaba que aquel mundo no merecía la pena, que vivir era una maldición, una enfermedad que se transmitía a través del fornicio con el único fin de perpetrar un dolor eterno en el alma de las personas que moraban en la tierra.

Hugo había vivido la mayor parte de su vida en días oscuros y, al escuchar el relato de la madame, sabía que muchas otras personas habían pasado por situaciones iguales de terribles que las suyas.

Belrose era dura, no se dejaba embriagar por fantasías irreales de días resplandecientes; no, ella conocía la realidad más descarnada. Tenía los pies en la tierra, y sabía que cuando una herida se infectaba y se gangrenaba, lo mejor era amputar. Ella era, en resumidas cuentas, una cirujana de la vida. No le temblaba el pulso cuando tenía que actuar, cuando tenía que abandonar una vida en un callejón, cuando tenía que matar una ilusión. A ella solo le importaba salvar a los que podían ser salvados.

Belrose era la que convertía los días oscuros en días luminosos. Hugo sintió una admiración hacia ella que jamás olvidaría.

—¿Cuál será mi tarea en Londres? —preguntó, armándose de valor.

Belrose soltó una pequeña risotada, le arrancó la botella de vino y le dio un buen trago.

—Tú, *petit* Hugo, harás lo que el emperador no pudo hacer: conquistar Londres. No te he traído para que expulses a los rijosos problemáticos de mi futuro burdel, eso lo hará Magda. Tampoco quiero que atiendas a las meretrices que allí vivan, eso lo hará Juana. Ni mucho menos que practiques la sodomía. No, mi niño, tú estudiarás y te convertirás en un *lord* inglés, así luego nos sacarás a todas de esta miserable vida.

Hugo le dio un trago a la botella de vino. Asintió y se colocó la boina que el viento, con obstinación, intentaba arrebatarle. Con los codos apoyados en el balaustre de la goleta, escrutó la apertura hincada entre las dos tierras. Estaba excitado, ávido de llegar a Londres, deseoso de nuevos desafíos; aunque no tenía ninguna duda de que madame Belrose lo explotaría como a una de sus concubinas, quizá no tendría que desnudarse, pero le joderían igual que a las demás.

La capital del mundo

1

Piccadilly Circus rebosaba de gente. Tanta muchedumbre habría hecho palidecer al *petit* Hugo, pero aquel joven había muerto y, en su lugar, había renacido un hombre.

Habían pasado seis años desde la huida de Hugo y Juana de la Casa del Amor. Corría el año mil ochocientos cincuenta y cuatro y Hugo vivía ahora en la capital del mundo, en la moderna Babilonia.

Londres estaba anegada de gente, aunque poseía algo más cuantioso que sus infinitos transeúntes: los excrementos. Incalculables heces y desechos se vertían cada día en la calle. Londres olía a mierda; una hedionda pestilencia que impregnaba las fosas nasales y quitaba cualquier atisbo de apetito.

Hugo estaba casado con Londres, había días en los que detestaba la ciudad y no pensaba en otra cosa que en largarse de allí para no volver jamás, pero también había días en los que la lluvia rutinaria le calentaba y la niebla lo amparaba como una amante borracha. Era en aquellos días cuando el pícaro salmantino sentía un destello de ilusión capaz de disipar las tinieblas de las calles empedradas, cada vez que observaba con la boca abierta una gran construcción de algún nuevo edificio.

Vivía en la zahúrda más importante del mundo, pero había aprendido que lo que le hacía a uno feliz no dependía de la celda donde este guardase sus sueños, sino que era el hecho de tener la llave de la puerta, para así poder soñar con libertad.

El murmullo de la barahúnda que emergía de la plaza circular de Piccadilly sacó a Hugo de sus pensamientos. Una palabra se repetía y resonaba por encima de las demás: *cholera*.

En la última semana, una epidemia de cólera había infestado Broad Street. Aquella calle pertenecía al Soho, el barrio en el que vivía Hugo. El cólera había barrido medio Soho y, aunque la gente estaba asustada, la mayor preocupación de Hugo no era la salud, sino el negocio. El doctor Snow había acudido al burdel de Belrose y les había asegurado a todos que estaban sanos, por lo que la madame había mandado a todos de vuelta al trabajo con efecto inmediato.

Hugo resopló, harto del murmullo inglés que le punzaba en los oídos de forma constante día tras día. A Hugo le había costado más que a los demás aprender inglés, había algo en aquel idioma que le enfurecía en lo más hondo de su ser. Era una lengua sin pasión, cuyas palabras no alcanzaban a expresar los verdaderos sentimientos del corazón. Siempre que podía, Hugo conversaba en castellano, pero la madame le había prohibido hacerlo en público.

Juana había cambiado de nombre y ahora se hacía llamar Jane. A los chicos se les consideraba hermanos e hijos de Rose Fèvre. La hermana de Rose era Magda, la que, además, había acogido como sus hijas a Mary, Annie, Elizabeth y Katherine. Juntas, aquellas ocho personas formaban ahora una gran familia que regentaba una fastuosa mancebía.

El burdel que Belrose había montado se había convertido en el más lujoso, deseado y emblemático de todo Londres. Lo había llamado, de forma irónica para Hugo, *La maison de l'amour*, y allí acudían las personalidades más distinguidas de Londres: políticos, aristócratas y caballeros de toda suerte. La sala del Harem, como ya la llamaba todo el mundo, era tan famosa, privilegiada y codiciada

que hasta se había visto allí a gente de la realeza. Se decía que, después de pasar una noche allí, se tardaba por lo menos un mes en volver al burdel. El lupanar se encontraba en pleno corazón de Golden Square, en un enorme edificio de cuatro plantas que relegaba al estatus de cuadra a cualquier otro burdel del área del Soho, e incluso de todo Londres.

Hugo era una meretriz más en aquella nueva Sodoma, una que trabajaba por y para los intereses del lupanar, aunque solo aceptaba órdenes directas de Belrose.

Rose Belrose, que era como se hacía llamar ahora la madame, tenía una grandísima influencia en la ciudad, ya que como viuda negra que era, había tejido una enorme telaraña capaz de atrapar a las moscas más grandes. Gracias a sus tejemanejes, Hugo había sido admitido en una selecta universidad de Londres: el Manchester College. Ahora, la tarea de Hugo era, simplemente, ascender en la escala social, llegar a político y proteger el negocio familiar.

2

Apoyado con la espalda en una pared y con la cabeza oculta bajo su inseparable boina, Hugo esperaba a su contacto. Para matar el tiempo se había llevado su último ejemplar de *Household Words.* Hugo no conocía la revista hasta que un día conoció al director en el burdel; este se la dejó olvidada en una butaca y Hugo se enganchó de inmediato. Había aprendido a leer en el orfanato y, aunque allí tuvo que leer libros católicos como La Santa Biblia, era un entretenimiento que le agradaba. Además, madame Belrose era una gran defensora de la educación y la lectura, por lo que obligaba a Hugo a leer todos los días para que, según ella, no se le pudrieran los sesos.

Hugo perdió el hilo de la lectura: la voz de la madame le resonaba en la cabeza. Belrose le había hablado con tono serio esa misma mañana. Por lo visto, aquella tarea era de vital importancia para el futuro de la familia, incluso le había instado a que se presentara como Hugh, en lugar de como Hugo, cosa que ignoró por completo.

Hugo sentía que adoptar un nombre inglés era un órdago hacia un cambio irreversible en su persona. Aquello sería una traición a sus raíces españolas y, aunque él no dispusiera de un linaje venerable, se sentía profundamente orgulloso de ser quién era y de lo que había tenido que hacer para sobrevivir. Hugo Salamanca no había nacido en Londres, sino en los resquicios de un malvado orfanato; la picaresca y astucia que Hugo había aprendido allí le habían

conducido hasta Londres, un lugar igual de inhóspito que el orfanato.

Hugo podía sobrevivir allí; Hugh, no.

3

El traqueteo de un carro tirado por un caballo blanco llamó la atención de Hugo. El cochero añadió al griterío el chasquido de su látigo; el caballo relinchó, pero también paró en seco.

Un oscuro sombrero de copa ocultaba los ojos de aquel hombre y, además, se podía apreciar por su nerviosismo que no se sentía a gusto en aquellas calles abarrotadas e inmundas; pero si el cochero no estaba cómodo, menos debía de estarlo la persona del interior del carruaje.

Oculto bajo unas telas negras, a juego con todo el carro, estaba el objetivo de Hugo. Un hombre muy importante, demasiado como para dejarse ver por aquellos lares, y menos en compañía del pipiolo sagaz de madame Belrose. Hugo no sabía su nombre real, ya que nadie solía usarlo en el burdel, la mayoría tenía un apodo y aquel hombre era conocido como Rufus.

Un guante blanco asomó por la ventana del carruaje y, entre los dedos, despuntaba una pulcra carta con un sello rojo estampado en ella. La voz, dura y desdeñosa, atravesó la ventana y llegó a los oídos de Hugo.

—En la entrada verás a un guardia. Él preferiría la muerte a verte entrar en tan distinguida institución… pero tú eres un jovencito con demasiada suerte…, así que aquí tienes. Con esto nadie te hará preguntas, pero te lo advierto: no me hago responsable de lo que te pase. No tengo nada que ver contigo, mi nombre y el tuyo jamás

aparecerán juntos en esta vida. Así que aprovecha esta oportunidad y no me causes problemas.

Hugo cogió la carta con una abultada sonrisa.

—¡Pero bueno, Rufus, mira que eres estirado por el día! —replicó Hugo estrechándole con fuerza la mano—. ¡Te voy a dar un buen apretón de orejas cuando te vea esta noche!

—¡Insolente criajo! —vociferó desde el interior Rufus—. ¡George, aprieta el paso, quiero salir con premura de esta cloaca infecta!

—¡Sí, señor! —respondió el cochero de manera automática.

El carruaje se perdió de vista al final de aquella calle sembrada de boñigas de caballo y Hugo se escondió la carta en uno de sus innumerables bolsillos.

4

Hugo se paseaba por Archer Street como si fuera el hijo de la mismísima reina Victoria. Vestido con un elegante traje oscuro y una larga levita negra atraía las miradas de las jóvenes damas que por allí deambulaban.

Una sonrisa habría asomado por su rostro cuando una joven, con un vestido pomposo cuyos colores desentonaban más que un día soleado en Londres, comenzó a cuchichear con sus compañeras mientras le dedicaban sendas miradas; pero Hugo había aprendido a diferenciar los halagos de los prejuicios, y su piel tostada atraía tantas miradas como su hermoso rostro.

Hugo se acercó a la dama y, con un suave gesto, inclinó su boina a modo de reverencia hacia ella. La joven, con los ojos palpitantes, se ruborizó y desvió la mirada. Hugo sonrió y continuó su camino: le encantaba flirtear con desconocidas.

Tras unos años trabajando en el burdel de la madame, Hugo había aprendido bastantes cosas sobre las mujeres. Su corazón era propiedad de Juana, y Hugo lo sabía, pero también conocía la sensación de alborozo que sentía cuando provocaba una sonrisa en el hermoso rostro de una joven desconocida.

La relación entre Hugo y Juana había avanzado mucho, sobre todo en el ámbito más íntimo. Si bien Juana no trabajaba de forma activa en el burdel, conocía a todas y cada una de las meretrices, que la habían versado en el arte del amor. Hugo había bebido de aquel néctar fogoso, se había empapado hasta hartarse de él y, aun así,

sentía que faltaba algo entre ellos dos, algo que no podía definir, pero que tampoco podía encontrar.

Hugo necesitaba vomitar aquellos sentimientos dudosos, y solo había una persona en la que él confiase tanto como para abrirse en canal y desnudar su corazón: su fingida madre. Belrose le había escuchado y, además, le había entendido. Rose Fèvre era una persona veraz que no se andaba con ambages y, al escuchar las dudas de Hugo, le había brindado una solución, aunque tan dura como la vida misma: yacer con otra mujer.

Hugo no estaba dispuesto a hacerle eso a Juana, daba igual lo que se rumorease a sus espaldas, daba igual lo que algunos le llamaran. Hugo confiaba en Juana, y sabía que ella no ejercía en el burdel; no podía romper ese lazo de confianza solo para estar seguro de que Juana era la mujer de su vida. Ambos compartían el mismo pasado, ambos habían escapado y continuado sus aventuras juntos. Disfrutaban el uno del otro en la calidez de las sábanas. ¿Acaso necesitaba algo más para estar seguro?

5

Como un pájaro que vuela de forma innata, Hugo había llegado a su destino. Puede que Londres fuera enorme, y que sus calles fueran laberintos interminables, pero si había aprendido algo en aquellos años era a conocer la ciudad como si fuera la palma de su mano.

Conocía el nombre de cada calle, hacia dónde giraba y llegaba cada callejuela, sabía quién mandaba en cada zona, qué se cocía en cada una de ellas y a qué horas era mejor no pasar por allí. Se conocía todos los burdeles de la ciudad, la ubicación de los fumaderos de opio y le bastaba una sola mirada para saber si alguien lo consumía.

Hugo había aprendido a usar la ciudad como una aliada, y no a temerla como a una enemiga.

6

La facultad emergía ante el ceño fruncido de Hugo; aunque más ceñudo era el rostro del guardia con complejo de militar que cortaba el paso al joven de tez tostada. Llevaba un casco picudo y apretado junto con un chaleco escarlata repleto de botones dorados.

—¡Buenos días, señor!

El guardia le dedicó una mirada de desprecio a Hugo para, seguidamente, ignorarlo mientras se acariciaba el espeso mostacho que le adornaba la narizota.

—¿Señor?

—¡Largo de aquí! —bufó el guardia sin perder su compostura—. Esta es una institución decente y prestigiosa en la que…

Hugo no tenía paciencia para el clásico sermón de que él no era apto para estar en determinado sitio o acudir a determinado acto social. Entregó la carta al guardia y esperó hasta que los ojos de aquel representante de la ley se abrieran de par en par. El guardia leyó la carta al menos tres veces, miraba a Hugo y luego volvía a escrutar la carta.

—Debe de haber algún error… —murmuró.

—¡Sí, que usted debería frecuentar menos los fumaderos de East End! ¡Déjeme pasar, maldito paleto! —comentó Hugo al ver la palidez del hombre, sus labios azulados y sus uñas moradas.

El guardia desafió con la mirada a aquel joven, luego le devolvió la carta y, acto seguido, le dejó pasar. Hugo asintió y siguió su camino hasta toparse con el jardín que rodeaba aquel enorme edificio.

Esculpido en mármol blanco, la estructura disponía de tres plantas. La fachada estaba plagada de ventanas, tantas como meretrices tenía el burdel de la madame. Un enorme porche señalaba la entrada; dos grandes columnas, repletas de inscripciones en una lengua desconocida para Hugo, protegían la puerta. Según se fue acercando, pudo observar que los extremos del ancho edificio sobresalían hacia el jardín como si fueran dos torretas de un castillo.

De pronto, comenzó a sentir una profunda sensación de rechazo con cada paso que daba. Aunque ese pensamiento se esfumó en cuanto lo llevaron ante el decano, el señor Thomas Berkeley, de espeso bigote, con poco pelo en la cabeza, ataviado con una casaca negra, camisa blanca de algodón, chaleco granate y un plastrón azulado. Aquel hombre también era conocido como Mosley, y puede que el hombre jamás hubiera visto al zagal de Belrose, pero Hugo conocía a todos los clientes que visitaban su burdel.

—Buenos días, joven —carraspeó Thomas—. Tengo mucha prisa, así que zanjemos este asunto de una vez, ¿qué haces en mi institución?

Hugo se quitó la boina, tomó asiento y le entregó la carta. El decano volvió a leer la carta, haciendo lo mismo que el guardia y, entre lectura y mirada, Hugo decidió darle un empujón a su situación.

—Aparte de la carta tengo también un mensaje para usted —dijo sin darse importancia—. Es de madame Roux.

Berkeley paró de leer de inmediato, en parte porque no podía apartar los ojos de Hugo, y en parte porque el temblor de su mano le impedía sujetar la carta con firmeza.

Madame Roux no era otra que Magda, que se había convertido en la cara visible del burdel. Eso le había permitido a madame Belrose

permanecer en la sombra, como una verdadera aristócrata.

Todo el mundo hablaba del burdel de Roux y la mayoría suponía que ella era la que mandaba. Pero un reducido grupo de personas, las más selectas, sabían la verdad. Sabían que Belrose era la jefa y que no era sensato enfadarla.

Hugo había adoptado el apellido de Belrose y esto le abría puertas. La carta también ayudaba, ya que Rufus alardeaba siempre de estar bien posicionado y, además, estaba la oscura influencia de madame Roux.

—¿Cono… conoces a madame Roux?

—Claro, fue mi institutriz —contestó Hugo sin pensar, ya que es como mejor se miente—. Ella trabajaba para mi madre, hasta que decidió montar su negocio.

Thomas tragó saliva.

—¿Tú… conoces su negocio?

—¡Oh, claro! He estado allí muchas veces. Todo Londres habla maravillas del hotel de mi tita Magda.

El nombre de Magda disipó las dudas del señor Thomas, ya que pocos conocían el nombre real de madame Roux.

—Señor Hugo Belrose, tiene usted buenos contactos, no hay duda de eso… y, además el contenido de la carta es indiscutible. Yo no… no osaría discutir con lord…

Hugo se cansó del parloteo del rector.

—¿Cuándo empiezo, Tom? —preguntó estrechando la mano de Thomas con agitación.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Thomas—. ¿Al menos sabrá leer y escribir?

Hugo se llevó una mano al pecho en señal de haberse sentido enormemente ofendido ante aquella pregunta.

—¡Ha de saber usted que no solo sé leer y escribir, sino que he recibido una más que satisfactoria educación por parte de mi antigua institutriz y de mi madre! Además, ¡estudié en un colegio católico!

Aquello pareció aliviar el tembleque y la palidez de Thomas.

—Menos mal —murmuró el rector—. Pero le advierto, aquí usted estudiará latín, matemáticas, filología, filosofía, historia y ciencias naturales. Sin dejar de lado las leyes y la política, por supuesto.

—¡No esperaba menos de una institución de tal prestigio como la vuestra!

Thomas suspiró, cogió su pluma y garabateó algo en un papel que entregó a Hugo.

—Aquí tiene una lista con todo lo que va a necesitar. Las clases comienzan el lunes veinticinco de septiembre. Sea puntual —gruñó el rector.

Hugo asintió con una enorme sonrisa, pues era, de forma oficial, un universitario.

Amoureux

1

La clase de filosofía estaba durando tanto como había durado el Imperio romano. Hugo luchaba como un hispano contra el peso de sus párpados. Sabía que Belrose había peleado duro para hacerle un hueco en la universidad y comprendía lo caro que era aquel sitio; además, también entendía que la prosperidad de su nueva familia dependía de su rendimiento académico.

La tabla que servía de asiento era tan dura como el discurso que estaba dando James Percival, el profesor de filosofía; de aspecto alocado, buen porte, rostro duro y cabello despeinado, estaba dando tal sermón que habría aburrido hasta a un cura.

Con la barbilla acomodada en la palma de la mano y usando el codo como soporte, Hugo intentaba, perezoso y desganado, prestar atención a aquel señor. Suspiraba y miraba de forma intermitente a derecha e izquierda en busca de distracciones, pero no encontró nada destacable.

A Hugo Belrose le habían colocado en una isla de la clase, alejado de los verdaderos estudiantes aristócratas cuyos padres ya se conocían antes de que sus vástagos hubieran venido a este cruel mundo. Los compañeros de clase de Hugo parecían haber salido de una fábrica industrial. Todos vestían igual, llevaban el mismo peinado, hablaban y actuaban igual. Luego estaban las chicas; Hugo estaba acostumbrado a ver un desfile de hermosura y carne cada día, pero allí solo veía faldas largas y recatadas mujeres.

Sandman estaba a punto de rociarle su arena mágica a Hugo cuando un golpe en la puerta lo espantó. El señor Percival paró su monótono discurso sobre Aristóteles y se dirigió a la puerta con la misma intensidad con la que entonaba los sermones.

La fortuita interrupción resultó ser la de una alumna que se había quedado dormida, por lo que había llegado tarde al primer día de clase. Mientras el profesor revisaba la documentación de la joven, esta no paraba de disculparse hasta que el señor Percival acabó de revisarlo todo. Entonces la joven de voz melosa entró en el aula, y Hugo despertó.

Hugo no solo despertó de su aletargado vaivén entre sueño y realidad, sino que estimuló aquello que llevaba dormido en su corazón desde el día en el que nació; irrumpió el amor que impregna el alma de cada ser humano. Aquel era el sentimiento que llevaba años clamando a gritos salir; su corazón por fin había empezado a latir como laten los corazones enamorados.

La joven fue presentada como Emma Remington y, desde aquel día, dicho nombre resonó en todos los pensamientos de Hugo; ya no le importaba nada más en su vida, salvo aquella chica. Hugo dejó de verse como el protagonista de su historia, él ya no era dueño de su destino. Ahora veía la realidad que tan oculta había estado a sus ojos desprovistos de verdadero amor. Ahora entendía el propósito de la vida.

Sus pensamientos, sus actos, su alma y su existencia pertenecían ahora a esa mujer desconocida que, sin embargo, podría destruirlo todo; y a él no le importaría que lo hiciera, pues su destino era amarla mientras ella viviera.

2

—No entiendo nada de lo que dices, hijo —espetó madame Belrose mientras sacaba otra tanda de *crêpes* y la servía en el plato de Hugo.

Madame Belrose adoraba cocinar, era algo que jamás le dejaba hacer al servicio. Se había acostumbrado tanto a que le limpiaran la casa y prepararan el fuego de la chimenea, a que se encargaran de cada maldito recado, que se estaba olvidando de vivir; pero no le arrebatarían la cocina. No, aquel era su templo, y sabía que, si acababa cediéndolo, lo siguiente sería llamar al servicio para que le limpiasen el culo después de cagar.

Hugo volvió a farfullar algo. El muchacho tenía tantas ganas de contar lo que fuera que no le daba tiempo a masticar la tortita rellena de jamón y queso que le había preparado su madre adoptiva.

Rose se había encariñado mucho con sus hijos postizos, al igual que con sus falsas sobrinas. Pero ninguno podía competir por el amor que la madame sentía por Hugo. También sentía aprecio por Jane, pero la joven pasaba la mayor parte del tiempo con Magda. Hugo, en cambio, era su niño, el hijo que jamás había tenido.

En su larga época como madame, Belrose había visto cómo sus meretrices cometían el terrible fallo de permitir que las dejaran preñadas. No había cabida para esas criaturas en un mundo tan despiadado, por lo que acababan todas abandonadas al otro lado del río Tormes, a las puertas de aquel odioso orfanato. Y siempre era la propia madame la que se encargaba de llevar a las criaturas.

¿Habrían tenido mejor vida en la Casa de la mancebía?

Rose quería creer que no, pero el tiempo era un duro contrincante y ante sus ojos tenía la respuesta que tantos años llevaba esquivando.

¿Era acaso Hugo el hijo de alguna de sus antiguas compañeras? ¿Era Hugo uno de aquellos críos llorones, sin nombre, que madame depositaba sin ni siquiera una nota en aquel frío portón?

Eso ya no importaba, pero había algo que sí atormentaba a Rose Fèvre.

¿Era Hugo el reflejo de aquel niño deseado que murió entre sus brazos nada más nacer?

Rose era una mujer fuerte, pero palidecía ante la imagen que le devolvía la mirada en el espejo, ya que nunca había tenido el valor de comprobar el cadáver de aquel niño. Sabía quién fue el padre de aquella criatura: un felón que ella nunca había deseado tener entre sus muslos y que, además, murió en cuanto acabó de esparcir su semilla en el útero de Rose, por el agotamiento, quizá; Rose también comprendía que, si aquel rorro hubiera nacido vivo, este habría cambiado su vida para siempre.

Don Diego había traído a unas monjas para que la asistieran en el parto. Belrose no se fiaba de ellas, pero tenía problemas más urgentes entre las piernas, por lo que no le quedó otra que ceder. El niño nació muerto, al menos eso le dijeron las monjas.

Aquella noche, una parte del alma de Rose, ya vapuleada y castigada, también salió de entre sus piernas. Rose aprendió la diferencia entre que te golpeen el alma y que te la partan.

Madame Belrose suspiró y le dedicó una mirada a su ya no tan *petit* Hugo. Luego sonrió, aquel joven le había devuelto la esperanza, algo que creía haber perdido para siempre.

—¡Hugo!¡O comes más despacio o no te sirvo más sidra!

Hugo se golpeó el pecho para intentar tragar la gran cantidad de comida que se había llevado a la boca, apuró su vaso de sidra y eructó un *«délicieux»* en perfecto francés.

—Lo que te iba diciendo, estoy completamente enamorado de ella.

Rose suspiró. Conocía al truhan de su hijo como si lo hubiese parido, era consciente de sus falacias y embustes, pero sabía de buena tinta que a ella jamás le había mentido ni lo haría. La madame comprendía los entresijos del corazón, como también sabía que no elegimos de quien nos enamoramos.

—Hugo… no puedes hablar así. Tú tienes novia. Jane… Juana te adora, además todavía no me has contado quién es ella.

Hugo echó la cabeza hacia atrás y exhaló un largo y furioso suspiro.

—Lo sé, madre… —Luego se inclinó y volvió a rellenar el vaso de sidra—. Yo no tengo la culpa y… lo siento mucho, pero ya sabes que he tenido mis dudas desde que salimos del orfanato. Antes no sabía qué me pasaba, no sabía el porqué de mi desamor… pero ahora lo entiendo. Quiero a Juana, de verdad que la quiero, muchísimo, pero no estoy enamorado de ella, ahora lo sé.

Rose se sentó enfrente de su hijo, tenía que desviar la conversación antes de que hiciera algo irreparable, ya que conocía a Juana y sabía que esta no dudaría en cometer alguna locura si se enteraba de que otra mujer ocupaba los pensamientos de Hugo.

—Llevas varias semanas yendo a la escuela —dijo Rose—. Y apenas me has contado nada. Hoy es sábado, Juana ha salido con Magda y las chicas, ¿qué tal si me pones al día?

Hugo asintió.

—Se llama Emma Remington y es…

—¿Remington? —preguntó Rose alzando una ceja.

—Sí, ¿algún problema con ellos? —preguntó Hugo con una excitada preocupación.

Rose soltó una profunda carcajada.

—Hijo…, los Remington son casi de la realeza. Se codean con la familia real y he oído que son muy cercanos a la reina Victoria. Además, tengo entendido que solo tienen una hija.

Hugo alzó los brazos y ensanchó su sonrisa al escuchar aquello.

—¡Pues mejor! Seré un aristócrata.

—Continúa… —dijo Rose entre risas.

—No sabría describirla con palabras, madre… Es como intentar explicar la *Nascita di Venere* de Botticelli*.*

—Hugo, tú ni siquiera has visto el cuadro.

—Lo sé, pero la meretriz que trajiste de Florencia lo describía como el cuadro más hermoso del mundo, y yo lo imaginé según su descripción. Además, no necesito verla, porque ahora mismo me llevaría una decepción, ya que la mujer desnuda de mi cuadro no es otra que Emma.

Rose asintió. Ella sí que había visto el cuadro en Florencia y no existían palabras capaces de definir aquella obra de arte, pero decidió dejar continuar a Hugo. Rose sabía mejor que nadie que el mundo era un lugar muy distinto cuando uno estaba enamorado.

—Intentaré describirla —dijo Hugo sonrojándose—. Sus cabellos son como serpientes de color caoba que se enroscan sobre sí mismas. Tiene unos ojos dulces como la miel y su rostro es duro, firme, severo, pero, a la vez, tierno. Podría quemar el mundo con su ceño fruncido o iluminarlo con su sonrisa. Tiene pecas en la cara, pero son tan bellas como las estrellas que pueblan el firmamento. Viste como las demás, pero a ella le sienta diferente, como si sus vestidos hubieran sido tejidos expresamente para su cuerpo. Y tiene la voz aguda, con un punto de autoridad que evoca a una madre,

pero no a la propia madre, sino a la madre que quisieras para tus hijos.

Rose se sorprendió ante la bella descripción de su hijo.

—Un par de clases de filología y ya eres todo un poeta.

Hugo hizo una pequeña reverencia y saludó como haría un actor al terminar una obra de teatro.

—Es el amor el que habla a través de mí.

—*Mon petit amoureux* —dijo Rose sonriente—. ¿Ya has hablado con ella?

Hugo agachó la cabeza y, por primera vez, Rose vio miedo en el rostro de su hijo.

—No… no me atrevo.

—¡Hugo! —exclamó Rose golpeando la mesa—. ¡¿Ni siquiera has hablado con ella?!

—¡No es mi culpa! Cuando entró en clase por primera vez pensé que se sentaría a mí lado. —Hugo hizo una pausa y su semblante se enfureció—. Pero ese condenado de William Seymour, cuyo padre es marqués de no sé qué sitio…

—Todos en esa institución son hijos de duques, marqueses, condes o barones. La excepción eres tú.

Hugo se encogió de hombros.

—A la hora del fornicio todos somos iguales, no importan sus títulos, puesto que todos acaban en el mismo burdel de Londres, o sea en el tuyo.

—*Touché* —respondió Rose—. Continúa, me hablabas del hijo de Henry Seymour.

—¿Conoces a los Seymour? —Hugo no le dio tiempo a responder a su madre—. ¡Bah, qué pregunta más tonta! ¡Tú los conoces a todos! —Hugo se acomodó en su asiento y siguió—. Emma tenía que haberse sentado conmigo, ya que era el único asiento libre. Pero el

condenado de Seymour empujó a su compañero para dejar libre el asiento a su lado. Y su escuálido compañero vino a sentarse conmigo. —Hugo golpeó la mesa con furia—. Y yo tuve que presenciar cómo ese malnacido parloteaba con ella.

Rose suspiró. Su instinto le decía que su hijo acabaría armando alguna trifulca y que ella no podría impedirlo. Si la historia traía alguna enseñanza era que se habían librado cruentas y sangrientas guerras por amor. Además, Hugo llevaba años y años acumulando rabia en su interior, esperando el momento adecuado para liberarla. Y él no iría a ninguna guerra, no tendría la posibilidad de desfogarse matando a gente que no le había hecho nada; no, Hugo buscaría su propia batalla, una en la que estuviera en juego el amor de una hermosa joven.

—Hugo, has de contemplar la posibilidad de que esa joven no esté interesada en ti…

Hugo negó con la cabeza.

—Ella se sentó justo en la fila de delante y en varias ocasiones la pillé mirando hacia atrás. —Hugo alzó la mano para indicar que no había terminado—. Sé cómo suena, y sé lo que me vas a decir. Pero los siguientes días han sido iguales, ella se sienta siempre delante de mí. Y hay clases en las que varias chicas se sientan solas, ella podría cambiar su asiento e irse con Ada Berkeley, Dorothy Stewart, Margaret Howard o Sarah Campbell. Pero no lo hace, se sigue sentando con William.

—Quizá le guste William…

Hugo negó con el dedo y una siniestra sonrisa.

—No, no, no. Ella se sienta ahí para estar cerca de mí.

—Si tú lo dices… ¿Has hecho algún amigo? ¿O tu única motivación es poder decirle a esa joven tu nombre?

Hugo rio de forma irónica.

—Sí, un tal John North, no es mal tipo. Ahora nos sentamos juntos y él sí cree que le gusto a Emma.

—Si de verdad amas a esa joven… —Hugo asintió con presteza—, puedo ayudarte con algunos consejos. Sabes que conozco bien a las mujeres. —Rose se levantó de la mesa y comenzó a recoger toda la cocina—. Primero, no te presentes ante ella, veamos si es verdad que ella tiene interés en ti. Deja que encuentre la excusa para saludarte. Después, fortalece tu vínculo con el chaval de los North, su padre está bien relacionado con la nobleza. Es probable que den alguna fiesta o bailes para afianzar sus relaciones, y a esos bailes irá la joven y soltera Remington, pero también irá su fiel amigo Hugo Belrose. Y tú, hijo mío, puede que seas un poco tímido en la facultad, pero en lo relativo a bailes, jarana y libertinaje, ahí te mueves como pez en el agua.

Hugo se reclinó en la silla, estirando los tirantes con una expresión radiante de felicidad, hasta que Rose se la quitó de un plumazo.

—Y una última cosa…, no olvides a Juana. Ella te ama y sufrirá mucho si se entera de todo esto. Por ahora, mantenlo en secreto, y, sí algún día decides que tu corazón le pertenece a Emma y no a ella, yo hablaré con Juana y la haré entrar en razón.

Hugo asintió.

—¿Qué tienes pensado hacer hoy? —preguntó Hugo.

—Tenía pensado ir al teatro, ¿te apetece venir?

—*Hamlet* y *Macbeth* me gustaron mucho. ¿Qué obra vas a ver?

Rose sonrió, sabiendo que la obra en cuestión le venía como anillo al dedo a su hijo.

—*Romeo y Julieta* —contestó Rose.

Amor prohibido

1

El carruaje llegó a su destino. El cochero gritó algo, seguramente era un innecesario «Hemos llegado, señorita», pero el estruendo de un trueno ahogó sus palabras. El cielo lloraba y sus lágrimas chocaban con el techo del coche.

Emma Remington también quería llorar. La joven llevaba puesto un hermoso vestido de seda azul celeste y temía que se le estropeara con la lluvia.

—Señorita Emma —anunció el cochero abriendo la puerta.

Emma bajó del coche intentando por todos los medios que los bajos del vestido no acabaran en ningún charco, aunque sabía que iba a ser inútil. Estaban en Londres, allí la lluvia era una vecina más. Afuera, una luminosidad lúgubre invadía todo cuanto alcanzaba la vista.

—La acompaño a la puerta.

—No será necesario, George. —Emma cogió el paraguas que sujetaba su cochero y se aventuró hacia el edificio que tenía enfrente.

—Su padre me ordenó que no me separara de usted en todo el día —gruñó George con firmeza.

—Estamos en Londres, George. Seguro que encuentras algún pub abierto en el que te sirvan una cerveza —gritó Emma alejándose.

Emma sabía que George dudaría al principio, temeroso de desobedecer a lord Remington. Pero la perspectiva de una buena pinta de cerveza negra en un día nublado y lluvioso era muy

tentadora, y pocos londinenses podrían desestimarla tan a la ligera. Emma no tardó en ver cómo George se colocaba su alto sombrero de cochero y se iba en busca de un pub.

El camino hacia el edificio dejó las botas de cuero de Emma tan embarradas que se prometió tirarlas cuando volviera a casa. Mientras esperaba, la lluvia arreció con mayor intensidad. Emma apenas podía ver con claridad, las nubes y el paraguas entorpecían su campo de visión, por eso se sobresaltó cuando alguien le pellizcó el trasero.

—¡Señorita Berkeley! —exclamó al ver a la artífice de aquella pillería bajo un paraguas oscuro y un vestido rosado.

—¡Déjate de señoritas, Emma!, no están nuestros perros guardianes cerca. —Ada Berkeley echó una ojeada alrededor y, al comprobar que no había nadie cerca, sacó una pipa del bolso—. ¿Una caladita?

Emma negó con la cabeza, la idea de probar el tabaco por primera vez en un día lluvioso le auguraba una más que probable caída al fango.

—¿Y las demás? —preguntó Emma.

Ada exhaló una bocanada de humo en la cara de Emma y se encogió de hombros.

—Ahí viene Margaret —señaló Emma hacia una mujer destocada con un vestido negro con un gran y despampanante escote.

—¡Maggie y sus dos pechugas! —pregonó riéndose Ada.

Maggie atraía las miradas de numerosos caballeros que le sostenían los paraguas a sus, no tan tetudas, acompañantes.

—Ada, Emma. Antes he visto a Dorothy y a Sarah yendo hacia la puerta. ¿Vamos?

Ada y Emma asintieron.

Maggie y Ada compartieron su pipa durante el camino hasta la puerta.

Emma contempló el teatro Sadler's Wells, era la primera vez que venía y estaba emocionada. Aunque el edificio no destacaba por nada en particular; hasta su casa era más ostentosa que aquel lugar. Emma, en realidad, soñaba con visitar el Crystal Palace de Sydenham.

—La grandeza de este sitio está en su interior —dijo Ada leyéndole la mente a Emma.

—Mi cochero hablaba maravillas de cuando esto era el Teatro Acuático —mencionó Emma.

Dorothy y Sarah las saludaron con efusividad, ambas también estaban fumando. Dorothy llevaba un vestido rojo sangre y se había maquillado tanto que estaba irreconocible; Sarah iba con un sencillo vestido gris que resaltaba su belleza natural.

—¡Qué emocionante! —dijo Dorothy entusiasmada—. Es la primera vez que vengo al teatro.

—¡Dicen que es muy divertido! —añadió Sarah—. ¡Nos vamos a mear de risa!

—¡Vamos! —gritó Maggie con una enorme sonrisa.

Emma se quedó embobada mirando a sus amigas, luego vio cómo Ada esperaba para darle unas últimas bocanas a su larga pipa.

—¿Estas idiotas no saben que hemos venido a ver *Romeo y Julieta*?

Ada se puso a toser de la risa, agarró de la mano a Emma y juntas se internaron en el teatro.

2

Emma no prestaba atención a los comentarios de sus nuevas amistades sobre la obra que tantas veces había leído a solas en su habitación. Solo ella y Ada sabían de antemano que habían ido a ver un mar de lágrimas digno de los tiempos del Teatro Acuático. Emma iba con la intención de purificar su cuerpo, de enjugarse las lágrimas de los lamentos y preocupaciones de su día a día, para así limpiar su alma; pero no había derramado ni una lágrima en toda la función.

3

El traqueteo del gran carruaje que los llevaba hacia la casa de Dorothy, sumado al sonido relajante de la lluvia, provocaba que Emma se perdiera en sus pensamientos con suma facilidad.

La obra había sido magnífica, Shakespeare habría estado orgulloso.

Emma apretó su pañuelo de seda bordado contra su pecho. Durante la representación no había soltado ni una lágrima, en cambio, cuando la leía a solas en su habitación por las noches, lloraba a mares. Debía rebuscar en sus pensamientos; indagar en busca de la respuesta a su sequedad. Aunque ella no era tonta y ya sabía la respuesta, pero temía pensarla en voz alta.

El arte tiene la peculiaridad de hacer aflorar pensamientos e ideas que nos pertenecían, pero que todavía no estaban lo suficiente maduras para salir a la superficie. Al ver en vivo una de las mayores tragedias de amor de la historia, Emma había comprendido mejor sus propios sentimientos.

Su padre había traído una gran variedad de pretendientes a su casa con la intención de persuadirla para que dejara la universidad, ya que lord Remington pensaba que el mejor futuro para una mujer era ser la esposa de un hombre rico; pero Emma ansiaba estudiar, aprender cosas nuevas y cultivar su mente; además, estaba convencida de que lo único que podía sentir por aquellos hombres era una absoluta indiferencia, y ahora lo entendía. Sabía que ella no

era una mujer forjada para vivir una vida sin pasión; no, ella no podía yacer con un hombre al que no amase.

Emma sentía el amor como una fiebre tifoidea en su interior; un veneno que la quemaba por dentro con un único remedio: yacer y poseer a la persona causante de dicha enfermedad. Era una dolencia sin cura, ya que, una vez que alguien se enamoraba, no era posible deshacer el hechizo. Podías odiar a la persona con más fuerza, pero seguirías amándola en tu interior. El amor era similar al odio, y el odio provenía por la falta de amor correspondido.

Shakespeare le había enseñado una valiosa lección que ahora recorría todas las venas de su cuerpo hasta desembocar en su corazón: Emma no dudaría en morir o matar por amor. Por eso no había llorado esta vez, no había sido un final triste, sino un final alegre, feliz y coherente.

4

El vino de la familia de Dorothy calentaba las mejillas de las cinco amigas. Emma había bebido vino anteriormente, pero solía hacerlo a solas en su habitación con la única compañía de algún libro. Ahora tenía amigas, y su madre se había empeñado en que tenía que fortalecer los vínculos con ellas, ya que las relaciones sociales eran de suma importancia en la vida de una mujer noble.

Los padres de Dorothy estaban de viaje, por lo que, sin contar a las sirvientas, tenían la casa para ellas solas.

—¡Más vino, Jacinta! —vociferó Sarah a la criada.

Las criadas de la familia Stewart no se diferenciaban mucho de las de los Remington. Todas eran negras y provenían de la trata de esclavos de las antiguas colonias británicas, españolas o portuguesas y, aunque esta práctica ya estaba prohibida por el gobierno, los nobles eran los que hacían las leyes, no los que las cumplían.

Emma se había criado con Carlos y Raúl, los criados personales de su madre, y con Martha, su criada personal, que era como una segunda madre para ella. Pero Emma no era estúpida y sabía que su padre había comprado a sus criados antes de que ella naciera, pues lord Remington venía de un largo linaje de esclavistas. El padre de Emma había usado sus contactos en la isla de Barbados para comprar esclavos a los españoles de Cuba; aunque todo aquello se lo había contado Martha a Emma cuando era más joven.

—¡Emma, apura la copa! —le gritó Ada.

Emma se dio cuenta de que era la única que tenía la copa de vino hasta arriba, así que la descargó integra y directamente hacia su hígado con una facilidad tan pasmosa que hizo que todas abrieran la boca sorprendidas.

—¡Señorita Remington! —exclamó Dorothy—. ¡¿Qué más escondes bajo ese hermoso y dulce rostro de niña buena?!

Emma se ruborizó con el comentario; por lo que bebió más vino para conseguir superar su timidez social.

—Las niñas buenas son luego las más lascivas en el lecho —mencionó Ada.

Maggie, Dorothy y Sarah se llevaron una mano a la boca y rieron hasta provocar que sus copas se derramaran sobre sus pomposos vestidos, lo que produjo más carcajadas.

—¿Lo sabes por experiencia, Ada? —preguntó Maggie.

—¿Acaso me has visto cara de niña buena? —preguntó Ada alzando una ceja y exhalando una larga bocanada de humo de su pipa.

—¿Vamos a hablar de… hacer el amor? —preguntó Sarah en un susurro casi imperceptible.

—¿Hacer el amor? —bufó Ada—. ¡Se dice «retozar»!

—O deshollinar la chimenea —añadió Maggie.

—Fornicar o joder —apuntó Dorothy.

—¿Acaso… ya os han desflorado? —preguntó Emma atrayendo todas las miradas.

Las cuatro amigas estallaron en carcajadas.

—¿Pero de qué época has salido tú? —preguntó Dorothy llorando de risa.

—¿Nunca has estado con ningún hombre, Emma? —preguntó Sarah.

Emma no sabía dónde meterse, nunca había hablado de estos temas, incluso se ruborizaba cuando se levantaba con los muslos empapados entre noche. Sus únicas nociones del sexo provenían de los libros que había leído.

—Me… me he besado con alguno —mintió Emma sonrojada.

—¿Solo besos? —preguntó indignada Dorothy.

—Quizá los besos no eran en su boca… —apuntó Maggie alzando una ceja.

—¿No me digas que han bebido de tu fuente? —preguntó Sarah levantándose con entusiasmo.

Emma agachó la cabeza esperando a que alguien la salvara, y ese alguien resultó ser Ada.

—De la mía sí que han bebido… —dijo sin darle importancia atrayendo las miradas y las preguntas de las demás—. Solo os diré una cosa: es una sensación más placentera comparada con que te desfloren.

Ada le guiñó un ojo a Emma, y esta respiró aliviada. Emma apuró de nuevo su copa de vino y le ordenó a la criada que trajera una botella entera. La iba a necesitar.

La conversación no se desvió en ningún momento del tema del sexo; fue subiendo de tono más y más hasta que Emma comenzó no solo a ruborizarse, sino a excitarse.

Ada resultó ser la que más experiencia tenía en la materia, seguida por Maggie y Dorothy; y Sarah decía no tener tanta práctica. Al final, la conversación tornó hacia los varones.

—Una pregunta, de los chicos de clase —dijo Maggie con las mejillas sonrojadas—. ¿Con quién os casaríais y… a quién dejaríais deshollinar vuestra chimenea?

—¿Qué diferencia hay? —preguntó Sarah provocando una enorme carcajada en el grupo.

—Sarah, querida —dijo Dorothy bastante achispada por el vino—. No me comería la salchicha de John North, pero me casaría con él sin pensarlo.

—Yo me casaría con William Seymour —dijo Ada mientras volvía a prender su pipa—. Pero a los que dejaría vivir entre mis muslos serían a los fuertes, morenos y sensuales criados. —Ada exhaló una larga bocanada de humo—. Claro está que tendría que dejar que el señorito me la metiera alguna vez para darle algún churumbel y asegurar mi posición, pero apagaría las velas antes.

Todas estallaron en carcajadas, incluso Emma que, aunque se sentaba con William en clase, no le agradaba lo más mínimo. ¿Entonces por qué seguía sentándose allí? Emma no quería pensar en ello.

—Pues yo… —comenzó a decir Sarah muy emocionada— lo haría con Hugo Belrose.

Dorothy y Maggie escupieron el vino ante tal comentario, mientras que Emma alzó la cabeza como una felina al ver correr a su presa.

—Pero ¿qué dices? —preguntó enfadada Dorothy—. ¿James Maxwell? ¿Harold Courtenay? Son mucho más atractivos que ese rufián.

—Yo, si tenemos que guiarnos por el físico, me quedaría con Arthur Russell —mencionó Maggie.

—O con Bartholomew Stanley —respondió Emma, cuya timidez estaba siendo consumida por el vino—. O con cualquiera antes que con un malaje de tan baja ralea como ese Hugo Belrose.

—No sé… —se defendió Sarah—, su piel morena tiene algo… un aire de pícaro… y hay algo en sus ojos azules, en su penetrante mirada, en su postura…, algo que me dice que ha de ser todo un salvaje en el lecho. Creo que ese hombre me haría gritar de placer, que jamás conseguiría olvidar su cuerpo desnudo…, que yacer con él

ocuparía mis pensamientos cada noche y que nunca hallaría consuelo si no fuera entre sus brazos…

—¡Uhhh! —dijeron Maggie y Dorothy a la vez.

—Alguien quiere conquistar Francia con los muslos —comentó Ada.

—¿Es francés? —preguntó Emma con una inusitada curiosidad—. Es decir, no lo parece…

—Dicen que su madre, Rose Belrose, es francesa.

Emma no quería decir nada, pero ella también se había fijado en Hugo Belrose y se había fijado de una forma que no le era posible comprender. Ahora sabía lo que pasaría si hacía públicos sus pensamientos, pues había escuchado los comentarios que la gente hacía sobre la familia Belrose.

Sarah tenía razón, había algo en aquel joven que solo se podría calificar como mágico, hipnótico. Emma se sorprendía a sí misma buscándolo con la mirada y, en más de una ocasión, se había chocado de bruces contra sus ojos cerúleos.

Eso mismo le había ocurrido en el teatro aquella misma tarde, aunque Emma no le había dicho nada a nadie. Había visto a Hugo con la que debía ser su madre, una mujer demasiado elegante para su posición. En el trascurso de la obra, Emma había alternado su mirada entre los actores con la del moreno francés y, en más de una ocasión, sus miradas se habían encontrado de nuevo.

—Dicen que se hizo rica comerciando de forma ilegal con esclavos —dejó caer Maggie.

—Mi padre me dijo que no me acercara a esa familia —susurró Dorothy.

—Dije que retozaría con él, no que me casaría con él —replicó Sarah entre risas.

Todas las chicas rieron, menos Emma, pues ella ya no estaba allí; su mente volaba hacia su primer día en la facultad, cuando vio el único asiento libre al lado de Hugo Belrose. Algo en su interior le había empujado a sentarse allí, a estar cerca de aquel joven; pero cuando William le dejó un asiento libre, sintió alivio, aunque también sintió cómo su curiosidad se agitaba, ya que cada día se imaginaba sentándose junto a Hugo Belrose.

5

Emma, beoda, partió de la casa de Dorothy hacia la suya. El traqueteo del coche solo le provocaba más dolor de cabeza, por lo que, en cuanto pisó la entrada de su casa, mandó llamar a la criada: necesitaba un baño.

Martha le informó de que lord Remington y lady Remington habían salido, por lo que tenía la casa para ella sola. Emma sonrió, le encantaba estar a solas.

Una vez el baño estuvo listo, Martha llamó a la señorita y abandonó la estancia para darle intimidad. Aunque Martha llevaba años asistiendo en el baño a la señorita Remington, pero solo cuando esta le pedía ayuda. En aquella ocasión, Emma ardía en deseos de sumergirse en aquella bañera de cobre y disfrutar de un rato en soledad.

Al estar a solas con sus pensamientos, y sabiendo con certeza que su madre no iba a entrometerse en mitad del baño, Emma sonrió con picardía: aquel baño iba a ser especial. La situación le pedía una copa de vino, pero el cuerpo le rogaba un vaso de agua con limón y unas uvas. Y eso era lo que Martha, que parecía leerle el pensamiento, le había dejado preparado en una mesita al lado de la bañera.

El cuerpo desnudo de Emma se internó en el agua caliente del espacio íntimo; se sentó con la espalda apoyada en uno de los extremos y alargó el brazo para acercar la mesa. Le dio un trago al agua con limón, apoyó la cabeza sobre el borde de la bañera y cerró

los ojos, para así dejar que su mente divagara y que su cuerpo se relajara.

Aunque físicamente todavía no era consciente, su imaginación ya había trazado un plan para aquel momento, algo que llevaba en su subconsciente desde la noche anterior. Un pensamiento que se había quedado anclado en sus músculos, esperando el momento oportuno para llevarse a cabo; y ese momento había llegado.

Emma sabía que sus muslos estaban húmedos antes de desnudarse y adentrarse en el agua. La joven abrió las piernas y su brazo derecho aprovechó la oportunidad; allí permaneció, posado en el regazo, sintiendo el vello de su pubis en el antebrazo.

Con los dedos podía palpar sus labios ocultos, aquellos en los que tantas noches había sentido un cosquilleo que le rogaban a gritos unas caricias que nunca llegaban. Pero esa noche era distinta, los gritos venían ahora de sus dedos, que se retorcían impacientes por recibir la orden que debían llevar a cabo.

Y la orden llegó.

Emma acarició su sexo con el dedo corazón, dibujando líneas de arriba abajo como si fuera una pintora. Fue incrementando la intensidad, la velocidad y el ritmo. Con cada vaivén su cuerpo se estremecía, su cintura se revolvía, su espalda se erizaba como si el agua se hubiera convertido en hielo. Emma se armó de valor, dejó de llamar a la puerta para abrirla e introducirse en ella. Al principio, con un único dedo, ya que aquello era amor propio y tenía que salir del corazón. Pero luego, usó a su otro soldado, el dedo anular, el que había sido creado por la sociedad para atar a las mujeres a la cárcel del matrimonio; el mismo dedo que servía para enjaularlas era, a la vez, la llave de aquella jaula, pues Emma sentía cómo su cuerpo se liberaba, cómo su llave encajaba a la perfección en una cerradura que debía haber sido abierta hacía tiempo.

Sacó los dedos, recordando las palabras de Ada que, en su máximo estado de ebriedad, le había dado instrucciones para alcanzar el máximo placer.

Emma la imitó, aquella era una tarea de precisión.

Con el dedo corazón abrió sus labios, buscando el guisante mágico de Ada, buscando una perla oculta. Cuando la descubrió, sintió que había malgastado su vida; descubrió que los años que había pasado cambiándose las enaguas empapadas habían sido una pérdida de tiempo, ya que había encontrado la solución a sus noches calurosas de invierno, había encontrado una salida al problema del matrimonio, el remedio para las amarguras de la soledad.

Emma jadeaba, se encorvaba, se mordía el labio al tiempo que arqueaba la cabeza. Su delicado pincel pintaba un lienzo que amenazaba con romper los estándares de la época. El cuerpo le latía al son de aquel dedo en el que había delegado todo su poder. Con cada sacudida, con cada nuevo masaje que aplicaba a su perla del placer, Emma empezó a visualizar una imagen en su cabeza.

La imagen no provenía de sus pensamientos, sino que violaba su mente, penetraba en ella sin permiso. Y Emma lo sabía, pues no podía parar a su dedo ni a su imaginación, ya que habían tomado el control de su ser. Pero la imagen cobró forma y Emma lo vio.

Un joven moreno de ojos azules emergió del fondo de la bañera y él era el origen de aquel placer, pero no usaba sus dedos, pues para aquel joven los labios debían ser besados.

Emma le miró a los ojos mientras que su otra mano apretaba la cabellera ondulada y castaña del joven galán, que se fue sumergiendo hasta acabar en el fondo de la bañera. Emma experimentó entonces un enorme placer, uno que sacudió el agua, uno que hizo que con su otro brazo golpeara la mesa y arrojará al suelo las uvas.

Y todo terminó.

Emma abrió los ojos, jadeando. El agua estaba agitada, como lo estaba el latido de su corazón. Apoyó la cabeza en la bañera y sonrió, feliz por lo que acababa de suceder. Pero su sonrisa fue tan efímera como el placer que se había dado, ya que entonces recordó que el rostro de sus fantasías no era otro que el de Hugo Belrose.

6

—¡Más vino!

—¿Qué tal el ganso?

—Delicioso y las otras ni le cuento, lord Remington.

—Mi mujer tiene buena mano para la cocina, así me conquistó.

—¡Qué cosas dices, cariño!

—¡Ese vino! ¡Carlos, Raúl!

—Acá tiene, milord.

—Un día de estos voy a echar a estos dos gandules.

—No digas eso, esposo, son muy… eficientes. Además, ya sabes cómo está el mercado últimamente…

—Emma, querida. No has probado el cordero.

—¿Emma? ¿Emma?…

Emma no estaba; aunque se hallaba sentada en la mesa con los demás, su cuerpo se había convertido en una cáscara de nuez, vacía, sin fruto.

¿Dónde estaba su mente, su consciencia?

Donde no debía, recordando cosas que no debían haber ocurrido, que no eran correctas, pero que solo el hecho de imaginarlas de nuevo le hacían volver a desear que se repitieran, por muy malas que fueran.

—No… tengo hambre… —contestó Emma sin dejar de pensar.

—¡Hija!, el señor Seymour ha venido expresamente para cenar con nosotros —gruñó el padre de Emma—. Ese comportamiento es una falta de respeto hacia él. Entiendo que a vuestra edad la

vergüenza adormece la lengua y mengua los sentidos. Pero debes espabilar, hija.

—Sí, padre —volvió a contestar Emma por instinto.

—No pasa nada, lord Remington —intervino William—. Avisé con poca antelación y entiendo la alteración de su hija.

—¿Cómo están tus padres, querido? —preguntó lady Evelyn Remington.

—Mi padre tiene mucho trabajo con la construcción del ferrocarril, los *navvies* no paran de quejarse.

—¡Bah!... encima que les damos trabajo, se quejan. ¿Qué cobran esos desgraciados? —preguntó lord Remington.

—Edward, no hay por qué insultarles —intervino Evelyn con gesto ceñudo.

—Veinte chelines semanales, lord Remington —contestó William con educación.

—Tienen más que suficiente, con eso les basta para comer e irse luego a las casas de placer.

Edward Remington finalizó la frase entre risas y se las contagió al joven William Seymour.

—Seguro que las meretrices fueron las que nos trajeron el cólera a Londres —mencionó William mientras vertía la copa de vino directamente en su gaznate.

—No me extrañaría… No entiendo como el gobierno no hace nada con esas malditas rameras. Habría que darle más poder a los *peelers*…

—¡Basta de política! —protestó Evelyn mirando a su marido—. El joven Seymour ha venido aquí para cenar y disfrutar de una hermosa velada con nuestra querida Emma.

—¡Bah!, ¿una pizca de rapé, William? —preguntó Edward mientras se levantaba de la mesa.

—Claro, lord Remington.

—Salgamos, ya que mi hija ha perdido la lengua y a mi señora le ha crecido más de la cuenta. ¡Carlos, recogiendo la mesa y trayendo los postres!

—Por supuesto, milord.

7

—¿Qué le pasa, señorita Emma? —preguntó Raúl mientras le recogía el plato de cordero intacto.

—¿Eh? Nada… No tenía hambre.

La sonrisa de Raúl se ensanchó e iluminó su rostro.

—No hay nada como el amor, señorita —contestó Raúl—. Le quita a uno el apetito, le roba el sueño y, además, le despoja de su propia mente… hasta que por fin llega el tan esperado «te quiero».

—¿«Te quiero»? ¿Qué significaba, Raúl? Ya apenas recuerdo palabras en español.

—Significa que esa persona te ama. Aunque no debería preocuparse tanto, al señorito Seymour se le ve muy apuesto y, además, es de buena familia. Seguro que pronto se lo dice…

—Sí…, su padre es cuñado de Thomas Brassey y, además, trabaja con él —mencionó Emma sin levantar la cabeza—. Padre disfrutó tanto de esa información como del ganso que se ha cenado.

—¿Acaso no ha invitado usted al señor Seymour a cenar? —preguntó Raúl frunciendo el ceño.

—Le pidió permiso a mi marido… y este le dijo que sí —contestó Evelyn mirando con fijación a su hija—. Creía que te agradaba William.

Emma había mentido de forma descarada a sus padres sobre William. Ahora tenía que arreglarlo.

—Y me agrada, madre… Es amable y un buen amigo… pero es eso, un amigo. Nada más. No lo quiero como futuro marido y no

entiendo por qué padre aceptó cenar con él sin consultarme a mí nada.

—Hija…, es guapo, educado y de buena familia. ¿Qué más quieres de un hombre?

Emma soltó un bufido y miró cómo Raúl ayudaba a Carlos a recoger la mesa.

—Padre siempre ha odiado a esos dos criados tuyos… Me pregunto por qué permite que sigan trabajando en casa en lugar de mandarlos a trabajar a alguno de sus terrenos.

—Ya has visto lo bien que cocinan —contestó su madre mirando hacia la cocina—. No has respondido a mi pregunta.

«Sí, madre. Tienen habilidad para satisfacer los gustos de cada uno», pensó, pero prefirió no decirlo.

—¿Madre, puedo hablarle con franqueza? —preguntó Emma mirando hacia la puerta que llevaba al jardín.

—Claro, hija.

—No quiero casarme con un hombre para luego tener que yacer con mis criados. No deseo ser como usted.

Emma no sabía de dónde habían salido aquellas palabras, ni siquiera recordaba haber pensado lo que acababa de decir. Pero sabía que el guantazo que le iba a dar su madre era justificado. Aunque el golpe nunca llegó.

—Una vez te hayas casado con William, haz lo que gustes, hija. Pero eres una Remington, y harás lo que tu padre y yo te ordenemos.

—Dirá que haré lo que padre ordene…

—¿Crees que dejarte que fueras a estudiar fue una decisión tuya? ¿Acaso crees que tu futuro depende de ti? No, hija. Tú eres nuestra herencia, nuestro fruto. Estás atada a las cadenas de nuestro rango, cuanto antes lo aceptes…, mejor será para ti.

Emma quería levantarse de la mesa; quería romper los platos, tirar la comida, verter el vino. Pero era una dama educada y respondió a su madre con una afilada sonrisa.

—Nunca quisieron una hembra, siempre desearon un varón. Para ustedes soy un fracaso desde el día que vine al mundo. ¿Verdad, madre?

—Calla, que vuelven los criados con el postre.

—No creo que su lengua les incomode, madre.

8

—¿Por qué actúas así conmigo? ¿Te he hecho algo malo? —preguntó William.

—No actúo de ninguna forma, solo me sorprendió tu visita… Podías habérmelo comentado en clase…

Emma había salido al jardín a tomar el aire mientras los demás se comían el pudín, pero había sido una ocasión idónea para que William también se escaqueara.

—Pensé… que… estos días los he pasado muy bien contigo… y creía… que… bueno tú y yo…

—Fui educada contigo, somos compañeros de clase… pero no te equivoques conmigo… No soy una vaca que puedas comprar. —Emma le dio la espalda y se apoyó en la baranda del jardín—. No me importa tu apellido, ni tu familia ni tus relaciones. No soy una pobre que vive en un asilo de trabajo o en una chabola.

—Tu padre no opina lo mismo.

—Yo decidiré con quién casarme, no mi padre.

—Te equivocas. Puedes mentirte a ti misma todo lo que quieras, pero sabes tan bien como yo que en nuestras familias no tenemos ningún poder. Nuestra palabra vale tan poco como la de un criado.

Emma no podía discrepar ante tal argumento, aunque, en su caso, si bien pensaba lo mismo, estaba dispuesta a remediarlo.

—Los criados fueron esclavos no hace mucho, ahora son hombres libres que trabajan por necesidad, no por el yugo de unas arcaicas cadenas blancas.

—Siguen siendo esclavos, tanto ellos como los peones, estibadores, buhoneros y todas las fulanas de Londres. Todos son esclavos, siguen usando las mismas cadenas, solo que estas ahora son invisibles a los ojos de la sociedad.

Emma no sabía si William tenía razón. ¿Acaso era ella una ilusa? ¿Alguien que vivía una vida irreal, fantasmagórica? ¿Le habían apartado los libros de la cruda realidad?

—¿Qué diferencia hay entonces entre una puta del Soho y yo? ¿Puede acaso elegir ella con quién casarse y yo no? —preguntó Emma.

—¿Quién querría casarse con una meretriz?

—¿Quién querría casarse sin amor?

—¿Amor? ¡¿A quién le importa eso?! —William se acercó a Emma por detrás e intentó colocar sus brazos alrededor de su cuerpo.

—¡Los hombres lo tenéis muy fácil! —bufó Emma zafándose del intento de abrazo de William—. Podéis casaros y luego fornicar con quien queráis. Incluso llegáis al matrimonio con experiencia. ¿Y nosotras? ¿Podemos hacer lo mismo?

—No es lo mismo…

—¿Te casarías conmigo si supieras que ya no soy virgen? ¿Qué otro hombre me ha desflorado?

William por poco no se cae de espaldas.

—Es mentira… Sé que es mentira.

—Contesta.

—No, no lo haría.

—Tú no me amas, William. Solo quieres verme desnuda, yacer conmigo, alardear de que eres el primero que lo hace. Eso soy para ti, una puta más cara que las del Soho, una que puedes comprar y tener siempre a tu disposición.

—Di lo que quieras, tu padre ya ha accedido. La próxima reunión será en mi casa, con mis padres.

—No escuchas, William.

—¿Sabes por qué nadie te cruza la cara de un guantazo, Emma? Porque entonces te dejarían marca, y tu valor menguaría.

Emma sabía que William buscaba provocarla.

—¿Acaso ahora los Seymour se creen mejores que los Remington?

—Nosotros estamos construyendo Londres, somos el futuro. La monarquía, la reina y todos sus lazos quedarán en el olvido. Londres crece, avanza, se moderniza.

—Se moderniza la urbe, pero no las mentes de sus habitantes… —susurró Emma.

—Basta de charla, he de irme. —William se acercó a Emma, tanto que esta podía sentir el aliento del joven en su nuca—. Nos vamos a casar, quieras o no… y, en la noche de bodas, vas a sangrar… quieras o no.

«No si yo te hago sangrar primero», pensó Emma mientras el joven Seymour se alejaba.

Cortejo

1

Hugo se sentía culpable, por lo que aprovechaba cada hueco que tenía a solas para pensar en lo que le producía tan dolorosos remordimientos: Juana. La noche anterior había yacido con ella y, lo que provocaba la culpabilidad de Hugo, no era que su novia no fuera capaz de quedarse embarazada, sino que él no fornicaba con ella, sino con un cuerpo cuyo rostro se veía poseído por el de Emma Remington.

Madame Belrose le había hecho prometer a Hugo que no mencionaría a Emma delante de Juana. Hugo se había sentido mal al principio, incapaz de continuar su vida rutinaria y anodina. Ahora, en cambio, sabía que podía seguir con esa vida hasta el fin de sus días y, aunque seguía sintiéndose culpable, su conciencia trataba la culpa como si fuera una mosca. Era molesta, pero no podía hacerle daño.

Hugo reflexionaba, con la espalda apoyada en el mullido sillón del burdel, hasta que alguien llamó a la puerta.

—¡Hombre, Rufus! —exclamó Hugo olvidando sus lamentaciones.

—Hugo —contestó Rufus sin emoción en la voz.

Rufus tenía el rostro plagado de pecas, además de unas hirsutas y rizadas patillas rojizas. Vestido con una elegante casaca parda y un chaleco oscuro sobre el que pendía una cadena de oro que acababa en un resplandeciente reloj dorado, se quitó el sombrero de copa y le dirigió a Hugo su clásica mirada de desdén.

—Mi prima llegará en un momento, puede esperar aquí mientras —mencionó Hugo volviéndose a sentar en el sofá e indicándole a

Rufus el sillón que tenía enfrente.

Rufus se sentó, aunque miraba hacia ambos lados, con inquietud.

—Rufus, que lleva usted viniendo aquí ya ni se sabe cuánto tiempo, deje de preocuparse —le aconsejó Hugo mientras sacaba un poco de rapé y le ofrecía a su acompañante.

—Me prometí a mí mismo que este año dejaría de venir —comenzó a decir Rufus aceptando el tabaco—, pero su… prima me tiene hechizado.

—Sí, Mary dice que ha pagado hasta el final de año para que ella sea… exclusivamente suya —comentó Hugo arqueando una ceja—. Algo sumamente insólito, Rufus.

Rufus carraspeó.

—Sí, pero ha merecido la pena. No me gustaría que nadie dejara preñada a su prima. Es muy especial para mí. —Rufus aceptó también la copa que Hugo le servía.

—Sí, además, usted fue quien la desvirgó —apuntó Hugo recordando la desorbitada cifra que había pagado Rufus por aquel falso privilegio—. No ha probado ningún otro hombre que no sea usted. Se podría pensar que quiere a Mary para casarse con ella.

Hugo dejó soltar una gran carcajada y Rufus sonrió; quizá no era tan disparatado. Hugo no conocía a Rufus a fondo, pero había oído a Magda decir que era uno de los hombres más ricos de Londres. El futuro de Mary estaría asegurado.

—¿Qué tal le va en la facultad? —preguntó Rufus—. He escuchado que sigue allí. La verdad, no esperaba que durase tanto.

Hugo asintió, nadie esperaba nada de él.

—Sí, y no era el único. Pero descubrí que allí hay algo que me atrae locamente, tanto que preferiría abandonar a mi familia antes que dejar mis estudios —comentó Hugo.

—Señorito Belrose —dijo Rufus en un tono duro y firme—. Las mujeres de esa facultad están fuera de su alcance, ya es un despropósito que usted estudie allí. Jamás me perdonaré haber sido partícipe, pero que, además, busque usted emparentarse con gente que le supera enormemente en la escala social… Eso es un disparate.

Hugo bebió de su copa de vino, cogió otro poco de rapé y lo inhaló.

—Sí, es cierto. Pero también lo es que usted piense que puede comprar el amor de mi prima con dinero o que un hombre que ronda los cuarenta fornique con una joven de quince años…, pero ¿sabe qué, Rufus? —Hugo se inclinó y bajó la voz—, el amor es así, un completo sinsentido.

La puerta de la estancia se abrió y Mary apareció agarrada de la mano de madame Roux.

—¡Milord! —exclamó Mary abriendo los ojos—. Siento haberle hecho esperar.

Rufus se levantó y, con un gesto de negación, le restó importancia.

—No hay ningún problema, por usted esperaría lo que hiciese falta —dijo Rufus cogiéndole la mano.

—Hugo, largo —ordenó Magda al tiempo que ella también salía de la estancia.

—¿Quién cojones es ese hombre? —preguntó Hugo cuando Mary y Rufus se fueron de la estancia.

—Sabes que no lo sé, además, aunque lo supiera no te lo diría. Órdenes de madame Belrose —gruñó con tono serio Magda.

Hugo asintió. En el fondo, no le importaba quién fuera Rufus, aunque había descubierto algo con aquella conversación: no permitiría que nada ni nadie lo separase de Emma.

2

Era lógico.

¿Cómo no iba a serlo? ¿Qué chica no preferiría al William Seymour antes que al tostado Hugo Belrose?

¿Quién querría ser su Melibea, su Julieta? ¿Sería capaz Celestina de entretejer los hilos de Emma y los suyos?

No.

Hugo no estaba prestando atención a la lección de matemáticas del profesor Augustus De Morgan, ya que su mente estaba de nuevo en el teatro, en Emma. Sus miradas no solo se habían encontrado, sino que, además, Hugo había sorprendido en más de una ocasión a la señorita Remington mirándole con descaro.

¿Acaso Hugo no era lo suficientemente digno como para asistir al teatro?

¿Era su ralea tan deleznable que no podía deleitarse con Shakespeare?

Hugo habría disfrutado de las miradas de su amada, pero aquellas miradas estaban impregnadas de odio; y, cuando habían vuelto a coincidir en clase, Hugo había vuelto a recibir las miradas acusatorias de Emma, llenas de indiferencia.

—¿Qué podemos deducir de lo siguiente? —preguntó De Morgan a sus alumnos.

Emma Remington levantó la mano y el profesor asintió mientras la miraba por encima de sus gafas redondas.

—Que algunos A son también B —contestó Emma.

—Correcto, señorita Remington. —De Morgan se disponía a escribir la respuesta en la pizarra cuando unos golpes en la puerta llamaron su atención.

—Pase —ordenó.

Un hombre de larga barba blanca entró. Era el profesor de ciencias naturales: Charles Darwin.

—¿Qué desea, Chuck? —preguntó De Morgan.

—Siento interrumpirle, Gus. Solo será un momento.

De Morgan asintió y permitió el acceso a su compañero.

—Damas y caballeros, solo pasaba por aquí para anunciaros que este fin de semana voy a organizar una excursión al Epping Forest. Saldremos el viernes tarde y estaremos allí hasta el domingo por la tarde. Hay muchas cosas interesantes que ver, estudiar y analizar. Por lo que la asistencia es obligatoria.

—¿Algo más, Chuck?

—Sí, ¿unas pintas luego en el Red Lion? —preguntó Charles mientras se dirigía hacia la puerta.

—¿Unas pintas en el The White House? —le preguntó John North a Hugo.

Tanto Hugo como De Morgan contestaron, lógicamente, lo mismo.

3

—¿Qué te perturba, Hughie? —preguntó John North mientras pedía otra ronda.

Hugo respondió con un gruñido. Al apuesto hijo de los North no se le escapaba una, llevaban un buen rato en silencio, bebiendo cada uno de su pinta con el ruido de la taberna de fondo, sin decir nada.

—¿La señorita Remington? —volvió a preguntar John mientras arqueaba una ceja.

Esta vez Hugo sí reaccionó.

—¿Qué pasa con Emma? —preguntó mientras bebía su pinta recién servida.

—Lo que ocurre es que, este fin de semana, alguien va a disfrutar de la agradable compañía de la señorita Remington, y esa persona puede ser el imbécil de Seymour… o puedes ser tú.

Hugo bufó ante aquel comentario.

—No es tan sencillo, Johnny.

—Sí que lo es, lo que pasa es que estás acojonado.

—¿Yo? Me he enfrentado a cosas peores, puedes creerme…

John ladeó la cabeza en señal de desaprobación.

—Créeme, amigo, no hay nada peor que el amor no correspondido.

—Pareces saber mucho sobre el tema, Johnny.

John North suspiró.

—Eres mi amigo y no me gustaría verte sufrir —dijo John forzando una sonrisa—. Por eso voy a ayudarte a conquistar a tu amada.

Hugo calló durante un momento. John tenía razón. Su mayor temor había ido cambiando con los años y, en aquel momento, era, sin duda, perder a Emma. ¿Aunque cómo podía perder algo que jamás había tenido? Hugo sabía que nada tenía sentido desde que vio la hermosa imagen del rostro de la joven Remington. Pero había otra cosa que Hugo temía, y era la ira de Juana.

Si todo salía como él pensaba, acabaría embelesando a la pulcra y educada joven londinense. ¿Pero cómo domaría a la fiera de Juana? ¿Saldría vivo cuando esta se enterara de que su Huguito amaba a otra mujer?

Poco le importaban a Hugo aquellas preguntas. Desde que tenía uso de razón sabía que él no era una buena persona, adoraba pecar, y no le importaban las consecuencias de sus actos. No iba a preocuparse ahora por aquellas sandeces.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Hugo mirando fijamente a John.

4

—No me gusta este plan… —murmuró Hugo.

—Es un plan sin fisuras, querido Hughie —replicó John con una sonrisa.

Acababan de llegar al Epping Forest. Charles Darwin daba indicaciones a sus ayudantes para que fueran descargando todos sus pertrechos de investigación; mientras, los alumnos se estiraban y charlaban alegremente.

Hugo había visto cómo Emma se había incorporado al grupo de las chicas de clase, apartándose del imbécil de William. Hugo estaba feliz, aunque también le hacía sospechar que algo pasaba entre ellos dos.

—No es la primera excursión de Charles. Me he informado de lo que vamos a hacer y de cómo nos va a distribuir: siempre lo hace por parejas —mencionó John.

—Entonces nos pondrá a mí y a ti juntos —señaló Hugo frunciendo el ceño.

—No, idiota —contestó John entre dientes—. ¿Acaso los árboles no te dejan ver el bosque?

Hugo se encogió de hombros.

—Sarah y Margaret son inseparables, y Ada siempre se junta con Dorothy. Por lo que Emma se va a quedar sola —apuntó John señalando al grupo de chicas.

—Ya lo sé, y también sé que se irá con William.

—No, algo ha pasado entre ellos. Llevan todo el camino sin dirigirse la mirada, y el otro día en clase igual. Se sientan juntos, pero ni se hablan. William… irá conmigo.

—¿Cómo? —preguntó Hugo sin entender nada.

—Arthur irá con James y Bartholomew con Harold. Solo quedamos tú y yo… por lo que yo iré con William y a Emma solo le quedarás tú. Un plan perfecto.

Hugo estaba aterrorizado, y eso que la noche anterior había hablado largo y tendido con su madre sobre Emma. Rose apoyaba su malvado plan, pero no sin reprocharle y mencionarle a Juana cada dos frases. Hugo sabía que tenía que confesar, y pronto.

—¿Y si no sé qué decirle en toda la excursión? —preguntó Hugo con nerviosismo.

—Vamos a observar animales y apuntar sus rutinas. —John le dio un codazo a su amigo—. Eso se te da bien.

Hugo tragó saliva y asintió.

Una parte de él añoraba los días en los que no tenía nada que perder; en los que ahogarse en un río helado no era un mal plan. Ahora tenía tanto por lo que luchar. Su valentía, su picaresca, su astucia…, todo aquello había desaparecido. Se había convertido en una persona más, era uno más del montón.

¿Qué haría si Emma lo rechazaba? ¿Sería ese su trágico final?

¿Qué sabía Hugo Belrose? Nada, y cuanto más aprendía, menos sabía.

¿Dónde había quedado el astuto, intrépido y decidido Hugo Salamanca? ¿Acaso había muerto en las frías aguas del Tormes?

5

—Hola.

«¿Hola? ¿Es a mí? ¿Me ha hablado?».

El corazón de Hugo latía como si un pájaro carpintero estuviera horadando en él; tenía las manos tan húmedas como las escamas de una serpiente y, como zorro asustadizo, miraba hacia ambos lados en busca de una salida.

—Ho… ho… hola —balbuceó Hugo con voz aguda y temblorosa.

Emma Remington hizo una mueca y desvió la mirada hacia las demás parejas. Hugo creyó ver que el imbécil de William los observaba como un águila ratonera.

—Toma, tu hoja de observación —dijo Emma con una voz desprovista de cualquier sentimiento mientras le entregaba su tarea.

Hugo la cogió con manos temblorosas.

—Bien, nos veremos aquí dentro de tres horas —anunció el señor Darwin mientras se colocaba el sombrero y se internaba en el bosque con una sonrisa tan iluminadora como el propio sol.

6

Sor Socorro se habría sentido orgullosa del comportamiento de Hugo Belrose.

Hugo no había hablado en la siguiente hora, no había blasfemado, ni le había dedicado ninguna mirada impura a la bella dama que lo acompañaba. Además, estaba tan concentrado en la tarea que no hacía otra cosa que observar animales y apuntar sus comportamientos.

Aunque no era el único.

Emma Remington parecía estar en sinergia con las actitudes de Hugo, ya que hacía exactamente lo mismo que él. Tampoco había piado, y ni siquiera le había mirado en todo el trayecto que llevaban recorrido por el bosque.

Ambos estaban a solas, en mitad de la naturaleza, observando a los animales interactuar.

«Seré imbécil», pensó Hugo mientras seguía los pasos de Emma.

Llevaba dando la tabarra desde el primer día que la vio; su vida había cambiado por completo, sus pensamientos se habían volcado en aquella mujer, e incluso estaba dispuesto a abandonar a la chica que tanto había hecho por él en su infancia por esta nueva y desconocida joven.

Todo por un amor febril que solo existía en su mente.

Ahora tenía a Emma al alcance. John le había brindado una oportunidad irrepetible, pero, en vez de aprovecharla, Hugo estaba

apuntando en su cuaderno de notas cómo un arrendajo se comía una bellota.

¿Cómo iba a contarle luego a su madre que se había comportado como un patán? ¿Qué todas las enseñanzas sobre mujeres que le había brindado su variopinta familia habían caído en saco roto? ¿Acaso era necesario el hechizo de una alcahueta para que Emma cayera a sus pies? ¿Era él tan inútil que no podía ni entablar una mera conversación con ella? ¿Acaso existía Dios? ¿Era aquello un castigo a todo el mal que había causado Hugo en su vida? ¿Matar a un cura se consideraba un acto malvado?

Hugo ya no sabía qué creer.

—¡Ahh! —chilló Emma lanzándose sobre los brazos de Hugo.

—¡¿Qué ocurre?! —exclamó sobresaltado Hugo.

—¡Una serpiente! —Emma se apretó con fuerza contra Hugo—. Es… la culebra de collar que mencionó el señor Darwin.

«Gracias, Satanás», pensó Hugo con una sonrisa.

7

Hugo podía sentir el cálido aliento de Emma en su cuello; las manos de la joven se aferraban con fuerza a su torso y, de manera inconsciente, posiblemente guiado por su diabólico salvador, Hugo apretó el cuerpo de Emma contra el suyo propio.

—Tranquila, he leído que no son venenosas —aseveró Hugo con una voz muy distinta a la de hacía un momento.

La serpiente era delgada y de color gris oscuro; un collar amarillo le rodeaba el cuello y una lengua bífida seguida de un silbido les indicaba que era mejor no acercarse a ella. Hugo no temía a la serpiente, de hecho, le estaba profundamente agradecido, por lo que decidió que no le haría nada malo.

—¿Se… se… se ha ido?

—No, pero hay un sapo cerca de ella… Es un gran momento para observar cómo se lo come. No te muevas…

Emma se apretó más contra él y su olor a jazmín embelesó a Hugo; también ayudaba el roce de su cuerpo, ya que Hugo podía sentir los pechos de su amada contra su corazón ardiente. Sentía la imperiosa necesidad de apartarla, de acariciarle el cuello y robarle un beso prohibido.

La serpiente comenzó a reptar.

Hugo se puso a respirar de forma frenética sin apartar las manos de la esbelta figura de Emma.

El sapo croaba, incapaz de saber que no volvería a hacerlo.

Hugo alejó con cuidado a Emma, sabiendo que no tendría otra oportunidad.

La serpiente se lanzó contra su presa, rápida y letal.

Hugo cerró los ojos y se atrevió, había besado cientos de veces a Juana. ¿Por qué parecía entonces que aquel era su primer beso?

Entonces ocurrió.

Un éxtasis recorrió la mente de Hugo. Sus labios rozaron aquellos que tanto ansiaban. Con la mano derecha acarició el cuello de Emma, mientras con la izquierda se aferraba a su cadera.

Fue un beso breve, mágico e inolvidable, como observar una estrella fugaz… e igual de fugaz fue el guantazo que le propinó la señorita Remington y que le picó incluso más que si le hubiera picado la serpiente.

—¡¿Cómo te atreves?! —gritó Emma, furiosa y sonrojada.

—Yo…

«¿Debo pedir perdón? No, mejor no empezar la relación con mentiras», pensó Hugo.

—¡Hubiese preferido que me mordiese la serpiente! —bufó Emma alejándose de él.

«¿Entonces por qué me devolviste el beso durante un instante?».

—No soy venenoso…

—¡Es la primera vez que hablamos! No te conozco de nada, y tú, tú… vas y me besas como si me conocieras…

—Ya, ha sido un poco precipitado… pero ha estado bien, ¿verdad?

Emma le dio la espalda y, pasando por encima de la serpiente, siguió el camino que zigzagueaba por el bosque.

—Espera, Emma. Tampoco habrá sido para tanto… Además, seguro que beso mejor que el imbécil de Seymour.

—¡Te odio! Además, ¿qué sabrás tú sobre William y yo?

Hugo albergaba un sentimiento agridulce en su corazón. Por un lado, había sido capaz de armarse de valor y lanzarse hacia el vacío, pero, por otro, puede que hubiera estropeado toda posibilidad de relación con Emma.

—Si quieres se lo cuento yo, así podré ver la cara que pone —dijo Hugo luciendo una ensanchada sonrisa.

Emma se paró en seco, se agachó, cogió una piedra pequeña y se la lanzó a Hugo.

—¿Pero a ti qué te pasa? —gruñó Emma—. ¿Por qué siempre estás observándome? ¿Qué interés tienes en mí? ¿Acaso te crees que soy una fulana del Soho? Mira que eres odioso…

—Me pasa que… —susurró Hugo.

¿Era aquel el momento de revelar lo que sentía? ¿Debía abrir su corazón y exponerlo de esa manera?

Cuando estaba a punto de hacerlo, Hugo vio un destello rojo que cruzó justo por detrás de Emma: un zorro. El raposo había saltado desde unos matorrales y, como alma que llevaba el diablo, se había escaqueado por unos arbustos frondosos. Hugo había sido un zorro, había sido un astuto y picaronazo huérfano. ¿Cuándo le había salido bien ir de frente? Nunca.

—Nada… olvídalo —susurró Hugo agachando la cabeza—. Debí darme cuenta… Yo solo soy un humilde Belrose, mientras tú eres una prestigiosa Remington. Es normal que le debas lealtad a alguien como… Seymour. —Hugo exhaló un largo y profundo suspiro—. Ellos construyen un nuevo Londres, mientras tú tomas el té con la pequeña Vicky…

Hugo volvió sobre sus pasos, cabizbajo.

—No es por tu apellido, idiota.

Las palabras de Emma detuvieron a Hugo como si de un conjuro se hubiera tratado.

—¿No? Entonces peor me lo pones…

Hugo iba a seguir su camino cuando una mano le detuvo.

—No puedes besar a una chica sin su permiso… Deberías saberlo.

—Sí… En eso tienes razón.

—¿Entonces por qué todavía no he escuchado un «lo siento» de tu parte? —Emma ladeó con suavidad el cuerpo del petrificado Hugo Belrose.

—No puedo —murmuró Hugo sin mirarla a los ojos—. No puedo pedirte perdón por algo de lo que no me arrepiento. —Hugo levantó la mirada y una sonrisa asomó en su rostro—. Pero te prometo que la próxima vez esperaré a que me beses tú primero.

Emma hizo algo que Hugo jamás se habría esperado: reírse.

—Me parece un buen trato… ya que, además, yo te di un buen golpe… Por lo que estamos en paz —añadió con una sonrisa tan hermosa como el rostro que la enmarcaba.

—Prometo guardar el secreto… No le diré nada a Willie.

—William me es indiferente, pero no le digas nada a nadie, será nuestro pequeño secreto.

Los ojos azulados de Hugo se encontraron con la miel de los de Emma. El cielo se tornó dorado para Hugo Belrose. Ambos jóvenes sonrieron, fundiéndose en un inexplicable sentimiento que fluía en el aire a su alrededor.

Hugo Belrose no necesitó el cuaderno para tomar nota de aquel cortejo.

Obertura

1

—*Évidemment, j'adore Shakespeare.*

—¿Eh?

—¡Que me gusta Shakespeare, idiota! ¿Acaso tu madre no es francesa?

«Sí, es francesa, pero eso no significa que sepa francés», pensó Hugo.

—Sí… pero… yo preferí aprender español, que era el idioma de mi padre —contestó Hugo rascándose la nuca con nerviosismo.

—¿Español? Yo sé alguna palabra en español —susurró Emma sonrojada.

—¿Cuál?

Emma ahogó una ligera risita y, en un susurro, le mostró a Hugo sus palabras.

—«Hideputa»…

Hugo soltó tal carcajada que por poco no se disloca el cuello.

—Sí… te será útil, sobre todo si viajas a España.

—¡Me encantaría viajar a España! —exclamó Emma alzando la cabeza y mirando el nubloso cielo londinense—. ¡Visitar Toledo, ver las playas de San Sebastián, recorrer la Alhambra de Granada! ¿Tú has estado?

—Sí… fui con mi madre una vez a visitar Salamanca. Te habría encantado.

—Quizá pueda verla en un futuro —dijo Emma con una sonrisa—. ¡Eh! No me has enseñado ninguna palabra en español.

—Puedo decirte una expresión… pero no te diré su significado.

—Seguro que es algo… lascivo. Viniendo de ti.

Hugo dejó escapar una risita.

—Te prometo que no.

—Vale, de acuerdo.

Hugo no necesitó pensar en lo que le iba a decir, ya que se lo había dicho cientos de veces a la Emma que vivía en su mente.

—«Te quiero».

Emma alzó las cejas y se mordió el labio, intentando descifrar aquellas palabras.

—Es algo pornográfico, ¿verdad? —mencionó Emma mirando de reojo a Hugo.

—Pues claro.

—Te odio, idiota —dijo Emma con cariño.

—¿Qué es pornográfico, señorita Remington? —preguntó alguien a sus espaldas provocando que ambos jóvenes dieran un respingo.

—¡Ada! ¡Qué susto me has dado!

—¿De qué hablabais, pipiolos?

—¿Pipiolos? Tenemos la misma edad que tú —mencionó Hugo.

—Madura, Huguito. Los hombres tardáis más en hacerlo que nosotras. Y ahora, si me permites… debo hablar con la señorita Remington. A solas.

Hugo se encogió de hombros y, después de despedirse de Emma, se marchó en busca del bueno de John North.

2

—¡¿Qué?! ¡¿En serio?! —preguntó Emma excitada.

—No te alteres, querida… que ahora viene lo malo —dijo Ada mirando hacia los lados.

—¿Qué ocurre?

—William va por ahí alardeando…

—No.

—… de que irá…

—No.

—… contigo al baile.

Emma permaneció callada; estaba furiosa con William, pero también consigo misma. Debía haber cortado aquello desde un principio, ahora era irreversible.

Un baile.

Llevaba años soñando con asistir a un baile con un joven galán. Cuando caía la noche, Emma se acurrucaba en la cama bajo la luz de un candil, leyendo novelas de Jane Austen y fantaseando con ellas, y ahora el idiota de Seymour lo iba a estropear todo, le iba a fastidiar su primer baile.

¿Cómo podría deshacerse de él?

Su padre se iba a enterar de lo del baile y si Emma no iba con William sabía que le iba a caer una buena bronca, además de muchas preguntas. William llevaba días observándola, fijándose en la nueva y sospechosa relación que Emma mantenía con Hugo a raíz de la excursión al bosque.

Hugo se había vuelto alguien más cercano a ella. Emma se pasaba las noches recordando el beso que él le había robado de forma fugaz cuando se toparon con la serpiente; sabía que ella no solo no se había apartado al instante, sino que le había devuelto el beso. Había sido su primer beso con un chico, un momento especial en la vida de toda mujer, un recuerdo inolvidable.

Luego estaba el hecho de que el intrépido Belrose era una misteriosa caja de sorpresas. En ocasiones era tan educado, caballeroso y mostraba tal conocimiento de las mujeres que parecía ser un hombre casado; pero en otras era un pícaro descarado que aprovechaba la mínima ocasión para fulminar con la mirada las propiedades femeninas del cuerpo de Emma.

¿Qué pretendía Hugo con ella? ¿Acaso buscaba algo serio con la heredera de los Remington? ¿Era ella un fruto prohibido para él? ¿O acaso era él un fruto prohibido para Emma?

Emma no tenía respuesta a sus preguntas. Lo que sí sabía era que preferiría haber ido al baile de la mano de Hugo que de la de William, pero ya poco podía hacer, salvo cruzarle la cara a William en cuanto lo viera.

—¿Dónde está William? —preguntó entre dientes Emma.

—Lamiendo el culo de algún profesor, supongo —respondió Ada.

—¿Con quién irás tú?

—Bart me lo pidió y le dije que sí. Más vale pájaro en mano que ciento volando.

—¿Stanley? No sabía que le gustabas.

—Este baile no es cuestión de gustos, señorita Remington —dijo Ada dándole un golpe en la frente con los dedos—. Es un baile de aristócratas. Lo organiza la familia de John. Asistirán muchas personas importantes, es más, se rumorea que irán hasta Victoria y Alberto. Ya que es en su amado edificio…

Emma se llevó la mano a la boca para ahogar un grito de entusiasmo.

—No me digas que el baile es en…

—Sí, en el Crystal Palace.

3

—¡Johnny! ¡Johnny! —gritó Hugo.

John North estaba hablando con Dorothy Stewart, pero se giró al oír su nombre.

—De acuerdo, Dolly, tranquila, no pasa nada, adiós —se despidió John de forma educada—. ¿Qué ocurre, Hughie?

—¿Qué le decías al adefesio de Stewart? —preguntó Hugo escrutando a su amigo—. ¿No me digas que estás interesado en esa?

—No seas malo, Hughie —contestó John con su habitual tono educado—. Solo le estaba pidiendo que fuera al baile conmigo.

—¿Qué baile?

—¡Es verdad! Tú todavía no lo sabes —espetó John llevándose una mano a la cabeza—. Mi familia organiza el baile de invierno para toda la universidad… y yo sigo sin pareja. Tú también deberías darte prisa.

—¡Válgame el diablo! ¡No me digas que también acuden al baile los familiares de los estudiantes!

—Claro, se podría decir que el baile es… una excusa. Lo importante es lo que se discute en estos eventos entre los grandes aristócratas británicos —aseveró John indicándole que salieran del edificio.

—John, te mato. Con lo bien que iba todo con Emma hasta ahora.

John miró a Hugo frunciendo el ceño.

—Pero ¿qué dices, Hughie? Si es una oportunidad perfecta para vosotros… Ya le has robado un beso, ¿quién sabe? Quizá la despojes de algo más en el baile…

—John… No puedo asistir a ese baile… Tú no sabes nada sobre mi familia…

—Tu madre es lady Belrose. Afamada diseñadora de moda cuyos vestidos se venden en las más lujosas tiendas de Mayfair y Belgravia. Además es regente de varios de los locales más prestigiosos de todo Londres. Mi padre habla muy bien de ella.

—John…

—¿Dime, Hughie?

—¿Haces algo esta noche?

John arqueó las cejas, sin entender nada.

4

—¡Madre! —gritó Emma furiosa.

La respuesta llegó a modo de sinfonía: un melodioso y palpitante sonido proveniente del piano del salón inundaba la casa y embriagaba los sentidos de Emma.

La joven Remington dio un paso hacia el interior de la estancia, volvió a llamar a su madre, pero esta siguió sin responder, aunque tampoco lo hizo el piano de cola, sino que fue el violín quien la recibió con entusiasmo.

El Bösendorfer y Guarnerius comenzaron a entablar una hermosa sonata que le permitió a Mozart volver a vivir durante la interpretación de su obra. Golpeando el teclado del Bösendorfer estaba Raúl, con una agilidad y gracia en su forma de tocar que embelesaba la mirada y los oídos de su público. A su lado, con el Guarnerius al hombro y una sonrisa tan hermosa como la melodía que producía su instrumento estaba Carlos.

Lady Remington, con una copa en la mano y la felicidad inundando su rostro, estaba sentada en una silla acolchada, de frente a su orquesta privada. Ella era la ama y señora de su propia fiesta, cosa que no parecía importarle lo más mínimo. Emma esperó, como una buena chica educada, a que acabara la sonata para molestar a su querida madre.

—¡Fantástico! ¡Magnífico! —gritaba Evelyn tras haberse puesto en pie al acabar la música—. ¡Sois fabulosos! ¡Oh, mis chicos! ¿Qué haría yo sin vosotros?

—Madre, deseo hablar contigo… de un asunto.

—Ahora no, hija —contestó su madre sin mirarla.

—¿Y padre? —preguntó Emma mirando hacia los lados.

—Se fue al pub, a una reunión de negocios.

—Es sobre el baile, madre.

—Sí, el joven William vino aquí para pedirnos permiso —mencionó Evelyn sin parar de aplaudir—. ¡Qué chico tan educado y amable! Tu padre le dijo que sí sin pensarlo.

—¡Padre no habla por mí!

—Hija, quiero disfrutar de la siguiente sonata. Así que te ruego… No, te ordeno, que te vayas a tu habitación y no me molestes.

Emma subió las escaleras de su habitación mientras la música volvía a inundar sus oídos. Furiosa, golpeó de una patada la puerta y se hizo tanto daño que se puso a llorar en cuanto se echó en la cama.

¿Lloraba por el pie dolorido? ¿O lloraba por no poder ir con Hugo al baile?

Emma sabía que el dolor físico se curaba con medicina y reposo, pero las heridas del alma solo el amor las podía curar.

5

—No estoy soñando, ¿verdad? —preguntó John, incrédulo.

—¡Johnny, Johnny! —dijo Hugo colocándole un brazo en el hombro a su amigo—. Tanto tiempo viviendo en Londres y parece que no conoces nada…

—Esto es… —John tragó saliva—. No sé ni cómo describirlo.

—Creo que en la biblia lo llamaron Eden —dijo Hugo con una sonrisa de oreja a oreja.

El rostro del bueno de John North, que solía estar claro y sereno, ahora estaba tan rojo que podría haber pasado por un tomate con patas. Hugo no lo podía culpar, él ya se había acostumbrado a aquellas vistas, pero el cerebro de John podía haber colapsado con tantos estímulos.

Ni un ganadero habría visto tantas tetas juntas. Había algunas que, incluso, si se las presionaba, ofrecían leche a sus clientes (esas eran más caras); otras estaban regadas con otra leche, la del macho, aunque eso no impedía que fueran lamidas en ciertas ocasiones. La cantidad de posaderas descubiertas y azotadas habría levantado la sotana de un cura más rápido que un huracán en plena misa. Un hombre está tan acostumbrado a ver su miembro que la visión de otros no suele suponer ningún problema, pero cuando un amasijo de falos es todo lo que se tiene delante, uno tiende a cerrar la boca más de lo normal.

—¿Qué… qué hacemos aquí, Hugo?

—Te dije que te iba a presentar a mi familia, y eso hago.

—¿Tu… tu familia trabaja aquí?

—No, hombre. Pero ¡¿qué cosas dices?! —contestó Hugo con una falsa molestia.

—¡Uf, menos mal!, ¿pero entonces…?

—Mi familia regenta este sitio.

John abrió tanto la boca que Hugo tuvo que darle con la mano en la barbilla para que la cerrara.

—La Maison de l'Amour, el burdel más famoso de Londres, regentado por mistress Roux. ¿No me digas que no habías oído hablar de él?

—Mistress Roux… —murmuró John—. No, no la conocía… ¿Es… es tu madre?

—No, ella es mi tía —contestó Hugo conduciendo a John a través de una puerta custodiada por dos hombres—. Seguro que si le preguntas a tu padre por madame Roux dirá que no la conoce, pero la verdad es que no hay nadie en las altas élites de Londres que no la conozca.

—¿Y qué pasa con tu madre? ¿Qué lazo une a la respetada Rose Belrose con todo este asunto? —preguntó John con nerviosismo.

—Mientras mi tía pone el culo, mi madre dirige todo desde su confortable sillón acolchado. Dijiste que el apellido Belrose es importante en Londres, pero no es por diseñar ropa. Belrose es un apellido que se susurra en las altas esferas, pero no con gusto, sino como medida de intimidación y persuasión. Nadie quiere que se conozcan sus más íntimos secretos y sucias pasiones.

—¿Pero la cara pública no es tu tía?

—Sí, pero un puñado de aristócratas saben la verdad y tienen los huevos atados. Ellos vienen aquí a hacer cosas contra natura mientras mi madre les guarda el secreto a cambio de favores. ¿Cómo te crees que entré en vuestra respetada universidad?

John soltó una risotada.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Somos amigos, Johnny.

—Sí, pero ¿cómo sabes qué puedes confiar en mí? ¿Cómo te arriesgas a tan…?

John paró su lengua, la visión de la nueva sala a la que Hugo le había conducido solía tener ese efecto.

—Sí, debajo del Eden se halla… el Infierno —anunció Hugo.

6

«¿A quién quiero y a quién odio?», se preguntó Emma tumbada en la cama.

Acababa de terminar su último libro, el que su criada Esperanza le había conseguido sin que sus padres se enteraran: *La Celestina*.

Emma cerró el libro y suspiró observando la ventana de su dormitorio.

«No creo que Hugo aparezca esta noche con una escalera y me lleve al huerto», pensó mientras se tumbaba boca arriba.

Lord Remington había empezado a cuestionar los hábitos y aficiones de su hija y, según él, pronto tendría que olvidarse de todas aquellas sandeces para empezar a parir hijos y vivir una vida por y para su futuro marido: William Seymour. Sí, Emma tenía claro a quién odiaba: al idiota de William. El joven aristócrata representaba todo lo que estaba mal en aquella sociedad.

¿Qué sociedad permitía a los padres mandar sobre los corazones de sus propios hijos? ¿Qué sociedad ocultaba la sexualidad femenina, tachándola de viperina y condenándola al ostracismo? ¿Era este un imperio idóneo dónde ver crecer a nuestras futuras hijas?

No. Emma no odiaba a William, él no tenía culpa; la culpa era de la sociedad británica, de sus padres, de la Iglesia y sus pecaminosas doctrinas.

¿Amaba ella a Hugo Belrose? ¿O tan solo lo deseaba?

Aquella era una pregunta difícil.

Hugo le había mentido, le había dicho «Te quiero», pero por algún motivo lo había disfrazado. ¿Por qué? ¿Qué intenciones tenía aquel chico moreno con ella? De los Belrose se decían muchas cosas, pero ¿qué importaban tales vicisitudes cuando se hablaba de amor? Emma deseaba a Hugo, solo a él.

«Huga soy, a Hugo adoro, en Hugo creo, a Hugo amo… y a Hugo odio».

Sí, también lo odiaba. Aquel chico era distinto a los demás y escondía algo en su corazón, algo oscuro y turbio. Emma lo sabía porque ella también lo escondía. ¿Por qué el joven Belrose no se lanzaba a por ella? ¿Por qué Hugo no se presentaba en su casa acompañado de lady Belrose para pedirle a lord Remington la mano de su única hija?

No, Hugo no quería eso; él quería conquistarla por sus propios métodos. No necesitaba ayuda alguna.

«Es prepotente, descarado, rijoso, insolente; su sola persona inspira recelo. ¿Por qué lo deseo entonces? ¿Por qué me desea él? ¿Somos el producto de algún hechizo de alguna alcahueta? ¿Acaso Hugo pactó con el diablo para embelesarme?».

7

—Dios tendrá sus iglesias, pero nosotros tenemos a Satanás —se jactó Hugo extendiendo los brazos.

A diferencia de la lujosa y estrafalaria decoración de los pisos superiores del burdel, el sótano no lucía techos estucados ni pintados por artistas. Las columnas de estilo rococó daban paso a vigas de cemento bruto; las alfombras egipcias se habían convertido en tablas de madera; las encimeras de mármol que relucían en el piso superior eran ahora de hierro oscuro; las lámparas de bronce que iluminaban las pasiones prohibidas eran insignificantes con las llamas de las hogueras que, esparcidas por las esquinas, mostraban las depravadas perversiones de la especie humana.

En aquel lugar no había tapices orientales, sino esclavas sexuales de Oriente; todas eran mujeres jóvenes en edad núbil, que, semidesnudas, deambulaban por aquella estancia sirviendo copas de licores no tan populares para el londinense medio: la cerveza daba paso al vino, y la ginebra al whisky.

Para aquellos que buscaban algo más fuerte, podían tumbarse en colchones esparcidos por el suelo, donde las trabajadoras les servían opio, cánnabis y morfina.

Los que preferían jarana y jaleo se hallaban en otra zona, provista con barriles repletos de pequeñas cápsulas que contenían belladona y ayahuasca de las que el cliente podía servirse a placer, siempre bajo la supervisión de los pechos de alguna oriental. Estos eran los clientes más numerosos y asiduos, aquellos a los que no les

interesaban tanto las pasiones de la carne, sino que preferían tener un espectáculo con buenas vistas.

—¿Qué prefieres ver? —preguntó Hugo.

John se agarró fuerte del brazo de Hugo, cosa que sorprendió a este, pero entendía el miedo de su amigo.

—Nada cerca de los opiómanos, por favor.

—Está bien, iremos a ver las apuestas.

Hugo se dirigió hacia los corrales de pelea. Miraban a los muchachos con los ojos desorbitados, pero Hugo era muy famoso allí abajo, ya que Rose y Magda no se dejaban ver mucho por allí y él era la cara visible de aquel tugurio: aquellos eran sus dominios.

—¿Sobre qué apuestan? —preguntó John mirando con nerviosismo hacia todos lados.

—Hay tres tipos de apuestas. Primero, tenemos la clásica pelea entre machos. Dos hombres, sin camiseta, dándose mamporros hasta que uno de los dos se desmaya. Luego, para los que buscan más acción, está la pelea de gallos, aunque se ha prohibido hace algunos años, la gente sigue queriendo ver sangre. Pero, sin duda alguna, la preferida por todos es la matanza de las ratas.

—¿Ratas? —titubeó John.

—A montones. Ven, te enseñaré cómo funciona.

Hugo condujo a su amigo hacia una algarabía de hombres donde una perfumada y hermosa joven apuntaba las apuestas y recogía el dinero.

—¿Quieres apostar? —preguntó Hugo a su amigo.

—¿Qué se apuesta?

—¿Ves aquel terrier de allí? —John asintió—. Es Billie, el perro del burdel, y el populacho apuesta a cuantas ratas es capaz de matar en cinco minutos. Nuestro buen amigo Ollie irá sacando ratas de aquella jaula y colocándolas en el centro del cercado. —Hugo señaló

a una jaula repleta de ratas dónde un jovenzuelo se rascaba las mejillas mientras sus ojos resplandecían en la oscuridad—. ¡Ollie! ¡Ollie! ¿Cómo van las apuestas?

—¡Entre cincuenta y doscientas ratas, señor Belrose! —gritó Ollie.

—¿Qué pasa si pierden la apuesta? —preguntó John cada vez más interesado.

—El burdel se queda con las libras, por supuesto —aclaró Hugo—. ¡Ollie! ¿Quién ha apostado más fuerte?

—¡Lord Gladstone apostó que mataba doscientas, lord Derby dice que matará ciento cincuenta, lord Aberdeen que tan solo matará cien y Rufus apuesta por cincuenta!

La muchedumbre, cuyos sombreros de copa seguían sobre sus acaloradas y sudadas cabezas, discutían a gritos entre ellos.

—¡Palmerstone, apueste de una maldita vez!

—¡Bah, debía de haberme ido con Dizzy a dónde demonios haya ido él!

—Hugo… Hugo, ¿tú… sabes lo importante que es esta gente? —preguntó John con los ojos desorbitados.

—Pues claro, ¿no te dije que el apellido Belrose se susurra en las altas esferas? ¡Rufus! Veo que esta noche eres muy precavido. No quieres ver más sangre hoy, ¿verdad? —Hugo comenzó a reírse mientras le daba unos golpes a Rufus en la espalda.

—No soy tan idiota como para no saber lo que tramas, Belrose —contestó Rufus con su jovial tono de enfadado—. Sé quién es el hombre de la esquina.

John siguió la mirada de Rufus hasta toparse con un hombre bañado por la oscuridad. Llevaba un sombrero de copa oscuro, abrigo verde, chaleco escarlata y calzones. Tenía una barba frondosa y oscura, aunque lo más llamativo de su figura era la banda que

cruzaba su pecho, sobre la cual resplandecían dos ratas forjadas de hierro.

—Jack Black —murmuró Rufus.

—¡Jackie! —exclamó Hugo nada más verlo—. ¡Espero que tú no hayas apostado, bribón!

Jack sacó a relucir su blanca sonrisa.

—Solo apostaría si fuera yo el que tuviera que matar a las ratas —contestó.

Hugo estalló en carcajadas y le dio un profundo abrazo a Jack.

—Te he traído una buena camada, el perro no matará más de treinta —susurró Jack al oído de Hugo.

—Mi madre te dará lo acordado, además, puedes quedarte con Billie, después de esta noche nadie querrá apostar más por él.

Jack asintió y volvió a hundir su rostro en las sombras.

Hugo volvió hacia North, iba a decirle que si quería sembrar el caos en su maravilloso baile solo tenía que llamar a Jack Black, pero entonces vio cómo una figura enmascarada robaba la atención de su amigo.

Las máscaras de nada valían allí abajo. Hugo conocía todas las sombras de cada persona, y aquella era, sin duda, madame Belrose.

«¿Por qué irá tras una máscara?», pensó Hugo, ceñudo.

—¿Te está molestando, Johnny? —intervino Hugo.

—No, Hughie, tranquilo —respondió John con una sonrisa—. Está siendo muy amable conmigo.

—Deberías calmarte, Hughie. Solo estaba conociendo a tu amigo —respondió con una voz melosa la enmascarada madre de Hugo—. ¿Por qué no vamos los tres a un sitio más tranquilo?

John North palideció ante aquel ofrecimiento, ya que él debió de pensar que era para hacer algo que, de solo pensarlo, a Hugo le entraban ganas de vomitar. Hugo sabía que tenía que responder que

no, pero intuía que su madre tramaba algo, y era mejor no enfrentarse a ella; bajo ningún concepto se podía ganar a madame Belrose en el juego de la vida.

—Claro, te seguimos —masculló Hugo.

—Hugo, Hugo… ¿A dónde vamos? ¿No nos quedamos a ver lo de las ratas? —titubeó un sonrojado John.

—Tranquilo, no muerde —respondió Hugo siguiendo a la enmascarada.

Madame Belrose los condujo hasta el piso de arriba, pero en lugar de salir por donde habían entrado usaron una de las tantas salidas ocultas. Llegaron a una habitación iluminada por lámparas de bronce, decorada con alfombras sedosas y tapices orientales. La madre de Hugo se sentó en un sillón acolchado, se despojó de su máscara y sonrió; acto seguido, se sirvió un whisky irlandés y bebió sin prestar atención a sus invitados.

—John, te presento a mi madre. Rose, o como la conocen en las altas esferas, madame Belrose.

—Es un placer conocerla, hermosa dama —saludó John con una sutil reverencia.

Un North reverenciando a una Belrose, aquello era el mundo al revés.

—Lo mismo digo, joven North —dijo Rose—. Tus padres son unos preciados amigos para mí, y no me gustaría manchar nuestra amistad con las travesuras de mi hijo.

—Hugo solo me estaba enseñando el pub —dijo nervioso John.

—Un pub es el Trafalgar Tavern, esto, querido, como has podido observar, no es un pub.

John asintió dejando escapar una pequeña carcajada.

—¡Hughie! —dijo Rose haciendo énfasis en el cariñoso mote que ella parecía desconocer—. ¿No me digas que has invitado al joven

North para que nos invite a su preciado y anhelado baile en el Crystal Palace?

—No, lady Belrose. Vuestra familia estaba invitada desde un principio.

—¡Ah, entiendo! —Rose volvió a beber de su vaso de cristal—. ¿Entonces por qué pretendes asustar al joven North, Hughie?

—¡Madre! Ya vale… —contestó enfadado Hugo.

—¿Por qué no quieres ir con tu familia al baile, hijo?

—¡Lo sabes de sobra! —gruñó Hugo.

—Es por Emma Remington, señora —intervino John.

Madame Belrose soltó una pequeña risotada y volvió a beber su whisky.

—Sé lo de la señorita Remington, ¿pero sabes tú, Johnny, lo de Jane Belrose? —Rose alzó una ceja y miró por el rabillo del ojo a su hijo.

Hugo estaba furioso, apretaba los puños y miraba ceñudo a su madre.

—¿Tienes una hermana? —preguntó John—. Puedes traerla al baile si quieres, por mí no hay problema.

—¡Oh!, claro que Jane irá al baile, ¿verdad, Hughie? Llévala de acompañante y preséntala a la alta sociedad de la que tanto hablas. Seguro que tu hermana arde en deseos de conocer a Emma.

—Qué remedio… De todas formas, seguro que Emma va con el idiota de Seymour… Buena charla, madre. Nosotros nos vamos.

—Vete tú, hijo. Quiero que vayas a hablar con el señor Pierce y el señor Agar sobre el asunto que nos atañe —ordenó Rose—. Yo he de volver con Dizzy, pero antes quisiera hablar a solas con tu amigo un momento, luego le acompaño a la salida. Tranquilo, no le pasará nada estando conmigo.

Hugo se fue, dándoles la espalda a ambos.

Sabía que John no tenía maldad y que Rose actuaba así por el bien de Hugo. Tarde o temprano la hoguera que Hugo estaba prendiendo iba a estallar en llamas; su madre solo le estaba ayudando a avivar el fuego, a echar toda la leña y a decidir, por una vez, qué hacer con su vida.

Emma era el futuro, y Juana, el pasado. Hugo debía asimilarlo, debía ser valiente y dar el paso que tanto miedo le producía. Se prometió a sí mismo, que en el baile del Crystal Palace rompería con Juana, le presentaría a algún compañero guapo y adinerado y haría frente al amor que sentía por Emma. Ya no le importaría ir por las buenas, conseguiría a la señorita Remington siendo Hugo Salamanca si hacía falta.

Crystal Palace

1

Emma contemplaba su cuerpo desnudo frente al espejo. Estaba sola. Nadie más que ella escrutaba sus pequeños, aunque firmes senos; solo sus delgados y finos dedos acariciaban la curva de su cintura; el bello del pubis era del mismo color que el de su cabellera y los labios inferiores compartían las mismas aspiraciones que los rosados de su rostro: ser besados por Hugo Belrose.

—¿Señorita Emma? —preguntó Esperanza llamando a la puerta.

—Un momento.

Emma sabía que necesitaba ayuda para vestirse, pero antes de eso hundió sus dedos entre sus muslos y comprobó que aquella noche quería bailar más de un tipo de danza.

«Aunque ninguna será con William», pensó mientras le daba paso a su asistenta.

Tuvo que venir también Manuela a ayudar, ya que el pomposo vestido requería de más manos. Además, el corsé debía ir bien apretado para resaltar la cintura y los pechos de la dama.

—No puedo casi ni respirar —se quejó Emma.

—Eso significa que está bien apretado, señorita —contestó Esperanza.

Emma volvió a mirarse al espejo: una larga falda oscura emanaba del corsé hasta besar el suelo alfombrado de su habitación. Por encima de la asfixiante prenda crecía una sedosa tela blanca que tapaba cada poro de la piel de la señorita Remington.

—¿Creéis que le gustará a mi pareja? —preguntó Emma pensando en su verdadera pareja.

—El señorito Seymour caerá rendido a sus pies —contestó Manuela.

—No solo él, sino cualquier mozo que pose su mirada en vos —añadió Esperanza.

Emma se mordió el labio y miró con un gesto lascivo el rostro que tenía frente a ella: su reflejo le devolvió la mirada. Emma sabía cómo romper el futuro matrimonio con William. Esta noche haría llorar a su padre tanto como había llorado Pleberio por Melibea; su hermosa flor estaba a punto de ser desflorada.

2

—¡Estate quieto! —gruñó Juana mientras le ataba la corbata a su compañero.

Hugo bufaba y se revolvía como un arenque, harto y hastiado del evento al que todavía ni había asistido.

—De verdad que no es necesario que vayamos, Juana —murmuró Hugo.

—Pero ¡¿qué dices?! —chilló ella estrechando el nudo tan fuerte que Hugo apenas podía respirar—. Si ardo en deseos de conocer a tus amigos de la universidad.

—Juana…, me ahogo —dijo Hugo con la voz quebrada.

—Eso es que está bien atada —zanjó Juana mientras se ponía de espaldas a Hugo—. Ayúdame con el corsé.

—Solo tengo un amigo en la universidad y dudo que tengas algo interesante de lo que hablar con él —dijo Hugo mientras aflojaba su corbata y le ataba con suavidad el corsé.

—¡Perdóname por no ser tan intelectual como tus amigos! ¡Es una pena que mientras tú te vas a leer y a aprender cosas nuevas yo tenga que estar aquí trabajando como una esclava!

—Juana, yo no he dicho eso…

—¡Deja de llamarme Juana de una maldita vez! —Juana se dio la vuelta y clavó su ceñuda mirada en Hugo—. Soy Jane, joder.

—Como quieras, Juana —añadió Hugo sabiendo que, en cuanto se diera la vuelta, Juana le propinaría una fuerte colleja.

El golpe no fue doloroso, no tanto como el hecho de que no había manera de escaquearse del dichoso baile de John North; por si fuera poco, madame Belrose también asistiría al evento en su personaje inventado de viuda adinerada dedicada al diseño de moda.

Hugo había hablado con Jack Black para que inundara el Crystal Palace de ratas y así, quizá, se cancelaría el baile; pero la madame había sido más lista y había pagado a Black para disuadirlo.

El joven salmantino se miró al espejo y suspiró, al fin y al cabo, esta sería su última noche en Londres. Tendría que presentar a su hermana Juana en sociedad y, por tanto, a Emma. La señorita Remington, además de hermosa, no era tonta: haría preguntas. Juana, igual de astuta y mucho más pícara, también haría preguntas en cuanto conociera a Emma.

¿Le pediría Hugo un baile a Emma? ¿Le pediría Emma un baile a él?

Ya nada importaba, Juana acabaría matándolo en cuanto confesara su amor por Emma. Su única salida era dar rienda suelta al perillán que llevaba dentro, al ladino ser que era en realidad Hugo Salamanca, para así embelecar a todos los que se interpusieran en su camino y en los designios de su corazón.

3

El Crystal Palace resplandecía en Sydenham Hill bajo la luz de la luna londinense; aquella noche no había nubes en el firmamento, solo estrellas brillantes. Era como si Londres le hubiera dado un respiro a su cielo encapotado y, por una noche, hubiera decidido regalar algo de luz a sus habitantes.

Aquel edificio había sido el hijo mimado y querido del rey Alberto. La Gran Exposición de 1851 había sido su gran día de apertura; Emma había asistido junto a su familia y, asombrada, se había dicho a sí misma que, si había de casarse no sería en una iglesia claustrofóbica, sino en un palacio como aquel. Claro que el motivo de su primera visita había sido, como para el resto de los asistentes, la gestión de negocios familiares. Ahora, en cambio, era por puro placer.

Los North tenían buena relación con Alberto. Además, Joseph Paxton y Henry Cole eran buenos amigos de Victor North, por lo que era de esperar que su gran baile del año acabara celebrándose algún día en aquel palacio majestuoso.

«¿Qué mejor forma de inaugurarlo que con un baile?», pensó Emma.

Junto a su nada caballeroso acompañante, llegó hasta los fastuosos jardines que rodeaban el lugar. Un pequeño lago que reflejaba el brillo fantasmagórico de aquella noche añadía un toque de magia al ambiente. Además, para completar lo increíble de aquel

sitio, habían rodeado las aguas con asombrosas e intimidantes figuras de dinosaurios.

—¿Has visto esos bichos monstruosos? —preguntó William mientras apretaba a Emma contra su cuerpo.

«Lo único monstruoso aquí eres tú», pensó Emma.

—Son dinosaurios —aclaró Emma—, animales extintos hace ya mucho tiempo.

—Lo sé, ¿acaso piensas que soy idiota? Voy a la misma universidad que tú.

—No me digas… Ya decía yo que me sonabas de algo.

William apretó aún con más fuerza la tenaza de su brazo, haciéndole daño a Emma, aunque esta no se quejó; no le iba a dar esa satisfacción.

—Tienes suerte de ser una Remington —espetó William—. Si fueras una pobretona del East End, nadie te querría ni para aliviar la polla. Las mujeres decentes saben cerrar la boca.

—Y los hombres decentes no hacen daño a las mujeres.

—No quiero hacerte daño, eres tú la que me obliga.

—Y yo no quiero estar contigo, eres tú el que me obliga.

William resopló, quizá su masculinidad le estaba implorando que abofeteara a su hermosa acompañante, pero no era tan idiota como para no saber que un ojo morado atraería demasiadas preguntas. Además, los padres de Emma también asistirían al baile. Aunque Emma intuía que su padre aprobaría el comportamiento de William. Al fin y al cabo, lo único que le importaba a lord Remington era su apellido, no la felicidad de su hija.

Emma intentaba no culpar a su padre, aunque no se lo ponía fácil.

Edward Remington era un hombre atado a las costumbres de su época, pero su madre era otro cantar. Ella debería protegerla de aquellas costumbres, tendría que velar por la seguridad de su hija y

por su bienestar. Sin embargo, Evelyn Remington era una adúltera, borracha y drogadicta que para nada representaba el papel de esposa ideal. ¿Por qué no apoyaba a su hija? ¿Por qué condenarla a repetir los mismos errores que había cometido ella?

Emma resopló, ya nada le importaba, lo había decidido: confesaría a Hugo sus sentimientos y haría el amor con él, sin pasar por la iglesia, sin preámbulos ni estupideces. Como una ramera del Soho, se abriría de piernas y perdería la virginidad. No sería la esposa de ningún aristócrata idiota, no seguiría empujando la rueda del cristianismo y los valores arcaicos que ensombrecían Londres más que sus nubes.

Estaba harta: rompería las cadenas y, si era necesario, se ahorcaría con ellas o se ahogaría en las oscuras aguas del lago, pero al menos lo haría con el corazón palpitando de placer.

—Hemos llegado —dijo William remarcando lo obvio.

—Señorita Remington, señor Seymour —saludó el ujier con un ademán de su alto sombrero de copa—. Sus familias ya han entrado. Pueden pasar por aquí, mi ayudante les acompañará. Bienvenidos al Crystal Palace.

4

—¡Este sitio es magnífico, Hugo! —exclamó Juana aferrada a su brazo.

—Solo es un edificio de cristal, Juana —murmuró Hugo.

Un codazo en las costillas le indicó a Hugo que, si iba a usar la lengua, debía ser para decir algo de provecho.

Hugo, Juana y madame Belrose habían entrado juntos, aunque Rose se había esfumado nada más pisar el suelo alfombrado del salón en busca de aristócratas con dinero de sobra y frustraciones sexuales.

A diferencia del frío invernal que llenaba las callejuelas londinenses, el Crystal Palace era un horno con un infinito verano en su interior. Cientos de lámparas de bronce pululaban por toda la estancia y, en el centro, una gigantesca lámpara de araña pendía sobre lujosos vestidos y falsas risotadas.

Hacía más calor allí dentro que en el burdel de madame Belrose.

Luego estaba la música. Hugo no era precisamente un fanático de las orquestas de piano, violín y demás parafernalias; prefería una guitarra española a la luz de la lumbre junto a una botella de aguardiente. Pero allí estaba un tipo de pelo largo, barba rasurada y rostro duro que dirigía al grupo de músicos con lo que parecía una varita mágica.

—¿No me vas a presentar a tus amigos? —preguntó Juana mirando a ambos lados.

—No veo a ninguno… —mintió Hugo.

Justo enfrente de ellos estaban Arthur Russell y Margaret Howard, junto a Harold Courtenay y Sarah Campbell. Las parejas charlaban, reían y se profesaban miradas cómplices, pellizcos y caricias. Hugo, en cambio, había acudido con la que formalmente era su hermana y, si alguien los veía mostrándose algo de cariño, sería su ruina y la de madame Belrose. Más le valía a Juana comportarse.

—¡Hughie! —gritó John de lejos alzando la mano.

Hugo agarró a Juana y la intentó llevar hacia otro lado, con la excusa de comer algo antes del baile, pero John no se dio por vencido.

—Señor mío, parece que huye de mí —saludó John con su agradable tono—. ¿Quizá tema que le robe a su querida hermanita?

Hugo respondió con un gruñido, mientras que Juana sonrió e incluso se sonrojó ante el halago de John.

—Johnny, te presento a mi hermana… —Hugo miró a Juana y sabía que si la presentaba como Juana recibiría una patada en sus partes pudientes—… Jane Belrose.

—Es un placer, señorita Belrose —dijo John cogiéndole la mano y besándola con dulzura.

Hugo, en aquel momento, mientras veía como adulaban a su «hermana», tuvo una fugaz, pervertida e inmoral idea: si prometía a Juana con alguno de aquellos ricachones podría dejarla diciendo que era por el bien de ella, para que tuviera un futuro mejor. Él se escaquearía con clase, luego se iría con Emma, argumentando que la habría conocido después de dejar a Juana, y todos serían felices.

Por primera vez en aquel día, Hugo sonrió.

—¡Johnny! ¡Johnny! —vociferó Hugo mientras palmeaba el hombro de su amigo—. Creo recordar que no conseguiste pareja para el baile, ¿verdad? Mi hermana es una excelente bailarina y arde

en deseos de conocer el océano por el que tú nadas. Tienes mi venia para agasajarla como se merece.

—Me halagas, querido amigo —respondió John—. Será un placer.

John extendió el brazo como si fuera un jarrón a modo de invitación.

—Ven, querida, disfrutemos de la música del gran Franz Liszt, venido expresamente desde Weimar para tocar para nosotros.

Juana ni miró a Hugo, se cogió del brazo de John y comenzó a pavonearse como una dama de la alta sociedad. En el fondo, ella siempre había querido salir un poco de casa y del burdel, cosa a la que Hugo se negaba una y otra vez.

Hugo no era un buen amante ni sería un buen esposo, ni siquiera era un buen hermano falso. Aunque sí era un buen embustero, egoísta y descarado bribón que pretendía robarle a los Remington su única hija.

«Cada uno tiene que saber sus puntos fuertes. Mentir a los demás está bien, pero a uno mismo es imperdonable», pensó Hugo buscando a Emma como una abeja en busca de una flor.

5

«Esto no está bien», pensó Emma.

El corazón le latía con frenesí, al ritmo de la música que emanaba de los timbales del corazón del palacio. Con cada paso que daba sentía la sangre bullir por cada vena de su cuerpo, ardiente y acalorado. Los pies, descalzos y en contacto con el suelo sin alfombras de aquella zona alejada, le proporcionaba un frío reconfortante que le hacía recordar dónde estaba la tierra que pisaba, dónde estaban las leyes y cimientos en los que debía de basarse la vida que debía de vivir Emma Remington.

Llevaba los zapatos en la mano. No debía perderlos, no sería propio de una dama. Su otra mano se había unido a un destino incierto y Emma, atada por los nudos del deseo y la rebeldía, seguía las riendas de un caballo desbocado que no era otro que Hugo Belrose.

Corrían por pasillos de cristal, sus respiraciones rebotaban en las paredes, al compás de sus pasos apresurados. Hugo apretaba la mano de Emma con firmeza, como si estuviera en un precipicio y él fuera su única salvación.

«¿A dónde me lleva? ¿A dónde nos llevará esto? ¿Por qué no me importa?», pensaba Emma con una sonrisa.

Hugo no conocía aquel lugar, al menos no debería. Emma sabía que tenía que moverse por instinto, como un ladronzuelo entre callejas desconocidas. Pero Emma confiaba en él, confiaba en que, si las cosas se torcían, Hugo pelearía por ella, lucharía e, incluso,

moriría por ella. A diferencia de William, Hugo no pretendía someterla ni imponer su yugo, sino conquistar su amor, ser suyo, besar sus pies y adorarla. Eso era lo que ella buscaba en su afán de diosa griega; Emma deseaba ser alabada, reverenciada, ser la protagonista de los pensamientos de Hugo, ser su razón para vivir o su razón para morir.

Salieron al jardín. El viento nocturno les meció los cabellos y la hierba húmeda les provocó a ambos el mismo escalofrío. ¿O quizá fuera debido al éxtasis del momento? Emma no había probado nunca las drogas, pero intuía que ninguna podría competir en adicción, placer y remordimiento con el todopoderoso amor.

Hugo la condujo hasta la orilla del lago y, una vez vieron sus rostros reflejados en las aguas, se miraron el uno al otro. Emma no había hablado en toda la noche con él. ¿Cómo había sabido Hugo Belrose que necesitaba salir de aquella jaula de cristal? ¿Qué podía decirle en ese instante?

Nada.

En aquel momento cualquier cosa que dijeran estropearía la magia, destruiría el recuerdo. Sobraban las palabras, pues, la lengua es esclava del corazón y este le dice cuándo hablar o cuándo besar.

Debía ser ella, esta vez le tocaba a Emma, él lo había prometido: jamás volvería a besarla sino salía de ella y a Emma le gustaban los hombres que cumplían su palabra.

La luna reflejó su esencia sobre el agua. Emma atrajo a Hugo hacia su cuerpo y le despojó de su sombrero mientras ella arrojaba sus zapatos también a la hierba.

Emma le miró a los ojos y, sin más preámbulos, le besó.

Sin decir nada, diciéndolo todo.

6

La música estaba sonando cuando Hugo la había visto: ella estaba inmóvil, inerte en una esquina; iba vestida con un hermoso vestido y un corsé tan apretado como el puño de Hugo.

¿Dónde estaban Juana y John?

A Hugo le daba igual.

¿Dónde estaba William, el acompañante de Emma?

¿A quién le importaba?

Madame Belrose había aparecido como un fantasma y le había susurrado al oído un lamento frío: «Voy a conocer a los padres de tu querida Emma». Hugo no había visto todavía a los Remington, ni deseaba verlos, no hasta que Emma fuera de blanco.

Se había acercado a ella, ¿con qué intención?

No lo recordaba.

Solo sabía que quería bailar con ella, danzar como un pájaro macho que corteja a la hembra, colorida y emplumada. Hugo era un rebelde, pero en aquel momento deseaba obedecer los designios de la naturaleza; anhelaba dejarse llevar por sus instintos primarios y copular con aquella mujer, allí mismo, delante de todos.

Sabía que no podía, que no debía hacer nada delante del público.

«¿Por eso la rapté? ¿Por eso me la llevé lejos de la mirada de los demás? ¿Por qué ella no se zafó? ¿Por qué no gritó ni me insultó? ¿Por qué me siguió?», pensó Hugo.

¿Acaso importaba? ¿Cuándo le han importado las respuestas a aquellos que ya han conseguido su objetivo? ¿Saber la razón

cambiaría algo?

No.

Hugo prefería disfrutar del momento, de aquel beso, de aquel recuerdo eterno, inextinguible para su memoria.

Emma había tomado la iniciativa. Hugo le rodeaba la cintura con sus brazos y se deleitaba con la miel de sus labios. Aquel beso fue diferente al del bosque porque no había sido robado, porque procedía de los deseos de la hembra. Ellas eran las adalides del amor, las diosas terrenales que los hombres temían y encadenaban por miedo.

¿Qué temían los hombres?

Hugo lo entendió en aquel momento, con aquel beso.

Él ya no tenía posesión de su cuerpo, de sus decisiones ni de su vida. Ahora él pertenecía a aquella mujer, a una forma de vida candente que se movía e iluminaba tanto como el propio sol. No, aquel era su sol, su estrella. La que le decía cuando acababa el día y cuando comenzaba la noche.

Aquel era el poder de la mujer, de las hembras que antaño dominaron el mundo, de las dadoras de vida. Nada escapaba de sus labios. Los hombres creían conquistarlas, pero era una falacia permitida por ellas. No se puede conquistar el amor de una mujer, sería como encerrar al sol dentro de una lámpara.

Hugo no quería despegarse de los labios de Emma, no quería que se hiciera de noche en su corazón. No importaba que la luna brillara en el firmamento, jamás podría igualar el calor de Emma. Quería que aquel beso fuera eterno, pero lo único eterno en este mundo era el amor.

Primero oyó los pasos, luego la voz y, por último, un toque en la espalda.

—Hugo…

Hugo no necesitó mirar hacia atrás para saber que se trataba de John North.

«¿Nos habrá visto Juana?», fue el primer pensamiento de Hugo.

—No es buen momento, Johnny —gruñó Hugo.

—Lo sé y lo siento en el alma. —John jadeaba—. Es Jane…

«Mierda», pensó Hugo.

—¿Quién es Jane? —preguntó Emma.

—Mi hermana. ¿Qué ha ocurrido?

«Dilo, Johnny. Hazlo rápido, es hora de acabar ya con este tormento», pensó Hugo apretando los puños y cogiendo aire.

—William… William Seymour me vio bailando con ella y…y… él… se… se la llevó a la fuerza —balbuceó John.

«Al menos no nos ha visto», pensó la parte egoísta de Hugo con un suspiro.

—No me importa que baile con el idiota de Seymour —masculló Hugo.

—No va a bailar con ella, Hugo —intervino Emma—. William es un hombre horrible y depravado… Él intentará abusar de ella. Lo sé.

La Juana que Hugo conocía le clavaría un tenedor en el ojo al primero que intentara tocarla sin su consentimiento. ¿Acaso William sabía algo capaz de hacer a Juana agachar la cabeza y tragar? ¿Había chantajeado el idiota de Seymour a Juana?

Eso no importaba ahora. Puede que Hugo ya hubiera decidido romper con Juana y, de hecho, aquel beso lo había ratificado. Él amaba a Emma y solo a Emma. Pero una cosa era amar a Emma y otra desearle algún mal a la que había sido su acompañante desde los inicios de su vida. No permitiría que nadie le hiciera daño a Juana, además, a ojos de todo el mundo, era su hermana. ¿Qué hombre permite que le hagan daño a su hermana? Ninguno que merezca llamarse a sí mismo «hombre».

—¿Sabes dónde están? —preguntó Emma.
John asintió con premura.
—Llévame hasta ellos —ordenó Hugo.

7

Emma volvía a ir agarrada de la mano de Hugo, ambos corrían en busca de Jane y William.

¿Por qué no había mencionado Hugo a su hermana nunca? Emma lo ignoraba, aunque ella tampoco le había preguntado si tenía hermanos o hermanas; no podía culparlo.

Una parte egoísta y retorcida de Emma deseaba que Hugo le pegara una paliza a William. Sabía que estaba mal pensar aquello, pues significaría que la pobre Jane habría sufrido por culpa del depravado de Seymour. Pero Emma ansiaba ver a Hugo con los puños bañados en sangre, a William con la nariz rota, de rodillas y suplicando piedad.

¿Residía aquella maldad en todas las mentes femeninas? ¿Era aquel pensamiento propio del ser humano enamorado? ¿Era ella una persona especial?

Emma había leído mucho, pero no tenía ni idea de la vida, ni del amor, ni de la venganza, y mucho menos de la maldad humana. Ella no era más que una niña mimada que tenía prohibido deambular por el East End sola y que tampoco podía ir a ningún lugar público sin su carabina.

¿Qué sabía una joven como ella de los valores de la vida real? ¿Del verdadero Londres? ¿De los hombres? Nada, Emma no sabía nada.

Por eso se aferró con fuerza a la mano de Hugo. Durante todo este tiempo había nadado a la deriva en aquel oscuro océano que

era la vida, pero ahora tenía un tiburón al que agarrarse. ¿O era ella el tiburón? ¿Era ella la que había olido la sangre y ya no iba a soltar a su presa? ¿Cuán lejos estaba dispuesta a llegar por Hugo Belrose?

—¡Es aquí! —señaló John apuntando a una cabaña que debía de servir para los jardineros—. Lo vi arrastrarla hasta aquí.

Hugo soltó la mano de Emma y, sin dudarlo, pateó la puerta.

Dentro de la cabaña, iluminada por la luz de la luna que atravesaba los ventanales, estaban Jane y William, semidesnudos y retozando.

—¡Jane! —gritó Hugo entrando como un toro.

—¡Hu… Hu… go! —gritó Jane tapándose los senos con el vestido y apartándose de William.

—¿Qué haces aquí, Hughie? Largo de… —empezó a mandar William.

No le dio tiempo a terminar de hablar.

Hugo Belrose hundió su puño en la barbilla de Seymour y lo lanzó contra la pared de madera. El choque provocó que el arrogante William cayera al suelo. Hugo podía haberlo dejado ahí, pero se agachó y siguió golpeando a su contrincante indefenso.

—¡Hugo! ¡Para! —gritaron Jane y John a la vez.

«No pares, sigue», pensó Emma.

Los golpes se sucedían unos a otros, como un martillo contra un clavo, con una fuerza y ritmo firmes. Entre golpe y golpe, Hugo siempre esperaba el mismo tiempo, como si fuera un artista cuya habilidad fuera apalear.

William Seymour siempre se había jactado de ser un hombre rico y atractivo; ahora solo podría presumir de dinero.

John se armó de valor y consiguió, con la ayuda de Jane, sujetar a Hugo. Fue entonces cuando Emma echó un vistazo al resultado: era excelente. William tenía la cara ensangrentada, la nariz torcida, los

labios rotos y las mejillas hinchadas. Apenas podía articular palabra. Si no hubieran parado a Hugo, lo habría acabado matando.

«Mejor lisiado que muerto», pensó Emma.

Emma sabía que no podía sonreír en público. No, ella era una dama. Debía fingir preocupación.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó Emma a Jane.

—¿No tienes ojos? ¿Tú has visto que me estuviera haciendo daño? ¡¿Además, tú quién coño eres?! —espetó Jane muy enfadada.

—¡La puta que me parió, Jane! —exclamó Hugo cogiendo a su hermana por los hombros con fuerza—. ¡¿Acaso estás sugiriendo que habías accedido a fornicar con este tipo?!

—¿A ti qué te importa con quién joda o deje de joder yo? —Jane empujó a Hugo y lo mandó contra John—. ¡Ni que fueras mi puto padre!

—Ya hablaremos tú y yo en casa… —gruñó Hugo con un tono amenazador.

—¿Qué hacemos con… él? —preguntó John señalando al suelo—. Sus padres harán preguntas. Muchas preguntas.

—Se ha caído por las escaleras y se ha golpeado contra las piedras del jardín —dijo Hugo saliendo de la cabaña—. ¿Verdad, Emma? Tú estabas con él, tú lo viste. ¿No?

Emma se quedó atónita. ¿Esperaba Hugo que ella mintiera por él? ¿Era ella acaso su marioneta? Su mente dudaba, pero su corazón no.

—Claro, William y yo estábamos solos, buscando algo de intimidad. Estaba muy oscuro y… fue cuando pasó —contestó Emma por instinto.

—Bien, gracias —dijo Hugo sin mirarla—. Yo estaba con John y mi hermana, intentando formalizar su relación. Eso diremos. ¿Johnny? —John asintió sin dudarlo—. Jane y yo nos vamos sin decir nada a nadie. Ya hablaremos en clase.

Emma no dijo nada más. Solo vio cómo Hugo y Jane se alejaban. Luego, John la ayudó a llevar a William hasta el lugar dónde supuestamente se había caído. Llamaron a los padres de William. Comenzó a llegar mucha gente para ver al chico y, cómo no, había varios médicos en la sala que lo atendieron. La gente murmuraba. La versión de Emma avivó los rumores. En definitiva, fue una noche magnífica.

Baile de traiciones

1

El trayecto en carruaje hasta la enorme y lujosa casa que la familia Belrose tenía en Grosvenor Square fue tan silencioso como una procesión en Semana Santa. Hugo escrutaba las tinieblas por la ventana, con los puños apretados bajo su levita; su respiración se asemejaba a la de un jabalí y, de forma intermitente, empañaba el cristal del coche.

—Señorita Belrose, señor Belrose, hemos llegado —anunció el cochero—. Son dieciocho chelines.

—Tome una libra, quédese con el cambio —dijo Hugo bajándose del carruaje—. Gracias.

—Gracias a usted, señor Belrose.

Una vez el cochero había doblado la esquina, Hugo agarró a su hermana del brazo y se la llevó al parque que había enfrente de la casa.

—¿No sería mejor hablar en casa? —preguntó Juana intentando zafarse, sin éxito, del agarre de Hugo.

—No sé si Magda y las chicas estarán en el burdel o en casa, y no querría que tuvieran nada que ver con lo que vamos a hablar —contestó Hugo.

—¿Es qué vas a pegarme a mí también? —espetó Juana empujando a Hugo.

—Pero ¡¿acaso eres idiota?! —bramó Hugo furioso—. ¡¿Tú te estás escuchando?!

Hugo deambulaba en círculos, esperando, quizá, que así su enfado fuera disminuyendo poco a poco, pero la ira, como el alcohol en sangre, tardaban largo tiempo en desaparecer.

—Me insultas. Me agarras con dureza. Me dices lo que puedo o no puedo hacer. —Juana escupía cada frase como una serpiente—. Eres tú el que debería mirarse a un espejo.

—¡Solo intentaba protegerte! ¡Creía que ese malnacido estaba abusando de ti!

—Otro igual. —Juana exhaló un largo suspiro—. ¡Yo era la que te estaba protegiendo a ti, idiota!

—¿Cómo? ¿Dejándome en ridículo? ¿Siendo el chisme de toda la universidad cuando se supiera que William se había beneficiado a mi hermanita? ¿Esa es tu forma de proteger el apellido Belrose?

—El apellido Belrose era precisamente lo que iba a proteger. —Juana se acercó y golpeó a Hugo en el pecho con su dedo índice—. Además, iba a ser yo la que tragara mierda. Era mi deber proteger a la familia. Yo iba a sacrificarme por vosotros, por ti.

—¿Cómo? ¿Siendo una puta ramera de Whitechapel?

—¡Sí! ¡Joder! ¡Eso es lo que somos! ¿No? —Juana estalló y con cada frase golpeaba más y más a Hugo—. Las mujeres Belrose somos expertas en abrir las piernas para que el señorito se pasee por la universidad como si fuese el maldito rey de España. ¿Qué sabrás tú de sacrificarse? ¿De hacer algo en contra de tu voluntad? Has acabado siendo aquello que odiaste: un estúpido niño mimado.

—¡No me vengas con sandeces! Seymour no es ninguna amenaza para nosotros. ¿Qué coño puede saber él? Todos los aristócratas engreídos conocen y temen a madre. ¡Por los clavos de Cristo! ¿Qué cojones te ha podido decir el pusilánime de Seymour para qué te abrieras de piernas?

Juana sonrió, pero no fue una sonrisa dulce.

—Sabe lo de Bertie…

—¿Bertie? ¡¿Y quién diablos es ese?!

—¿Cuánto hace que dejaste de ser Hugo Salamanca? Te importa una maldita mierda lo que nos ocurra, ¿verdad? A ti solo te interesa seguir tu jodida vida de niño rico. Pasearte por los bailes y enseñarles a las niñas malcriadas cómo usa la verga un hombre hecho y derecho. Estás encantado con tu nueva vida, reconócelo. ¡Pero que no se te olvide que tus dichosos caprichos los sustentamos nosotras con nuestros coños!

Hugo no entendía nada de lo que decía Juana.

—¡¿De qué hablas?! ¡Tú jamás has trabajado como meretriz!

—Ah, ¿no? ¡Porque yo creo que llevo siendo tu puta desde el día en el que te conocí!

Hugo calló. Aquello no era solo por lo que acababa de ocurrir en el baile. Juana estaba sacando todo lo que tenía guardado.

—Vayamos por partes… —murmuró Hugo—. ¿Quién es Bertie y qué ocurre con él?

—Bertie es el hijo de la reina Victoria, por tanto, es el maldito príncipe del Imperio británico.

—¿El príncipe Eduardo? Tendrá como trece años.

—Sí, pero eso no le impide dejar preñadas a las putas con las que jode.

Hugo palideció ante lo que acababa de escuchar; empezaba a entender la situación.

—No me digas que una de nuestras chicas… —murmuró Hugo.

—¡Lo que has oído, mentecato! —exclamó Juana—. Alguien lo trajo al burdel y se encariñó de Annie. El zagal era virgen y Annie lo desvirgó por una ingente suma de dinero. Solo madre, Magda, las chicas y yo sabemos esto. No sé cómo William se ha enterado.

—¿Pero Annie está embarazada de él? ¿Estáis seguras?

—¿Acaso tienes que venir tú a explicarnos por qué nos sangra la raja del coño ahora? ¡Claro qué está segura, imbécil! Annie era virgen. Madre la estaba reservando para alguien importante.

Hugo primero se enfadó, nadie le había comentado nada, pero luego comenzó a elucubrar planes que nadie le había pedido.

—Lo retaré a un duelo y lo mataré…, así zanjaremos el tema —susurró Hugo—. Además, Annie debe abortar… Tener a ese criajo es demasiado peligroso para nuestra familia…

—Ella decidirá si abortará. No tú.

—Madre será la…

—Ella está bajo la protección de Magda, no de madre.

—Y Magda está bajo las órdenes de madre.

Juana bufó.

—Cada día eres más necio. —Juana se dio la vuelta con intención de irse—. Ya lo sabes todo. William me amenazó con contarlo, sus padres son buenos amigos del rey Alberto. Si esta información se hiciera pública… no hace falta que te explique las consecuencias. Fue por eso por lo que accedí a las peticiones de William. No por ti, sino por la familia.

—¿Ya no te importo? Por fin sale a la luz la verdadera Juana…

—¿Cuánto llevas engañándome con la mojigata esa? ¡Eh, Hughie!

Aquello no era posible. ¿Cómo podía saber eso Juana? ¿Le habría dicho algo Rose? No, no podía ser.

—No sé de qué me hablas…

—Siempre creíste que era una niña idiota, guapa pero tonta. La facilona de Juana. La que se deja meter de todo por su agujero sin rechistar. Solo me usabas para tus caprichos. Para satisfacer tus deseos, para escapar de Salamanca, para vivir la vida que siempre habías querido. Di la verdad, Hugo. Lo mejor para ti sería que me hubiera ahogado en el río Tormes.

—Eso no es cierto…

—Basta de mentiras —rugió Juana, furiosa, pero sin alzar la voz—. Yo te quise, de verdad que te llegué a amar. Pero ahora te odio. Te odio con todas mis fuerzas. ¿Y sabes qué, Hugo? Ahora me toca a mí joderte a ti. Ahora me toca a mí ponerte a cuatro patas y darte por culo. Quieres a esa niñata, ¿verdad? ¡Pues te jodes! No te vas a librar de mí y no te vas a casar con nadie en tu miserable vida. Enamórate de ella, retoza con ella, dedícale cada maldito pensamiento de tu vida despreciable, así cuando la mate te dolerá más.

—Si le tocas un pelo a Emma… Juana, te juro que…

—Ah, sí, ¡Emma!… Seguro que William va a disfrutar mucho de ella cuando se casen. —Hugo se quedó sin palabras—. Sí, me comentó que iba a casarse con la tipeja esa. Aunque, por alguna razón, el señorito quedó prendado de mí. También me dijo que yo sería su putita, su amante. Creo que así mataba dos pájaros de un tiro.

—Pero ¡¿tú de qué lado estás?!

—Del de mi familia, de la que tú ya no formas parte.

—¡Entonces olvídate de mí!

—Una mujer no olvida, se venga. Deberías saberlo, Hughie. Hasta mañana. Nos vemos en casa, supongo.

Juana se marchó sin decir nada más, sin mirar atrás, sin miedo a que Hugo la detuviera. Hugo sabía que le tenía cogido por los huevos. En aquel momento había perdido todo por lo que vivir. Pensó en drogarse hasta morir, en andar hasta el Támesis y ahogarse en sus aguas contaminadas. Pero entonces recordó a Emma y el beso que se habían dado.

¿Iba a permitir que su pasado fastidiara su futuro? No, de ninguna manera. El pasado había que enterrarlo y olvidarse de él. Aunque

sabía que las amenazas de Juana no eran en balde. ¿Debía olvidarse de Emma para protegerla? ¿Debía separarse de alguien a la que amaba para que ella pudiera vivir una vida tranquila y feliz? ¿Era aquello el amor verdadero?

Hugo conocía la respuesta y descargó su descontento golpeando con todas sus fuerzas el tronco de un árbol.

2

En los días siguientes, Hugo se fue comportando de forma cada vez más extraña. Primero era distante, seguía hablando con Emma, aunque su sonrisa era falsa, y sus palabras, vacías. Después, justo antes de las vacaciones de Navidad, las sonrisas fueron desapareciendo y las palabras dieron paso a los silencios. Emma comenzó a sospechar que algo pasaba y, lo peor de todo, era que ella sabía que no era culpa suya.

«No tiene nada que ver con el beso, no podría tenerlo, ¿verdad?», pensaba Emma cada noche.

William Seymour se fue recuperando de las heridas y, aunque Emma ignoraba la razón, había corroborado la versión de que se había caído. Emma no era tonta y había hilado los acontecimientos hasta suponer que el cambio repentino de Hugo se debía a algo externo, algo que William debía de saber. Emma no quería tener que deberle nada a William, ni siquiera quería mediar palabra con él. Por eso lo intentó primero con Hugo, aunque fuera por las malas.

—¿Qué te pasa conmigo? —le preguntó metiéndose en el servicio de los caballeros.

—No deberías estar aquí…

—Responde.

Hugo terminó de lavarse las manos y, sin mirarla siquiera, intentó salir.

—¿Tan malo son mis labios que has decidido que ya no existen para ti?

—Sí, apenas sabes besar —dijo Hugo con una voz fría y sin sentimiento—. Se nota que eres una niña consentida que ha pasado toda su vida leyendo novelas y cuentos, pero que a la hora de la verdad se sonroja ante su propia desnudez…

—¿De qué hablas? Mientes… No haces más que mentirme —titubeó Emma.

—¿Cómo sería fornicar contigo, Emma? ¿Con la luz apagada? ¿Te quitarías siquiera la ropa? No sabes satisfacer los deseos carnales de un hombre… Solo eres una niña rica. —Hugo apartó a Emma, sin suavidad, sin tacto—. Búscate un idiota con el que casarte… En cuanto a mí… olvídame.

—¿No… no… no me quieres? —sollozó Emma.

—No, en todo caso te odio. —Hugo escupió cada palabra, perforando con cada silaba el corazón de Emma—. Odio a las mojigatas como tú.

Aquella noche Emma lloró como ninguna otra en su vida.

Emma sabía en el fondo de su corazón que Hugo mentía, pero si la mentira dolía, más lo haría cuando esta se hiciera verdad. Si Emma no encontraba la raíz del problema, si no daba con el titiritero cuyos hilos manipulaban a Hugo, entonces descubriría lo que era el verdadero dolor. Ni la muerte la salvaría, pues moriría dejando a su amado atado a una vida sin ella.

Había algo que, sin que nadie se lo dijera, había descubierto sobre Hugo. La sangre española le corría por las venas, pero no era ningún noble español. No, Hugo no era más que un rufián que había sabido ascender en la vida. Emma lo había visto con sus propios ojos la noche en que casi mataba a William. Aquel salvajismo no era propio de un joven educado, sino de una bestia que había luchado por sobrevivir en este mundo cruel.

¿Sería eso lo que temía Hugo? ¿Acaso pensaba que a ella le importaría en lo más mínimo su abolengo? Era posible, al fin y al cabo, vivían en una sociedad donde el apellido era la mayor de las virtudes de un ser humano. Si se descubría, los Remington jamás permitirían que su hija se casase con un malaje de baja ralea.

¿Qué podía hacer Emma? ¿Qué podía hacer una mojigata como ella?

Hugo había sido capaz de vivir entre ellos, entre los adinerados. ¿Acaso no podía Emma convertirse en una salvaje, en una bestia?

¿Por amor? Claro que podía.

3

—Hoy te encuentro diferente, estás muy callado —señaló Rufus.

Hugo respondió con un gruñido.

—¿Lo ves? A eso me refiero… Normalmente eres un parlanchín odioso, pero hoy no eres más que un fantasma.

—No tengo nada que decirte, Rufus. Ni a ti ni a nadie…

Rufus suspiró.

—Mira, chico —dijo Rufus chasqueando la lengua—. No es que te haya cogido cariño ni nada parecido. Ni tampoco es que vayamos a ser familia por el hecho de fornicar con tu primita. Pero de hombre a hombre, no permitas que las mujeres manipulen tu vida.

—¿Cómo sabes qué mis problemas se deben a las mujeres? —preguntó Hugo, sin alzar la cabeza y con una voz desprovista de emoción.

—Porque esa es la definición de «problema». Todo lo demás son pequeñas molestias, pero las hembras…, ellas son las verdaderas causantes de nuestro sufrimiento… y, por supuesto, de nuestro placer.

—¿Son como la ginebra? —preguntó ensimismado Hugo.

—Sí, solo que la mujer deja peor resaca.

Por primera vez en todo el día, Hugo sonrió.

—Imagino que tú estás casado, Rufus. ¿No tenías ya bastantes problemas con una mujer en tu vida?

La mención a su esposa no alteró los bigotes de Rufus.

—Mi esposa dejó de ser mi mujer hace ya tiempo. Vivimos juntos, compartimos el mismo lecho, pero ya no recuerdo ni su desnudez ni sus labios, ni siquiera una palabra de afecto. No vengo aquí por vicio, ni por depravación, sino por necesidad.

—¿Por qué no la dejas entonces? ¿Por qué continuar con la farsa del matrimonio?

—¿Pero tú te estás escuchando, chico? ¿Crees que a la sociedad le importa acaso nuestro sufrimiento, nuestros sentimientos o nuestros placeres? No, ni mucho menos. A la sociedad solo le importa el reflejo de nuestra alma. Las apariencias, chico, lo son todo en esta vida.

Hugo meditó largo rato sobre aquello que había dicho Rufus. ¿Era aquello cierto? Antes creía que no, pero ahora ya no sabía en qué creer. Su brújula había perdido el norte, no porque no funcionara, sino porque su sol había dejado de brillar.

4

—Tú… podrías ayudarme, ¿verdad? —preguntó Emma.

Emma se sentía sucia y asqueada. No había nada tan desagradable para ella como rebajarse ante Seymour.

—¿Por qué crees que yo puedo ayudarte? ¿Qué me importa a mí lo que le pase al zafio y vulgar de Belrose? —preguntó William con una afilada sonrisa.

—Tú… y su… su hermana… —balbuceó Emma sin saber qué decir.

—Sí, Jane Belrose me gusta, y la veo con frecuencia. Pero ¿qué importa eso?

—Tú puedes concertarme un encuentro con ella… Me gustaría hablar con alguien de su familia.

—¡Claro! ¿Pero qué gano yo con todo esto? Ya tengo a mi esposa de alto abolengo, tú. Y también tengo a mi sensual y ardiente amante, la que calentará mi cama más a menudo. ¿Qué me importan a mí tus dichosos problemas?

Emma se apoyó contra la fría pared de piedra de la universidad mientras veía cómo William se alejaba.

«¿Ya está? ¿Esto es todo lo que puedo hacer por amor? ¿Tan poco significa Hugo Belrose para mí?» pensó, resignada.

Un viento gélido le meció el cabello. Aquel frío le recordó lo que llevaba oculto bajo la ropa, lo que había cogido en la noche cuando su padre había salido y su madre estaba en su cúspide de alcohol y drogas: una exótica daga Khanjar que lord Remington tenía guardada. ¿Para qué la había cogido Emma? Ni ella misma lo sabía.

Cuando estaba pensando en cómo devolverla sin ser descubierta, vio a Hugo. Su amor imposible deambulaba al lado de su fiel e inseparable amigo John North. Emma cayó entonces en la cuenta de que no necesitaba hablar con un familiar de Hugo, solo tenía que preguntarle a John.

Lo pilló en el servicio de caballeros, mientras este se retocaba el cabello.

—Johnny, necesito tu ayuda.

—¡Emma! ¿Qué haces aquí? —preguntó alterado John.

—Johnny, ¿qué le pasa a Hugo? Seguro que tú lo sabes.

John agachó la cabeza, incómodo ante su propia mirada.

—No me cuenta mucho… Solo sé que tiene problemas en casa…

Emma bufó como un jabalí furioso.

—¿Sabes dónde vive Hugo?

John miró su propio reflejo en lugar de mirar a Emma.

—No, nunca he ido a su casa…

—Mientes.

John tragó saliva.

—Llévame a su casa, Johnny, esta noche.

John negó con la cabeza.

—No sé dónde vive, te digo la verdad.

—Necesito hablar con su hermana… o con su madre —imploró Emma.

—William podría ayudarte mejor que yo…

—No seas necio, Johnny. Él hará todo lo posible por no ayudarme. Te lo suplico, por favor…

John suspiró, terminó de lavarse las manos y salió del baño.

—Quedamos esta noche en Piccadilly Circus, a las diez. Ven sola. No te prometo nada, pero sé de un lugar en el que… es posible que nos topemos con algún familiar suyo…

—Gracias, Johnny. Sé lo mucho que te importa Hugo y me alegro de que tenga un buen amigo como tú a su lado.

—Por eso mismo lo hago, Emma. Sé que si no te ayudo harás alguna locura y si te pasara algo por no haberte ayudado… eso destrozaría a Hughie. No quiero verle sufrir, quiero que sea feliz…

John North se fue, sin decir nada. Aunque Emma no necesitó escuchar más, ya que entre enamorados no hacen falta palabras. Ella no era la única que sufría por un amor imposible.

5

Al principio, John no reconoció a Emma. La hermosa y elegante Remington se había vestido con un vestido marrón largo, simple y recatado que le tapaba todo el cuerpo y el color era tan apagado que hacía que Londres fuera luminoso en comparación. Llevaba unas botas negras de cuero y, en la cabeza, una oscura gorra cuáquera le ocultaba el cabello rojizo.

—¿De qué vas disfrazada? —preguntó John.

—Me gusta pasar desapercibida —murmuró Emma mirando hacia los lados.

—¿Es la primera vez que sales sola?

Emma dudó, luego agachó la cabeza y mintió como una bellaca.

—Yo… he salido con mis amigas alguna que otra vez.

John suspiró, no podía culparla, había que tener mucho valor para aventurarte hacia el interior de las venas del palpitante Londres, aunque fuera hacia un barrio del acomodado West End.

—No te separes de mí en ningún momento —dijo John con voz firme mientras sacaba una pipa.

—No sabía que fumaras.

John prendió la pipa, inhaló el humo y, después de toser de forma estrepitosa, gruñó como lo haría lord North en su butaca a la luz de las llamas.

—Yo tampoco lo sabía… Supongo que nadie lo sabe… hasta que un día empieza a fumar. —John agarró la mano de Emma—. En marcha.

Mientras la extraña pareja se dirigía hacia las iluminadas pero siniestras calles del Soho de Londres, John comenzó a pensar en un plan. No podía delatar a Hugo, jamás le haría algo así a su querido amigo, por lo que quedaba descartado comentar nada acerca del burdel y de la profesión de madame Belrose. John debía de inventarse alguna mentira sobre por qué Hugo visitaría un lugar como La Maison de l'Amour. Una mentira que no implicara destrozar la relación que tenían Hugo y Emma.

—No devuelvas las miradas a los hombres… —murmuró John al ver cómo oscuras figuras ataviadas con levitas negras desviaban sus cabezas y violaban con los ojos a Emma.

—No tengo miedo a esos hombres…, solo temo perder a Hugo.

«Ya somos dos, querida», pensó John con un suspiro.

—¿Hasta dónde tienes pensado llegar con él? Tengo entendido que estás prometida con William.

—Seymour no es problema, ya encontraré el modo de librarme de él… En cuanto a Hugo…

Emma no dijo nada más, tampoco fue necesario. John entendió bien que Emma estaba enamorada de verdad de Hugo, y no la odiaba, solo la envidiaba.

—Déjame hablar a mí. Con suerte quizá pueda encontrar a alguien que nos lleve hasta Jane Belrose o hasta la madre de Hugo… —explicó John una vez estuvieron cerca del burdel.

Emma no contestó.

John tenía que ser franco consigo mismo: iba a interferir en un pacto de matrimonio entre los Remington y los Seymour, además de intentar blanquear a la oscura familia Belrose para Emma; aunque, llegados a aquel punto, John no albergaba ninguna duda de que Emma aceptaría a Hugo aun sabiendo a lo que se dedicaba su familia.

Pero a John lo que verdaderamente le dolía era el hecho de perder a Hugo, aunque sabía que su anhelo era fútil en aquel mundo, que allí no había cabida para su amor.

John tenía una idea diferente de lo que era el amor y también tenía la certeza de que él sería una pieza fundamental en el rompecabezas apasionado entre Emma y Hugo. No podría poseer a Hugo como a él le gustaría, pero podría hacerle feliz, y ese era, al menos para John, el auténtico significado del amor verdadero.

—¿Qué buscáis aquí dentro? —gruñó un hombre alto ataviado con un oscuro sombrero.

John estaba tan ensimismado en sus pensamientos que no se había percatado de que sus piernas le habían conducido directamente al burdel de Belrose.

«¿Contraseña?», pensó John.

Sí, ahora lo recordaba. Hugo había gruñido algo de que él no necesitaba contraseña, que él era el hijo de Belrose. Pero también recordó que, hasta que Hugo no dijo la contraseña, no lo dejaron pasar.

—Picos pardos —contestó John en un perfecto español.

El portero asintió y les permitió el paso.

—¿Qué le has dicho? —susurró Emma al oído de John.

—Ni idea… pero alguien me dijo que debía decir eso —mintió John.

El lugar era tal y como John lo recordaba, aunque la imagen de lujuria y libertinaje le hizo acordarse de la noche que había ido con Hugo.

—¡Dios mío! —exclamó alterada Emma ante su primera visión de aquel lugar.

—No te asustes… Nadie te invitará a unirte a la fiesta si no quieres —le susurró John para tranquilizarla.

Emma se apretó fuerte contra John.

—No me digas que Jane trabaja aquí. ¿Por eso está así Hugo? ¿Su hermana es una… ramera?

John trató de pensar lo más rápido que pudo, pero al final lo más sencillo fue asentir.

—¡¿Y William lo sabe?! —preguntó Emma alzando las cejas.

John se encogió de hombros.

—Seguro que lo sabe… y seguro que le da igual —gruñó Emma—. ¿Ahora qué, Johnny?

John suspiró. ¿Estaría acaso la hermana de Hugo en el burdel? ¿Qué ocurriría si por mala fortuna acabaran topándose con Hugo? ¿Era aquel plan un absoluto desastre?

Sí, al menos para eso último tenía respuesta. John tenía un buen recuerdo de lady Belrose. Si daba con ella puede que aquel viaje no hubiera sido en balde.

¿Por qué había permitido John que las cosas se salieran tanto de quicio? ¿No hubiera sido mejor que él hubiera hecho de celestino y hubiera intentado convencer a Hugo para que le contara sus problemas, y luego contárselos John a Emma?

No, Hugo jamás haría eso.

¿Pero sacarían algo de aquella gesta? John lo dudaba.

—Deberíamos subir al piso de arriba… aunque no se me ocurre ninguna manera de sortear a los guardias de las escaleras —pensó John en voz alta.

—¿No te sabes más contraseñas?

—No, sé bajar al sótano, aunque no te lo recomiendo.

—Déjame a mí, ven y actúa como un hombre.

—¿Qué quieres decir? Soy un hombre.

—Ya sabes a lo que me refiero, bobo.

«Lo sabe», pensó John.

Emma avanzó hacia las escaleras, con paso firme y sin miramientos.

—¡Vamos, querido! ¡Busquemos algo más de intimidad! —exclamó Emma con una sonrisa en un tono bastante alto.

John fingió una sonrisa de lujuria y apretó contra él el cuerpo esbelto de Emma. Un hombre con una camisa abotonada y oscura les dedicó una mirada recelosa, pero se apartó y los dejó subir. John vio por el rabillo del ojo cómo el mismo hombre le susurraba algo a una chica que pasaba por allí.

«¿Tendrá algo que ver con nosotros? ¿O estará pidiendo algo para él?», pensó John.

—¿Ahora qué? —preguntó Emma.

Un largo pasillo repleto de puertas cerradas se abría ante ellos.

—No lo sé… —murmuró John—. Emma, creo que lo mejor es dejarlo y seguir a Hugo un día hasta su casa…

—¡No podemos dejarlo ahora! —clamó Emma.

—Lo sé, pero…

—¿Os habéis perdido? —preguntó una chica detrás de ellos.

John se giró para ver quién era: se trataba de la mujer que había hablado con el guardia de las escaleras.

—¡No, solo habíamos salido a tomar algo de aire! —mintió Emma cogiendo a John de la mano.

—¿Qué ocurre, Kate? —preguntó otra chica que acababa de salir de una de las habitaciones.

—¿Dónde está madre, Eli? —ordenó Kate—. Estos dos se han colado… y no me fío de ellos.

—Está con… alguien muy importante… No convendría molestarla ahora mismo —susurró Eli con una voz fría—. ¿Qué hacemos con ellos?

John miraba a ambos lados, buscando una manera de escapar de ellas.

—Yo que vosotros me portaría bien —amenazó Kate sacando una afilada daga de debajo de la ropa.

—No pasa nada —titubeó Emma—. Tranquila, ya nos íbamos…

—¡Claro que os vais a largar! —exclamó Eli—. Pero no hasta que lo ordene mistress Roux.

«Mistress Roux es la tía de Hugo», pensó John.

—De acuerdo, llevadnos con lady Roux. Iremos encantados —dijo John de improvisto.

Emma miró a John sin entender nada, pero este le guiñó un ojo, lo que pareció tranquilizar a Emma.

—Eli, condúcelos hasta la habitación contigua, esperaremos allí —ordenó Kate.

Eli asintió, sacó otra daga afilada, idéntica a la de Kate, y les guio con un movimiento del arma.

—Vamos…

John y Emma siguieron los pasos de Eli, flanqueados en la retaguardia por Kate. John sabía que su nuevo objetivo era recopilar información y sobrevivir, aunque ambas cosas dependerían de la relación que tuviera Hugo con su tía.

Eli le indicó con una señal a Kate la habitación donde debía de estar mistress Roux. Kate asintió y, acto seguido, les hizo entrar por una puerta que daba a una habitación contigua.

—Entrad y no abráis el pico —ordenó Kate tocando con la punta de la daga la espalda de John.

Un sudor frío cayó por la nuca de John hasta perderse por su rabadilla. Aquellas meretrices no se andaban con minucias: eran peligrosas de verdad.

John y Emma se sentaron en el sofá, cogidos de la mano. John notó que Emma escondía la otra mano bajo la ropa y, además, se dio cuenta de que no parecía estar asustada.

—… la joven se llama Lily y acaba de alcanzar la edad núbil —se oyó a través de las paredes.

—¿Madame Jeffries? —preguntó Kate en un leve susurro a su hermana Eli, a lo que esta asintió.

Kate alzó las cejas y suspiró.

—El cliente ha solicitado que su virginidad debe venir acreditada por un informe médico —añadió la que debía de ser la tía de Hugo.

—No hay problema, mistress Roux. Le aseguro que contamos con profesionales que le entregarán todo lo que necesite.

—Me importa una mierda que la muchacha sea virgen de verdad o no, madame Jeffries. Lo que realmente me importa es que nuestro cliente se lo crea. Ahora vayamos a lo importante, ¿cuánto me va a costar?

Hubo un silencio que inundó hasta la sala contigua.

—Cómo usted verá, yo no me dedico a ir a los barrios pobres a robar niñas pequeñas… por lo que tengo que pagar también a las personas que hacen ese trabajo sucio por mí…

—¿Cuánto?

—Veinte libras.

—Olvídelo, quédese a la niña y haga con ella lo que quiera. El cliente no me pagará más de diez libras.

—Pues que sean diez libras.

—¡Venga ya, Jeffries! ¿Entonces qué gano yo?

—Está bien… cinco libras. Pero si ocurre algo, si alguien denuncia… o si la niña se muere… no quiero que la mierda me salpique… ¿Ha quedado claro?

—Por supuesto, una vez que pase a ser de mi propiedad, yo quedaré a cargo con todos los problemas. Cinco libras entonces. Ahora mando a una de mis chicas a por el dinero.

—Un placer hacer negocios con usted.

Se oyó el rechinar de los sillones y, acto seguido, la puerta de la otra habitación se abrió y, como alma que lleva el diablo, Kate salió corriendo al pasillo.

—¡Oh, Katherine! Justo iba a llamarte. Haz el favor de acompañar a madame Jeffries a la salida. También quiero que le entregues un sobre con cinco libras. ¿Ha quedado claro?

—Sí, mistress Roux.

—Bien, ahora vete.

—Mistress Roux… Elizabeth está en la habitación y quiere hablar contigo de un pequeño asunto.

Mistress Roux no tardó en aparecer por la puerta. Aquella mujer, de vestimenta ostentosa y oscura, no se parecía en nada a la madre de Hugo Belrose. Roux tenía también una mirada fría, pero a la vez ardiente, candente de poder.

—Elizabeth, ¿quiénes son estos dos? —preguntó sin mirar a Elizabeth.

—Intrusos, no sabemos cómo han conseguido acceder —respondió al instante Elizabeth.

—Está claro que alguien les dio información… ¿Qué buscabais en nuestro local? ¿Quién os envía? —preguntó mistress Roux agarrando a Emma por la pechera.

—¡Madame Roux! —gritó John poniéndose en pie—. Somos amigos de su sobrino. No nos haga daño, por favor.

—¿Mi sobrino? —preguntó Roux alzando una ceja—. ¡Ah, claro! Te refieres a Hugo, ¿verdad?

John asintió con vehemencia.

—Elizabeth, ¿dónde está Jane? —preguntó Roux.

—Creo que estaba cuidando a Annie, si quieres puedo ir a…

—Sí, ve a llamarla.

Elizabeth salió de la sala y cerró la puerta.

—Este no es lugar para unos mocosos como vosotros —dijo con brío Roux lanzando a Emma de vuelta al sofá—. ¿De qué conocéis a Hugo? Esperad, por vuestras pintas creo que ya lo sé. Estudiáis juntos, ¿verdad? Claro que sí, mira lo mojigata que es la niñita esta… En su vida ha catado varón… y por no hablar del chico… —Roux alzó la barbilla de John y lo miró de arriba abajo—. Habría muchos generales que pagarían una buena suma por tus… servicios. Fuera de aquí se te colgaría por sodomía… pero bajo este techo podrías dar rienda suelta a tus fantasías más oscuras…

«¿Cómo era posible?», pensó John tiritando.

—Es familia de Hugo, ¿verdad? —dijo Emma con brío levantándose de improvisto—. ¿Entonces por qué diablos nos trata así? Somos amigos suyos… ¿Acaso está usted sorda?

Mistress Roux abofeteó a Emma con tanta fuerza que la volvió a sentar en el sofá.

—Vuelve a hablarme así y te arranco la piel a tiras.

—¿Sabe usted acaso quién soy yo? —gruñó Emma con la mejilla dolorida.

—Sí, una niñata malcriada y orgullosa de alguna familia de aristócratas que se creen mejores que los demás por haber salido de un coño de alta alcurnia…

—Mis padres son… —intervino Emma.

—¡Me importa una mierda quienes sean! ¡Aquí yo soy la maldita reina del Imperio británico! ¿Te queda claro? Y tengo asuntos muy importantes que atender… No tengo tiempo para estúpidos como

vosotros…, pero habéis venido aquí, enviados por Hugo… ¿Para qué? ¿Para atentar contra mí?

—¡Le repito que somos amigos de Hugo! ¡¿Por qué íbamos a atentar contra su propia familia?!

—¡Emma, basta! —terció John—. No hables más.

Roux le dedicó entonces una mirada suspicaz a John que hizo que las piernas le temblaran.

—Tú sabes más de lo que dices… ¿verdad? —Mistress Roux sonrió, luego se sentó en el sillón de enfrente y, con calma, se sacó una larga pipa; como si ella fuera la única persona de la sala, prendió el instrumento y comenzó a exhalar bocanadas de humo.

Nadie dijo nada hasta que la puerta volvió a abrirse y Jane Belrose entró.

—¡Jane! ¡Menos mal que apareces! —espetó Emma nada más verla—. ¡Dile a tu tía que no buscamos problemas! ¡Qué somos amigos de Hugo!

—Emma Remington y John North… —susurró Jane cerrando la puerta—. Estáis muy lejos de casa.

Roux dejó estallar una larga carcajada al escuchar los apellidos de los intrusos.

—Jane, solo hemos venido para hablar contigo… Pensábamos que algo le pasa a Hugo y pensábamos que… —Emma se estaba dando cuenta con cada palabra de que las cosas no eran como ella pensaba.

—Menos mal que eres guapa y rica, porque si no… —la interrumpió Jane con una risita.

Emma miró a John y entonces vio la mentira en los ojos de este.

—Hugo no quiere que sepa que su tía regenta un burdel… Es eso, ¿verdad? —dijo Emma mirando a todos los allí presentes—. ¿Tú lo sabías, Johnny? Podíamos habernos ahorrado todo el viaje…

—No, Emma. Lo que le ocurra a Hugo no tiene nada que ver con el hecho de que su familia regente este antro…

—El marica tiene razón, Emmy —dijo Jane cogiendo la pipa de Roux y dándole una calada—. Mi hermanito tiene problemas más notables a los que dedicarle su preciado tiempo…

—¿Cuáles? ¡Dímelos! —exigió Emma.

—¡Claro! ¿Por qué no? —Jane se sentó, con las piernas abiertas y la mirada fija en Emma—. ¿Recuerdas a ese prometido tuyo? ¿El galante señor Seymour? Pues me ha dejado preñada… y… bueno —Jane se reía—, yo no puedo hacerme cargo del bebé… por lo que se hará cargo de él mi querido e ilustrado hermanito. Lo casaremos con Annie, mi prima, que también está embarazada…, así diremos que tuvo mellizos. Él podrá darle un futuro, aunque sea el hijo de Seymour… pero no creo que a Hugo le importe, ¿verdad, Emmy?

—¡Serías una ramera, aunque no trabajaras aquí! —escupió Emma —. Tú estás loca, ¿verdad? ¡Maldita bastarda! ¿Cómo puedes hacerle eso a tu propio hermano?

Jane reía ante cada insulto de Emma.

—Jane, nos gustaría hablar con tu madre, por favor —rogó John con calma.

—Madre, quieren hablar contigo —dijo Jane mirando a mistress Roux.

Emma y John se miraron, sin saber cómo iban a salir vivos de allí.

—Perdonad nuestra intromisión en vuestro local —comenzó a parlotear John—. Solo estábamos preocupados por nuestro amigo… Ahora ya sabemos el motivo de su pesadumbre. No queremos causar molestias ni atentar contra vuestro negocio… Si nos dejáis ir, prometemos no decir nada a nadie sobre lo que se ha hablado aquí…

—Claro que no diréis nada —dijo Roux con voz fría—. Con un par de cartas podríamos destruir lo que tantas generaciones les ha costado a vuestras familias… Vuestros abolengos serían equivalentes a los de una ramera de Whitechapel.

—Pero una última cosa —continuó Jane—. Quiero que os olvidéis de Hugo, ambos. John, tú dejarás de ser su amigo, y tú, Emmy, no volverás a hablarle jamás. ¿Entendido?

John asintió, aunque Emma solo gruñó.

—Ahora fuera de aquí —ordenó Roux tajante.

John esperaba que entrara alguien y los arrastrara hasta un callejón inmundo de meados y, una vez allí, los arrojaran con una inusitada fuerza que les hiciera chocar con el adoquinado inmundo. Pero no ocurrió nada de aquello. Fue tan fácil como levantarse e irse por donde habían venido. Sin más.

Afuera había comenzado a llover. John no había traído paraguas y, al parecer, Emma tampoco. Fue entonces cuando una figura se les acercó, oculta bajo un paraguas rojo, aunque su paso y elegancia delataba su sexo. La extraña mujer les entregó su paraguas mientras se volteaba, sin decir nada, sin revelar un ápice de su rostro, ya que lo llevaba oculto con un oscuro velo azulado.

—¿Quién sería? —preguntó John mientras sujetaba el paraguas.

—Esa no es la pregunta —susurró Emma cogiendo una nota atada al mango del paraguas.

—¿Qué pone?

—Flower and Dean Street, medianoche, bufanda roja.

John y Emma se miraron, sin decir nada, sabiendo que iban a ir.

Te odio

1

—Tu hermana ha sido asesinada —comunicó Rose Fèvre, en mitad del sueño, a su hijo.

Hugo no sabía si aquello era real o seguía soñando. Su último recuerdo era el de estar plácidamente dormido, habitando el confortable mundo de Morfeo, alejado de la cruel y angustiosa realidad; aunque la pregunta era: ¿qué consecuencias tenía para su vida que Juana hubiera sido asesinada?

—¿Cómo has dicho? —preguntó Hugo, incorporándose.

—Juana fue apuñalada anoche, en una infame calle de Whitechapel.

Juana, su querida amiga, amante y falsa hermana. Juana, su enemiga, su desalmada e hipócrita compañera. Juana había muerto y, junto a ella, la mayoría de los problemas de Hugo.

—¿Me estás escuchando, hijo? —preguntó Rose sentándose a los pies de la cama.

—Sí… solo que… Todavía no sé cómo debo procesarlo —susurró Hugo con la mirada perdida—. ¿Se sabe quién la mató o el motivo por el que lo hizo?

Rose suspiró y posó su mano sobre la de Hugo.

—Hijo… ¿no deberías llorar a tu hermana?

—No veo que tú llores a tu hija…

Rose se levantó, dándole la espalda.

—Yo no tengo ninguna hija —respondió seca.

—Juana… Si he de llorar sería por Juana, no por Jane —pensó Hugo en voz alta—. Lloraría por la niña curiosa y de sonrisa brillante que me acompañó en el orfanato. Lloraría por la amiga que escapó conmigo de Salamanca, por la chica con la que hice el amor por primera vez, por la mujer que creía que amaba. Pero no derramaría ni una lágrima por Jane Belrose. No, a esa… la estrangularía con mis propias manos.

—Ni se te ocurra decir eso delante de tu tía —le advirtió Rose—. Magda está consternada y buscará venganza. No descansará hasta vengar a la que consideraba su hija más querida.

—Tú y Magda…

—No, no hay nada que hacer ya… Esa relación está tan muerta como Juana.

Hugo asintió.

—Todavía no has contestado a mi pregunta. —Hugo salió de la cama y comenzó a vestirse—. ¿Quién la mató? Fue William Seymour, ¿verdad?

—Tus primas y tu tía comparten esa misma teoría…, pero lamentablemente, a ojos de la ley…, William es el único testigo —explicó Rose.

Rose no quería mirar a su hijo. Hugo sabía que su madre ocultaba algo.

—Madre, dilo ya, sin rodeos. ¿A quién acusan de asesinato?

—William ha declarado ante la policía, dice que vio al asesino en plena faena. Además, fue él quien llamó a los guardias…

—¿A quién vio William, madre? —preguntó Hugo cada vez más nervioso.

«Emma no pudo ser. No sería capaz. Además, tampoco sabía de los problemas que teníamos Juana y yo. ¿Entonces por qué me

palpita el corazón como si se me fuese a salir del pecho?», pensó Hugo, agitado.

Rose suspiró y miró directamente a los ojos de su hijo.

—A John North, hijo —soltó Rose al final como si aquello fuera una carga para ella—. A tu querido amigo.

Lo primero que sintió Hugo fue alivio: no había sido Emma. Lo segundo fue un desconcierto que le dejó el entendimiento en un estado de estupefacción durante unos segundos.

No, no podía ser. No tenía ningún sentido que el bueno de Johnny matara a Juana. ¿Por qué? ¿Qué ganaba él con ello? ¿Acaso sabía John del chantaje de Juana? ¿Del complot de Juana y Seymour? No, ¿cómo iba él a saberlo?

—¡No tiene sentido! —gritó Hugo.

—Sí que lo tiene, hijo mío. Solo que tú eres algo torpe para esas cosas…

—¿A qué te refieres? —preguntó Hugo enfadado—. ¡Habla de una vez sin rodeos, madre! ¡No soy un niño pequeño!

—Conozco la sangre que corre por tus venas, sé cómo actúan los españoles cuando las cosas se complican: todo lo embadurnáis de violencia. Te hablo con calma porque no quiero que hagas ninguna estupidez.

Hugo golpeó con fuerza la pared de su habitación y los nudillos empezaron a sangrarle. Pues claro que iba a hacer una estupidez, cogería el revólver e iría directo a por William Seymour.

—¿Por qué iba a hacer John algo así? —gruñó entre dientes.

—Porque estaba enamorado de ti, hijo. Es tan sencillo como eso…

—¿Qué acabas de decir? —preguntó Hugo, estupefacto.

Rose le daba la espalda, miraba por la ventana como una bruja mira a través de una bola de cristal.

—Estabas tan absorto con Emma que te olvidaste de observar lo que ocurría a tu alrededor. John te amaba, más que Juana, incluso puede que más que Emma. Por eso mató a Juana, para que tú pudieras ser feliz. Pero eso es algo que solo sé yo, y no pienso compartirlo con Magda y las demás. Dejaré que se enfrasquen en una guerra con Seymour, así nosotros saldremos ganando.

Hugo no daba crédito a lo que decía su madre.

—¿Cómo que John estaba enamorado de mí? Pero ¡¿tú te estás escuchando?!

—¿Has visto la sodomía con tus propios ojos y todavía dudas de que un hombre pueda amar a otro?

—¡Una cosa es vicio y lujuria y otra muy distinta es el amor!

—Sabes de sobra que dices eso para no aceptar la realidad —dijo con voz calmada Rose—. Tú ya lo habías pensado, en el fondo de tu mente, en ese rincón donde guardas los pensamientos oscuros, ahí ya sabías lo que sentía John por ti. Pero eras incapaz de admitirlo, no solo a ojos de los demás, sino que te aterrorizaba hasta el hecho de decirlo en voz alta. ¿Qué hay de malo en eso? Tu amigo te quería, a su manera, pero te quería igual que tú lo querías a él.

—¡Yo lo quería como a un hermano!

—Querer es amar y no importa cómo amemos a las personas, importa demostrar ese sentimiento cada día. Y John ha demostrado lo que sentía por ti.

Hugo se llevó las manos a la cabeza y se puso a deambular por la habitación, nervioso y excitado, sin saber qué hacer.

—¿Qué ocurrirá con John? —preguntó mientras se vestía.

—Lo ejecutarán por asesinato… Además, William ha declarado que John es un sodomita, lo que también es un delito. Ni su apellido lo salvará esta vez.

—No… no podemos permitirlo. Aunque haya sido John… podemos culpar a Seymour.

Rose agarró a su hijo por los hombros y lo miró fijamente a los ojos.

—Te he dicho que te olvides de William, de eso se encargará Magda. No podemos meternos en más guerras. Además, piensa en tu futuro con Emma. Si tu tía y las chicas le dan un escarmiento a Seymour, tu querida Emma quedará despojada de todo compromiso y será libre.

Hugo se dio cuenta que tenía una oportunidad de oro: podía acabar con William y luego culpar a Magda por ello.

—¿Qué tienen pensado hacer esas putas?

—He oído decir que le van a cortar la polla…

Hugo asintió, a él le bastaba con darle un tiro por la espalda al infame de Seymour, no hacía falta llegar a tal extremo de crueldad.

—¿Tú estás de acuerdo con qué le hagan algo así?

—¿Yo? Si alguien te pusiera un pelo encima… lo destriparía —aseveró Rose con un brillo diabólico en los ojos.

Hugo tragó saliva, a veces olvidaba quién era su madre.

—Una última cosa… ¿Qué hacían William, Juana y John en Whitechapel en mitad de la noche? —preguntó Hugo alzando una ceja.

—William y Juana se veían allí, en un albergue cochambroso. El joven Seymour era lo bastante inteligente como para no pisar el burdel. John también es un chico muy sagaz y desde la frenética noche del Crystal Palace ha debido de sospechar que algo te perturbaba por culpa de William Seymour. Debió de seguirle para ver si descubría algo que te ayudase y sus pesquisas le llevaron a mancharse las manos de sangre.

Hugo cogió su levita negra, se colocó la boina, enfundó el revólver e hizo ademán de salir por la puerta.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó Rose.

—No lo sé… pero no puedo quedarme de brazos cruzados.

—¿Por qué no te vas a ver a Emma? Te dijo una vez dónde vivía, ¿verdad?

—¿Tú que vas a hacer?

—La asistenta me ha comentado que los Berkeley esperan abajo para darme el pésame, luego irán llegando más…

—Iré entonces a ver a Emma…

Por fin podía volver a hablar con Emma, explicarle todo y pedirle que se casara con él. Pero antes tenía que terminar de atar unos cabos sueltos.

—Cuando Magda pille a William podréis ser felices —añadió Rose —. Invéntate alguna mentira y Emma será tuya para siempre. Diles a sus padres que ella ya no es virgen, que, además, la has dejado preñada. No sé… improvisa algo.

—Sí, algo haré…, aunque es una lástima que para que yo sea feliz otras personas hayan tenido que caer en la desgracia.

—La felicidad de uno se gana gracias a la desgracia de los demás.

Hugo salió sin decir nada más. Tenía demasiadas cosas en las que pensar.

2

Los de Scotland Yard llevaban toda la mañana en casa de los Seymour. William estaba cansado y exhausto; había pasado la noche en vela y no le dejaban ni un hueco para ir a la letrina del patio de atrás a cagar.

—Hijo, tú no te preocupes…, no tienes la culpa —le había dicho su madre varias veces ya—. Hoy sigue siendo Nochebuena y vamos a cenar sin que esto nos afecte.

«Ni que a mí me afectara la muerte de la ramera de Belrose», pensó William.

Lord Henry Seymour y lady Ruth Seymour habían pasado la mañana atendiendo a diferentes amigos que habían decidido pasarse por allí para husmear y, de paso, enterarse de todo de primera mano.

Fue después de la comida, en una de aquellas visitas inesperadas, concretamente la del viudo Peter Berkeley y su hija Ada Berkeley, cuando ya no hacía falta que fuera el propio William quien contase la historia, ya que sus padres se la sabían mejor que él. Por lo que este se escaqueó por la puerta de atrás con el periódico del día bajo el brazo.

Un viento gélido golpeó a William. El viento, además, arrastraba los vapores mugrientos de Londres hasta el jardín trasero de los Seymour y, por si fuera poco, al feroz vendaval se le había sumado una molesta e incómoda nevada. El día no podía empeorar más.

William entró en la letrina y, por fin, pudo descansar de todo aquel ajetreo. Cogió su ejemplar del *Times* y leyó la portada.

«Horrible asesinato en Whitechapel: una joven, hija de la famosa diseñadora Rose Belrose, ha sido apuñalada en Flower and Dean Street por el heredero de los North.

»Anoche, como ya viene siendo costumbre, una mujer fue asesinada en los infectos, depravados y mugrientos barrios del East End de nuestra querida ciudad. El asesino en cuestión, para sorpresa de los aristócratas del West End, no es otro que el único vástago de Victor North: su hijo, John North.

»John North apuñaló a la joven por la espalda, clavándole una daga que le atravesó el corazón. Gracias a la intervención de William Seymour, que había seguido al joven heredero de los North, el asesino pudo ser detenido.

»William inmovilizó a John y dio la voz de alarma. Los agentes no tardaron en llegar a la escena del crimen, al igual que los curiosos habitantes de aquel infame lugar. Niños descalzos, mujeres desvalidas y rufianes borrachos rodearon el cadáver de Jane Belrose antes que los agentes llegaran.

»Numerosas pertenencias fueron sustraídas de su todavía cuerpo candente por parte de la muchedumbre, dejando a Jane semidesnuda y con la daga clavada. Aunque el arma en un principio fue llevada junto el cuerpo de la joven, Scotland Yard ha denunciado su desaparición. Muchos testigos afirman que era una daga exótica y de un valor incalculable.

»William Seymour, además de su encomiable labor, ha declarado que seguía a John North porque sospechaba que este era un sodomita que se aprovechaba de su posición pagando a pobres madres para así poder abusar de sus jóvenes e inocentes hijos que, anclados a la pobreza extrema de sus madres, nada podían objetar.

John North ha sido llevado a la prisión de Newgate, a la espera de su juicio en Old Bailey».

William terminó de leer el artículo cuando oyó que alguien se acercaba por el jardín. Nervioso, se tapó sus pequeñas partes con la hoja del periódico, pero la figura, en lugar de llamar o abrir la puerta, se agachó e introdujo una carta por debajo del hueco de la madera. Luego, igual que había venido, se fue.

William tiró de la cadena de su flamante inodoro, instalado por los Seymour después del brote de cólera, y recogió la carta. Era, para su sorpresa, de Hugo Belrose.

Después de leer la carta varias veces, ya que no daba crédito a su contenido, William se puso a temblar. Hugo Belrose apelaba al honor de los Seymour y retaba a William a un duelo con pistola, sin más testigos que ellos dos. El enfrentamiento tendría lugar al anochecer, en un campo baldío de Finsbury.

Lo más sensato sería comunicar tal fechoría a las autoridades, pero entonces los Seymour serían el hazmerreír de cualquier acto de sociedad. William conocía y, además, había escuchado en innumerables ocasiones cientos de anécdotas sobre duelos famosos entre miembros de las grandes familias londinenses. Es más, muchos de sus antepasados se habían batido en duelo por motivos relacionados con el honor. Ningún Seymour había perdido jamás un duelo.

También estaba la opción de hacer como que no había recibido la carta y no asistir, pero era probable que Hugo contara a los cuatro vientos que lo había retado y que este se había acobardado.

No, William debía acudir, tenía que zanjar el conflicto sin premura. Además, con Jane Belrose fuera de juego, Hugo podía convertirse en un serio problema para su futura relación con Emma Remington.

Sí, William todavía tenía un as en la manga, podía revelar lo qué sabía a la familia real, pero hasta él sabía que la realeza no se andaba con minucias y no les costaría nada contratar a alguien para que matara a todo aquel que supiera de dicha información, William incluido.

No, revelar lo que sabía debía ser la última de las opciones, era mejor usarlo como farol. Por ello debía acabar con Hugo; tenía que meterle un tiro entre ceja y ceja. Luego podría usar la información para chantajear a la puta de Belrose.

William asintió, respiró hondo y se dirigió hacia el armario donde su padre guardaba las armas. Solía estar cerrado con llave, pero su padre estaba sumamente ocupado, por lo que no se daría cuenta de que le habían sustraído la llave y una de sus pistolas favoritas: la Purdey de cañón doble.

Barnizada, con los cañones de plata pulidos y con la «S» de la familia grabada en el lomo, aquella pistola era toda una belleza. William cogió dos cartuchos, guardó la pistola en una pequeña funda, arrojó la carta al fuego de la chimenea y salió de la casa por el jardín trasero.

3

—¿Quién es, madre? —preguntó Emma desde el salón.

—¡He dicho que te largues de esta casa! —gritaba Evelyn Remington desde la puerta entreabierta de la mansión de los Remington.

Emma se dirigió a Martha, la criada, que era la que había abierto la puerta previamente.

—¿Quién llamó a la puerta, Martha? —susurró Emma.

—Un joven de piel tostada. Llevaba una levita oscura y una boina gris. Viste como un noble, pero sus ojos son los de un salvaje —contestó Martha en voz baja.

«Hugo Belrose», pensó Emma al instante.

—¡Madre, es un amigo de la universidad! —exclamó Emma corriendo hacia la puerta.

—¡Sé bien quién es ese rufián! —bufó Evelyn cerrando la puerta de un portazo—. ¡Hugo Belrose! —Evelyn lanzó un escupitajo a su propio suelo mientras que, con un ágil movimiento de su muñeca, le indicaba a la criada que lo limpiase con premura.

Como el aleteo de una mariposa, la idea fugaz de ver a Hugo había desaparecido de súbito del pensamiento de Emma.

—Es un compañero mío, además es mi amigo.

—¡Es una alimaña! Tú eres demasiado pazguata e ingenua para saber a qué se dedica esa asquerosa familia francesa. Además, recuerda que su hermana fue asesinada anoche por el sodomita de los North. ¿Sabes a qué ha venido?

—Sí, por mí…

—¡Ha venido a traernos problemas!

Emma se fue corriendo a su habitación, olvidándose de su madre. Allí abrió las ventanas de par en par y salió al balcón en busca de su amado. Lo vio deambulando cabizbajo por el camino empedrado de la mansión. Emma no se lo pensó dos veces. Humedeció sus dedos introduciéndolos en su boca y emitió un silbido.

Hugo giró la cabeza, como un perro ante su dueña. Una sonrisa iluminó el rostro de Emma cuando sus miradas se encontraron. Hugo no parecía entender qué pretendía Emma con aquel silbido, así que esta le indicó por señas que subiera por el balcón. Hugo alzó la mano hacia el cielo y luego sacó su reloj de bolsillo. Emma lo entendió, le dedicó una sonrisa y se metió de nuevo en su habitación: esa noche no cerraría la ventana.

Nunca un día había sido tan largo para Emma Remington.

Intentó leer, pero no podía concentrarse en su novela. Intentó pensar en otra cosa, distraer su mente de pensamientos perversos, pero tampoco fue capaz. El corazón le palpitaba con tanta fuerza que la orquesta de su libido ahuyentaba la razón de su cerebro. Abajo, otra ceremonia musical había dado comienzo, la de Evelyn Remington con sus criados.

«Bien, así no estará en condiciones de escuchar lo que sucede aquí arriba», pensó Emma tirada en la cama.

¿Qué iba a suceder allí arriba?

¿Por qué se había cambiado la ropa interior?

¿Por qué estaba poniéndose su vestido favorito?

¿Por qué estaba peinándose como si fuera a asistir a un baile donde ella era la princesa?

¿Por qué había abierto el cajón secreto en el que guardaba su madre los elixires?

¿Por qué se estaba bebiendo uno que era de color ámbar oscuro? La respuesta era sencilla.

4

Hugo había llegado pronto. Al fin y al cabo, no tenía nada que hacer hasta que cayera la noche. Volvió a sacar su reloj de bolsillo y suspiró. Todavía quedaba un largo rato hasta la hora acordada.

El viento era feroz aquella tarde de Nochebuena y la nieve había comenzado a caer con más ímpetu. Hugo odiaba la Navidad con toda su alma y suponía que aquel rencor le venía de sus tiempos en el orfanato.

La Navidad era, según las monjas, una fiesta católica. Hugo recordaba con hastío la somnolienta Misa del Gallo de Nochebuena y cómo las monjas y los curas pecaban tanto de gula que hasta el mismísimo Satanás habría tenido que agachar la cabeza y aceptar su derrota como adalid de los pecadores.

Los huérfanos, como perros desvalidos, miraban bajo las mesas altas con los ojos acuosos y la esperanza de que cayera algo para ellos. Luego estaban los regalos de Navidad, Hugo solía recibir siempre lo mismo: carbón.

El rugido de unos disparos cercanos alertó a Hugo. Según tenía entendido, aquellos campos se usaban para prácticas militares, pero siendo Nochebuena era de esperar que estuvieran vacíos.

«Así no desentonará cuando dispare al idiota de Seymour», pensó Hugo.

Metió la mano en un bolsillo de la levita y sacó su bote de rapé, lo abrió y, después de observarlo largo rato, decidió que aquel día era especial. Echó mano de otro de sus bolsillos y sacó un frasco de

color ámbar oscuro que, a diferencia del primero, no tenía tabaco, sino que contenía láudano, sustraído del burdel.

Por orden de su madre, Hugo tenía prohibido probarlo, pero por esa misma razón una noche había robado un par de frascos y lo había probado. Pensó que aquello era un elixir usado por sus clientes para aumentar el fervor sexual en las noches de jarana: se equivocaba. En realidad, le relajaba, permitiéndole ver el tiempo a otro ritmo, más pausado. Sentía mayor control sobre sí mismo y le hacía olvidar lo que era el dolor.

No tenía pensado morir en aquel terreno baldío, pero nunca se sabía y, si había de morir, mejor no sufrir en el proceso. Hugo abrió el frasco y lo vertió por el gaznate; amargaba y picaba. Había gente que lo vomitaba, pero Hugo estaba acostumbrado a beber aguardiente como el que bebe leche para desayunar.

Sacó el revólver del Tigre, y revisó que todo estuviera en orden; nunca lo había disparado. No importaba, ni que aquello fuese a ser un duelo justo y honorable.

5

«Sin testigos».

William no paraba de repetirse aquella frase. Al no haber testigos tampoco habría gloria para él, por lo que lo mejor sería, sin duda alguna, hacer trampas.

«Le diré que vamos a dar cinco pasos, pero al segundo me voltearé y le volaré los sesos», pensó William mientras se acercaba al lugar indicado.

Las botas le resbalaban en el congelado camino. La nieve se había intensificado, la visibilidad era cada vez peor y el frío helaba los huesos. El camino serpenteaba entre fantasmas que asomaban por el nebuloso terreno desprovisto de árboles. Pájaros de plomo repicaban en el ambiente alertando de que alguien iba a morir pronto.

William echó mano a su sombrero para que no se volara. Apretó el arma contra sí y siguió avanzando hasta una oscura figura que se divisaba un poco más adelante. La figura no era otra que la de Hugo Belrose.

—Pensé que no te atreverías a venir —fue lo primero que dijo Hugo nada más verle.

—Un Seymour siempre acepta un duelo y nunca lo pierde —manifestó William con la cabeza alta.

—Tú eres el experto entonces, así que dime, ¿cómo lo hacemos?

William se frotaba las manos en sus pensamientos.

—Nos colocamos en aquella posición, de espaldas el uno al otro, luego damos cinco pasos hacia delante, nos volteamos y… que Dios decida.

—Nunca le he caído bien a Dios —comentó Hugo mirando el lugar acordado.

William decidió ignorar las sandeces de Hugo.

—¿Por qué me has retado? —preguntó William mientras se acercaban al lugar.

—La pregunta sería ¿por qué no hacerlo? ¿No crees? —contestó Hugo sin mirarle—. La partida solo acaba cuando muere el rey; los demás, de una manera u otra, solo son peones.

—No me sorprende que te creas rey —se mofó William con una sonrisa.

—No he dicho que yo sea el rey, soy el peón que se convirtió en caballero y asaltó el castillo para así salvar a la reina de su malvado rey. Soy más peligroso que el rey, pues me muevo como un alfil, salto como un caballo y embisto como una torre. Pero, lo más peligroso de todo, es que, en el fondo de mi ser, seguiré siendo un peón.

—Sí, por primera vez estamos de acuerdo en algo —mencionó William colocándose de espalda contra Hugo.

—Aunque… ¿sabes cuál es la meta del peón? —preguntó Hugo sacando su arma.

—¿Morir por su rey? —contestó William sacando la suya.

—No, al revés, avanzar… avanzar hasta convertirse en otra cosa, pero no lo hace por su soberano. No, él no quiere proteger el trono, sino matar al rival…, convertirse en lo único que le está prohibido…, convertirse en rey.

—Listos… ¡ya! —vociferó William, cansado de tanta cháchara.

Ambos dieron un paso.

«Ahora, al siguiente, ¡pum!», pensó William con el corazón palpitante.

—¡Uno! —gritó William.

¡Pum!

Hugo Belrose, con la pistola humeante y todavía apuntando a William, se alzaba sobre el cuerpo inerte de Seymour que había caído a plomo al suelo por un certero impacto en la parte trasera del cráneo.

6

Emma solo sabía lo que su mente le decía, ya que el corazón funcionaba de distinto modo; este llevaba una velocidad diferente a la del pensamiento. No procesaba los datos, los vivía. No meditaba sobre las consecuencias, sino que disfrutaba de los placeres. No avisaba a la mente, ya que sabía que lo estropearía todo con preguntas y dudas. Para amar había que apagar la mente; para dudar, el corazón.

La luna había comenzado a expulsar al sol de aquella habitación y la oscuridad empezaba a florecer alrededor de Emma. Ella sabía de dónde salía tanta negrura, aquel olor a culpa y a peligro que emanaba de cada brizna de egoísmo que corría por las venas de alguien enamorado. No había luz suficiente para extinguir semejante oscuridad y ninguna lámpara de aceite podría eclipsarla. Solo el haz perverso y lujurioso de la luna podía penetrar en aquella estancia; ella era la única digna de observar los acontecimientos que iban a tener lugar esa noche.

La sangre siempre ha de verterse bajo la luna, nunca bajo el sol. La tabla de sacrificio era mullida, el cuerpo de la anfitriona estaba tan caliente como la llama del candil, el fuego estaba protegido por un cristal y la pasión ardiente de Emma hacía temblar al viento que, inconsciente, se atrevía a invadir la habitación. El viento rugía como respuesta, debía huir de allí, pues solo una persona podía perpetrar aquella gesta.

Emma deambulaba con agitación, como el retumbar de los truenos sobre las nubes que anuncian que, en algún momento de la noche, caería un relámpago: un destello de luz y calor tan potente como efímero, pero que permanecía en el brillo de los ojos hasta que estos perdieran su luz con la vejez y, aunque habría muchas tormentas en la vida de un enamorado, ninguna sería igual a la primera; ninguna podría igualarse al primer trueno, al primer retumbar bajo las nubes, al primer relámpago incidiendo en el cielo abierto al descargar la primera lluvia, a la majestuosa calma que llegaría cuando todo hubiera pasado. Pero esta tormenta no sería tan hermosa si no hubiera habido antes una cruel batalla entre las fuerzas de la naturaleza. ¿Acaso hay mayor fuerza que la pasión entrelazada entre dos personas que se aman? No, no hay nada más poderoso.

Un haz de luz osó internarse por el balcón, aunque no había sido arrojado por la luna ni tampoco provenía de ningún fuego: se trataba de la oscura luminosidad que emanaba de la figura de Hugo Belrose.

—Emma… —musitó nada más entrar.

Emma se adelantó y, con su tembloroso dedo índice, le volvió mudo por una noche.

Tenía tantas cosas que decirle y tantas cosas que no decirle. Había tanto que hacer y tan poco tiempo hasta la salida del sol: había que decidir y esta vez no fue el corazón quien lo hizo, tampoco la razón. No, esta vez le tocaba a la diosa interna que cada mujer oculta entre las piernas; aquella que fluía bajo las faldas del monte de Venus. Aquel músculo era el encargado de someter a los demás. Nadie podía rebelarse bajo su influjo, nadie podía replicarle nada. Sus labios dictaban la ley, y estos no pararían hasta que alguien los

besara, que acallase el rugido de sus ruegos; no cesarían hasta que alguien los derribara con su ariete.

Y el caballero acababa de llegar. Todavía no había desenvainado su espada española, pero los hombres sabían que el arma había de llevarse siempre afilada, por si acechaba algún peligro imprevisto. No había traído caballo, pero aquello no significaba que no fuera a cabalgar.

Hugo volvió a intentar abrir los labios, pero esta vez Emma se los selló con un beso. Fue efímero, como una estrella fugaz en el horizonte. Aunque dicha estrella fue la vanguardia del ejército que, con su gallardía y osadía, rompió las filas y la defensa de aquel que observaba sin participar, a la espera de qué rumbo tomaría la batalla.

Emma se había cansado de mirar, quería participar, quería ser la protagonista. Ella era la reina, no necesitaba esperar a que el rey moviera; él era lento y siempre pensaba demasiado su siguiente movimiento. Ella podía desplazarse con la rapidez de un alfil y con la fuerza de una torre. Ella dominaba el tablero, ella marcaba la diferencia, ella coloreaba un mundo en blanco y negro.

Sus labios danzaron como sombras paganas alrededor de una hoguera. No hicieron falta cánticos en lenguas extrañas para atraer a la lluvia, pues el amor la llamó en su propio idioma, y ella acudió e inundó el volcán, mezclándose con el ardiente fragor de aquella fragua dadora de vida que era la mujer.

La boina saltó por los aires, como la tapa de una cazuela en ebullición. La levita se enredó entre los zarzales que protegían el jugoso fruto de Emma. La camisa fue desabotonada poco a poco, como las leyes de los hombres. Los zapatos dejaron de soportar el peso del desamor y los pantalones cedieron a la presión y levantaron armas.

Emma empujó al caballero, ya que él estaba atado a las normas medievales, y mientras este se tumbaba en la cama, las diosas inundaron la estancia para asistir a Emma.

Freya le desanudó el vestido.

Afrodita robó dos estrellas del cielo y las engarzó en el pecho de Emma, dejándolas al descubierto para que inundaran la sala con su luz.

Venus desalojó su monte. La hierba había crecido allí, con un tono cobrizo, digno de una diosa. Venus lo rozó con sus dedos, y con un beso, lo bendijo.

Emma estaba lista.

Hugo respiraba agitado sobre la cama.

Emma se lanzó hacia su presa, con suavidad, pero con firmeza. Hacia aquel minotauro que habría hecho palidecer a las más bellas y hermosas mujeres. Pero en aquel momento ella era una deidad y no iba a dejarse intimidar por una bestia, sino que iba a beber de ella, iba a succionarle toda su esencia vital, a debilitarla hasta hacerla suya.

La luna iluminó la espalda desnuda de la hembra que, con firmeza, apretaba las muñecas del macho contra el colchón de plumas; este se revolvía e intentaba ocupar su lugar, él debía ser el que llevara las riendas de aquella gesta, él tenía más experiencia, las normas de los hombres dictaban que él había de tomar a la hembra. Y no al revés. Pero allí imperaba la ley de la madre naturaleza, aquella a la que los hombres llevan siglos intentando domar con sus inútiles cadenas.

Se podría construir una presa, pero nunca detener por completo el curso de un río. Se podrían erigir muros para resguardarse del viento, pero ninguno soportaría la fuerza de un huracán. Se podría vallar la tierra, pero esta tiene sus propios límites y sería la que

decidiese cuándo separarse o unirse. Se podría prender el fuego, pero jamás dominarlo.

Emma ardía como un volcán, se movía como un huracán, empapaba todo como un maremoto y hacía temblar la cama como un terremoto. Hugo solo podía disfrutar, sentir el placer que aquella bestia salvaje le procuraba. Solo podía apretar los dientes, apretar las muñecas; nada más podía hacer, salvo sentir el traqueteo perpetuo de las embestidas de la cintura de Emma.

La lujuria de Isthar se había apoderado de Emma. Ya no era una mujer, sino que se había convertido en una harpía que rasgaba el pecho de su presa, clavándole sus uñas afiladas para pagar sangre con sangre.

Emma había sentido dolor, placer, más dolor, más placer, destellos de éxtasis, erupciones en su monte, sangre mezclada con el ámbar de los dioses discurría por las sendas de sus muslos cual serpiente húmeda. Ahora era ella la que temblaba, poseída por un estado de delirio superior a los sueños, más fuerte que el amor, por encima de todo lo material del mundo.

Agotada, exhausta y feliz, Emma se tumbó sobre su centauro. Él fue a hablar, pero ella volvió a besarlo: las palabras arruinarían aquel momento. Sabía que la presencia de Hugo traería problemas, muchos problemas. ¿Pero acaso importaban? ¿Acaso el sol iba a dejar de emerger por el horizonte? ¿Iba la luna a ocultarse para dejar la noche a oscuras? No, los astros salen sin avisar, sin miedo a las consecuencias. ¿Acaso no era ella una diosa? ¿Acaso no era su amante una bestia? ¿Qué podían temer ellos dos? Nada. No había nada capaz de asustar a dos enamorados, a dos personas que acaban de entrelazar sus almas de forma corpórea. Las leyes, la sociedad, las normas, todo eso eran minucias ante los ojos de la pasión.

«¡Qué le jodan al mundo!», pensó Emma mientras colocaba su brazo sobre el pecho desnudo de Hugo. Acto seguido, cerró los ojos. Solo el propio Apolo tenía permiso para interrumpir aquel momento.

7

Hugo despertó de su magnífico sueño. Había pasado largo tiempo en el reino de Morfeo y este le había mostrado su deseo más ansiado: ver desnuda a Emma Remington. Hugo había sido bendecido con los hermosos atributos femeninos de una mujer que, incluso, le había hecho dudar de su ateísmo.

El joven estiró sus brazos mientras que, con un largo bostezo, le daba los buenos días al mundo; pero cuando sus manos se toparon con una cálida carne, se dio cuenta de que todavía seguía soñando. A su lado yacía Emma, desnuda, con sus senos perfectos al aire; ahora entendía por qué había tanta claridad en la habitación: eran los pechos de la hermosa joven los que iluminaban la estancia; brillantes y como dos soles, aquellas estrellas alumbraron también la sonrisa de Hugo.

Como un perro que acabara de salir del río, Hugo zarandeó la cabeza: no funcionó. Emma seguía allí, igual de hermosa. Hugo se volvió a tumbar, acurrucándose junto a su compañera mientras con sus manos bordeaba las perfectas figuras geométricas. Eran reales, todo era real.

Morfeo no le había regalado un sueño, lo había hecho realidad.

Hugo comprendió entonces que acababa de perder la virginidad. Sí, había yacido cientos de veces con Juana, o al menos eso era lo que él creía.

Qué equivocado había estado todo este tiempo.

Con Juana solo había copulado. Había sentido el placer que emanaba del acto sexual entre un macho y una hembra y, como dos perros, ambos se habían dejado llevar por sus instintos en más de una ocasión. Pero a ojos de Hugo, él había sido virgen hasta aquella noche.

Al despertar, la gente suele recordar la última parte del sueño o su final, pero nunca el comienzo. Nadie recordaba cómo había llegado a aquel estado ni qué senda había tenido que recorrer para terminar así de bien o así de mal. El principio no interesaba, el viaje no tenía sentido, ya que en el mundo de los sueños lo más valioso era una única cosa: alcanzarlos. No importaba si había hecho falta matar a los compañeros en la escalada o si había que haberse comido su carne para sobrevivir al frío. No, lo único que le importaba al ser humano era alcanzar la cima.

Hugo estaba en la cúspide, y no solo la había alcanzado, sino que, además, había descubierto que preferiría morir a volver al punto de partida. No volvería al mundo de allí abajo, no volvería a vivir sin Emma Remington.

Los hombres tenían la costumbre de decir cualquier cosa para engatusar a una mujer con el fin de acostarse con ella y, en algunos momentos, sentían un deseo tan fuerte que serían capaces de matar por un beso de los labios de la propia Afrodita. Cuando la mujer terminaba accediendo, ellos se dejaban llevar por la lujuria y el deseo irrefrenable de que su vida ya había sido completada; podrían morir allí mismo, en aquel instante, y sería una gran forma de dejar el mundo. Pero cuando habían derramado su semilla, cuando Dionisio había abandonado sus cuerpos y los había dejado de nuevo en aquel mundo frío y material, entonces ellos perdían todo amor, todo deseo, y volvían a pensar de nuevo en ellos mismos. Todo lo que habían hecho por la mujer que tenían enfrente se volvía

estúpido y vergonzoso. Luego se marchaban, y el ciclo se repetía una y otra vez.

Nadie le habría echado en cara a Hugo que se hubiera vestido y se hubiera largado sin decir nada. Es más, al antiguo Hugo no le habría extrañado que una voz en su cabeza le susurrase que el objetivo ya había sido cumplido, pero Emma, con sus embestidas, había matado a aquella voz; cualquier duda sobre su futuro con una mujer de alta alcurnia había sido abrasada por los muslos de Emma. Por eso, Hugo no podía creer que su mayor deseo en aquel momento fuese estar acurrucado junto a ella, esperar a que esta despertara y volver a besarla.

Hugo quería verla cada día de su vida, cada noche, cada momento de su existencia quería compartirlo con ella. Él también había sido desterrado, como Romeo, pero no de Verona, sino del mundo de los tristes, de los amargados, de los infelices. Ahora el amor guiaba su corazón, ya no se regía por la razón.

¿Qué harían los Capuleto cuando lo vieran allí metido? ¿Cómo reaccionarían los Remington? A Hugo le daba igual. No le importaba que la madre de Emma entrara por la puerta o que el padre desenfundase una espada y le amenazara allí mismo. Hugo ya solo temía una única cosa: perder a Emma.

Hugo se acercó al rostro de Emma con calma y, con excelso cuidado, le dio un beso en la mejilla. Con la mano derecha bajó levemente las sábanas que le cubrían el vientre y allí posó su mano. Su meñique rozaba la hilada cobriza del pubis de Emma y, con su palma allí apoyada, Hugo hizo algo que jamás pensó que volviera a hacer en su vida: rezar.

No rezó a Dios, ni a Jesucristo. No, no quería la ayuda de ningún dios pusilánime, y menos la de su hijo llorica. Rezó a entes más poderosos. Le imploró a Cloto que cogiera un rizo cobrizo del vello

de Emma y que con él tejiera una nueva vida. Le suplicó a Láquesis que midiera un poco más que el de Hugo. Y, por último, le pidió a Átropos que, si tenía que torturar a alguien en el lecho de muerte, fuese a él.

Unos golpes en la puerta de la habitación alteraron a Hugo y sacaron a Emma de su plácido sueño.

—Señorita Emma, ya es hora de despertarse. El desayuno la espera —anunció la criada.

Emma abrió los ojos y sus miradas se cruzaron.

Hugo le dio los buenos días con una sonrisa y Emma contestó de igual manera.

—Me visto y bajo, gracias, Martha —contestó Emma sin apartar la mirada de Hugo.

—¿Necesita que la ayude a vestirse, señorita?

—No, gracias, Martha. Descansa un rato.

—Gracias, es usted muy amable, señorita Emma.

Hugo oyó cómo los pasos de Martha se iban diluyendo a medida que se alejaba de la habitación.

—Una parte de mí temía que hubieras escapado por la ventana… —susurró Emma.

—Una parte de mí temía que lo de anoche solo hubiera sido un sueño…

Emma dejó escapar una pequeña risotada.

Hugo grabó a fuego aquella imagen: aquel hermoso rostro de mejillas rosadas y resplandeciente sonrisa.

—Te quiero —dijo sin pensárselo.

—Veo que también sabes decirlo en inglés…

Hugo abrió los ojos de par en par. Acto seguido, desvió la mirada, sonrojado.

—Te odio —susurró Emma.

—¿Tan mal estuve anoche?

—¿Qué hombre me querrá ahora? Desflorada sin haber pasado antes por el altar. Pobre William Seymour… Ya no podrá casarse conmigo… con la ilusión que me hacía. —Emma era incapaz de no reírse con sus palabras—. Ahora tendré que pedirle a mi padre que te dé la bendición para casarte conmigo… Me has arruinado la vida, Hugo Belrose.

«Sí, pobre William», pensó Hugo.

Emma se mordía el labio mientras miraba de forma inquisitiva a Hugo.

—Lo siento… ¿Hay algo que pueda hacer para compensar todo el dolor que te he causado? —preguntó Hugo devolviéndole la sonrisa.

Emma fingió pensar.

—Sí, sé un buen marido y no me engañes con ninguna furcia. Hazme el amor cada noche. Bésame como un caballero en público mientras que en privado bebes de mis labios como si fuera agua en el desierto. Jamás me hagas daño. Trátame con respeto. Dame hijos. Aléjate de la bebida y las drogas, pues tu único vicio debo ser yo.

Hugo no pudo contener una carcajada.

—¿Nada más? Me parece poco… ya que por ti daría mi vida.

Emma se inclinó hacia él y lo besó con dulzura.

—A cambio, jamás volverás a sentir frío, jamás volverás a ver un día nublado —añadió Emma.

—Sabes que vivimos en Londres, ¿verdad?

Emma le mordió el labio.

—¡Levanta de una vez, niña! —gritó una mujer entrando por la puerta—. Tu padre quiere hablar contigo inmediatamente. ¡Ay! No sabes lo que le ocurrió ayer al pobre William…

La expresión de la madre de Emma habría sido imposible de inmortalizar en una estatua. Primero vino la estupefacción, causada por la desnudez de su hija junto a un desconocido, también desnudo. Luego, el cerebro de la madre pareció darse cuenta de que no era un sueño y reaccionó pasando por un estado de ira y enajenación desorbitados. De aquel ánimo provinieron los gritos que alertaron a toda la casa; también fue ahí cuando comenzó a lanzarle a Hugo su ropa, abofeteó a Emma y pegó sendos puntapiés a la cama, a la cómoda y a todo aquello que estuviera a su alcance. La ira dio paso al llanto, como suele ocurrir, y la madre de Emma cayó de rodillas, con el rostro anegado en lágrimas; gritaba, desconsolada, como si hubiera muerto su hija.

Hugo sabía que debía salir de allí raudo. Miró a Emma y esta asintió, como si le hubiera leído el pensamiento. Hugo se vistió con presteza, como un amante al oír las pisadas del marido. Luego, saltó como un verdadero rufián por el balcón. La caída fue dolorosa, pero el césped mullido del jardín de los Remington ayudó a amortiguar el golpe.

Agarrándose la boina, el tostado joven corrió como una liebre perseguida por un galgo. No se detuvo a mirar hacia atrás en ningún momento. Tampoco pidió disculpas cada vez que chocaba con algún transeúnte. Derribó más de un puesto del mercado, tumbó a más de un zagal, hizo volar más de un sombrero, pero, al final, Hugo llegó a su casa sano y salvo. Con el corazón en un puño, jadeando, y más vivo que nunca, Hugo llamó a la puerta de la habitación de su madre. Rose abrió y permitió entrar a su hijo sin hacer preguntas.

—Recupera el aliento, hijo —dijo Rose—. Tengo noticias para ti, al igual que tú debes tenerlas para mí.

Rose se sentó en su elegante diván, mientras sacaba su pipa y fumaba con calma.

—Se… trata… de Emma —jadeó Hugo.

—Sí, eso estaba claro. Has pasado la noche fuera, por lo que imagino que has avanzado en tu relación con la señorita Remington. Pero, antes de nada, debes saber que tu tía ha tomado cartas en el asunto del asesinato de Juana. Además, el juicio de John North se ha adelantado, se celebrará hoy en Old Bailey. Será una farsa, ni se te ocurra asistir.

—Madre… yo…

Hugo quería decir muchas cosas a la vez, pero las palabras no le salían.

—Sí, imagino que le habrás hecho el amor a la hermosa hija de los Remington; esperemos que también la hayas dejado preñada, sería un punto a tu favor. —Rose exhaló una gran bocanada de humo—. También querrás saber si Magda ha matado a William. Sí, ayer alguien le pegó un tiro en la cabeza. Supongo que ha sido Magda o alguna de sus pupilas… mis antiguas niñas. —Madame Belrose miró de reojo a su hijo, suspiró y se encogió de hombros—. En cuanto a tu querido amigo… no hay nada que hacer. Hay fuerzas más poderosas en juego. Será ejecutado mañana a primera hora frente a la Puerta de los Deudores en Newgate. Si quieres ir a verlo a la prisión tiene que ser esta misma noche, mientras espera la horca. Una vez suba al cadalso, ya no podrás despedirte de él…

Hugo intentó procesar toda aquella información a la vez.

El asesinato de William había sido un éxito, estaba claro que madame Belrose sabía más de lo que decía. El achacar la fechoría a Magda era un doble juego para, en caso de que la policía preguntase o si alguien escuchaba algo, la culpa recayera sobre Magda o sus pupilas. Luego estaba el caso de su amigo. John North sería colgado por un crimen que, a ojos de Hugo, no tenía sentido que hubiera

cometido; aunque sabía que madame Belrose no opinaba igual que Hugo sobre aquel asunto.

¿Se atrevería Hugo a ir a ver a su amigo? ¿A preguntarle si de verdad había matado a Juana? ¿Le preguntaría…? «No, no puedo preguntarle si me ama», pensó Hugo meneando la cabeza. Sabía que de aquella pregunta no podría salir nada bueno. Si la respuesta era que no, entonces la muerte de Juana no tendría sentido. ¿Por qué la había matado? Y si no había sido él… ¿quién había sido? ¿Seymour? ¿Con qué fin? Si la respuesta era que sí… entonces todo cobraría sentido. Y la amistad que Hugo creía tener con John se convertiría en algo… distinto a sus ojos. Él no amaba a John de esa manera, pero estaba en deuda con él. Hugo tenía sangre española y si había algo que odiaba era el deshonor y la cobardía. Su mejor amigo iba a morir en la horca por él. Le debía unas últimas palabras mirándole a los ojos. John North nunca moriría para Hugo y se sentía en la obligación de luchar por preservar su recuerdo.

En cuanto al tema de Emma, solo quedaba una solución.

—Madre… quiero que vayamos esta misma tarde a casa de los Remington… Quiero pedirle matrimonio a Emma… y quiero… necesito… tu ayuda.

Rose alzó las cejas y escrutó con su mirada astuta el rostro de su hijo.

—Haré lo que haga falta para que consigas casarte con esa mujer. Te lo prometo, hijo.

Hugo se tumbó en el diván con la boina cubriéndole el rostro.

—¿Qué ocurrirá con el burdel? ¿De qué viviremos? Perderás tu posición…

Rose siguió fumando sin inmutarse.

—El burdel se lo dejaré a tu tía a cambio de que nos deje en paz. Ambas tenemos demasiada información con la que hacernos daño.

Nosotros no volveremos a pisarlo. He acumulado mucho dinero durante este tiempo que, junto con la información secreta que poseo de media aristocracia londinense, usaré para catapultar mi empresa textil. Montaré también unos grandes almacenes de lujo donde mis prendas se venderán a las grandes damas.

—Necesitarás mucho más dinero para eso, madre.

Rose asintió con un gruñido.

—Cuento con que el amor que profesa el señor Pierce por mis muslos sea más que suficiente para eso. Si su plan sale bien… nos bañaremos en oro, hijo.

—Sí, y seguro que también tienes un plan para deshacerte de él…

—Sabes de sobra que sí…, pero lo importante es… que tengo todo planeado. Además, los Remington son muy ricos…, contaremos con su apoyo económico también.

—Tienes mucha fe en que lord Remington acepte mi proposición.

Rose comenzó a reír de una forma estrepitosa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hugo sin entender nada.

—Date un baño, luego un coche nos llevará a la mansión de los Remington.

Rose seguía riendo, pero Hugo seguía sin entender nada.

8

La mejilla derecha le ardía a Emma tanto como sus muslos, la bofetada de su madre había sido certera y poderosa. Aunque más le dolía a Emma su otra mejilla, aquella que mencionaba la biblia, la cual había sido abofeteada por el reverso de la mano de su querido padre.

Lord Remington había rugido como un león cuando se había enterado de lo sucedido. Era la primera vez que había golpeado a su hija en toda su vida, la primera vez que dañaba el rostro de aquella que nació de su semilla.

Emma poseía recuerdos de su infancia en los que veía cómo Edward Remington le propinaba el mismo tipo de bofetadas cruzadas a Evelyn Remington.

¿Qué dolía más? ¿La bofetada? ¿O saber que provenía de tu propio padre? El dolor del rostro menguaría, la sangre se secaría y la herida cicatrizaría. Pero ¿sanaría el rencor hacia aquel que alzó la mano? Emma estaba cansada de ser una Remington. Harta de los caprichos de sus padres. Hastiada de tanta parafernalia, de tanto aparentar, de tanta hipocresía.

Habían llamado a la puerta inferior de su ser y, con ella, los labios divinos habían sido abiertos. Con la primera menarquia, la mujer sufría un severo cambio, pasaba de niña a doncella. Se convertía en una pulcra e inocente virgen que debía obedecer en todo y ser sumisa ante los mandatos de los hombres. Pero todo aquello cambiaba una vez que Lilith penetraba en su alma. La sangre

demoníaca fluía por los muslos, impregnada de palabras sumisas y, en su cráter, ahora yacía un fluido divino, cargado de poder. La doncella no pasaba a mujer, sino a diosa. Alzada sobre un pedestal, no aguantaba más idioteces mundanas. Los labios de Venus abrían las puertas al placer mientras que los de Minerva lo hacían para la guerra.

Emma se puso en pie, agotada de escuchar vulgares insultos hacia su persona.

—¡Aquí la única ramera eres tú, madre! —señaló Emma mientras apuntaba con su dedo incisivo a Evelyn.

—¡¿Cómo te atreves?! Serás desgraciada…

—¡Pídele perdón a tu madre o juro por Dios que te mato aquí mismo! —clamó su padre.

—¡Serás hipócrita! —bramó Emma mirando a su padre—. ¿Cuándo te ha importado a ti ella? Antes la golpeabas cada noche… Ahora mancillas su honor con tus aventuras nocturnas…

El golpe llegó de improvisto y, esta vez, no fue con la mano abierta.

Emma despertó al rato; estaba tumbada en la cama y tenía un paño frío en la mejilla. Martha estaba sentada a su lado, leyendo un libro.

—¿Qué ha ocurrido, Martha? —preguntó Emma mientras se tocaba la mejilla hinchada.

—¡Ay, querida! —exclamó Martha cerrando el libro y golpeando la mano de Emma para que esta no se tocara la herida—. Su señor padre perdió el control… Los criados tuvieron que sujetarlo para que parara de darle golpes…

Emma iba a decir algo, pero, al incorporarse, se dio cuenta de que sentía un gran dolor por todo el cuerpo.

—¿Qué más ocurrió? —preguntó entre quejidos.

—La golpeó en el rostro… y cuando cayó usted al suelo… siguió… le dio varias patadas en el costado y en la espalda… Su madre no intervino…

Emma asintió, no esperaba menos de sus padres.

—¿Qué harán conmigo, Martha? Me van a matar un día de estos… Me mandarán fuera… Me mandarán a un convento… Tú seguro que has escuchado algún caso parecido al mío, ¿verdad?

Martha asintió con frenesí.

—La mayoría de los jóvenes se desfloran antes del casamiento… pero los padres suelen arreglarlo casándolos entre ellos o con algún otro de baja alcurnia que no sea tan exquisito con ese tema… pero usted los ha ridiculizado. Si William Seymour siguiera vivo, entonces no habría problema. Pero ahora usted es una carga para sus padres… No la van a matar, le harán algo mucho peor…

Emma no sabía qué podía ser peor, para ella lo único peor que la muerte era perder a Hugo: eso le helaba la sangre. Si William estuviera vivo sí sería un problema, pero, por suerte, el destino estaba de su lado. No sabía los detalles exactos de la muerte de Seymour, pero tampoco le importaba.

«No pueden hacerme nada si me suicido antes», pensó, mirando por el balcón.

Martha siguió con la mirada a Emma, luego se levantó y oteó las vistas que la ventana del balcón le ofrecían.

—La caída no la mataría, señorita. Si de verdad quisiera acabar con su vida… le recomiendo veneno… es más rápido y… efectivo.

—¿Dónde voy a conseguir yo veneno, Martha?

—¿Acaso hay algo que no se pueda conseguir en los muelles de Londres, señorita? —respondió Martha sin girarse.

—Tú…

—Sin dudarlo. Estoy para servirla a usted. Yo la amamanté cuando nació. Yo la he cuidado desde el momento en que su diabólica madre la dio a luz… Yo la quiero como a una hija. Por eso, haría lo que usted me pidiera. Al igual que hice la otra noche… cuando ocurrió aquello…

—Gracias, Martha.

Martha hizo el amago de girarse, pero entonces vio algo por la ventana que atrajo su interés.

—¿Qué ocurre, Martha? —preguntó Emma levantándose a duras penas.

—Parece que Dios ha venido a salvarla, señorita.

—Ese no sirve a Dios, sino al diablo —mencionó Emma mientras sonreía al ver a Hugo bajarse del coche junto con la que debía de ser su madre.

—Ayúdame a vestirme y a maquillarme, no puedo permitir que me vean así —dijo Emma mientras se desnudaba con premura.

Martha no respondió, simplemente hizo lo que su ahijada le había pedido.

9

Hugo tenía la sensación de que aquello no iba a llegar a buen puerto: era una tarea imposible que los Remington dieran el visto bueno a su matrimonio con Emma, ni aun sabiendo que ambos habían yacido y que era probable que Emma pudiera estar embarazada. Nada de eso importaba, ya que en aquellas esferas lo único relevante era el apellido. El apellido Belrose era famoso y ahí radicaba su problema: era conocido entre la aristocracia londinense por el negocio secreto que los Belrose escondían bajo las telas y las *boutiques.*

Rose Belrose llamó a la puerta sin perder un ápice de su elegancia. La puerta se abrió al momento y un criado de piel tostada les dedicó una agradable sonrisa.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó con una ligera inclinación.

—Dile al señor de la casa que Rose Belrose y su hijo quieren charlar con él y con su esposa —ordenó Rose con la barbilla altiva.

El criado asintió y volvió a internarse en aquella mansión lujosa en la que Hugo pretendía penetrar como si de un conquistador se tratase. El monstruo que tenía como enemigo era un aristócrata podrido de dinero e inflado de poder, mientras que él había traído como arma secreta a su madre. Casi le daba pena el monstruo.

La puerta se volvió a abrir y esta vez apareció Evelyn Remington.

—Largo de mi casa —escupió mirando de arriba abajo a Rose.

—Encantada de conocerla, lady Remington —dijo con una voz fría Rose—. Me encantaría poder entrar a tomar el té y charlar con su

señor esposo.

—¡Fuera o llamo a la policía! —exclamó Evelyn.

Hugo ya estaba perdiendo los nervios mientras que su madre mantenía la misma sonrisa y el mismo tono que al principio.

—Buena idea, Evie —dijo Rose sin desviar la mirada—. Llámela. A la policía le encantará saber que el comercio de esclavos sigue más que activo en su familia…

El rostro de Evelyn palideció.

—No sé de qué habla usted…

—Su marido tiene la lengua muy suelta… sobre todo cuando bebe…

—No se atreva…

Madame Belrose le dedicó una sonrisa a Evelyn Remington. Ambas miradas se encontraron y, en ellas, parecía ocultarse un lenguaje secreto al mundo de los hombres. Un idioma reservado a las mujeres. Por lo que Hugo no llegó a entender cómo Evelyn Remington asintió y les permitió la entrada, sin decir nada más, sin dar ninguna explicación.

Otro criado, igual de tostado que el primero, los llevó hasta unos divanes en los que les hicieron esperar mientras les servían té. Hugo miraba hacia todos lados, buscando a su querida Emma, pero solo consiguió ver una ostentosa y pomposa casa decorada de forma tan estrafalaria como lo estaba la parte subterránea de su antiguo lupanar.

De forma inconsciente, Hugo metió la mano bajo su levita hasta tocar el metálico y frío revólver que ocultaba. No sabía por qué lo había llevado consigo a aquella reunión, pero se sentía más seguro sabiendo que lo tenía a mano y que, además, sabía usarlo.

—No estés tan nervioso, hijo —murmuró Rose mientras le daba pequeños sorbos a su té.

Hugo había sido incapaz de probar el suyo, no porque creyera que estuviera envenenado, sino porque odiaba el té.

—No veo a Emma por ningún lado…

—Es normal, estará maquillándose los golpes…

—¿Qué golpes? —preguntó Hugo en un tono más alto de lo que pretendía.

—Te estás volviendo tonto de tanto estudiar, hijo… Antes eras más avispado. —Rose volvió a sorber su té, haciendo ruido, como a ella le gustaba—. ¿Dónde están tus queridos suegros?

—Ni idea…

—¿Por qué no vas a buscarlos?

Hugo sabía que no era una pregunta, sino una orden.

—No conozco la casa, madre.

—Tampoco la conocías anoche, y bien que entraste por la puerta grande —apuntó Rose alzando una de sus inquisitivas cejas—. Además, en un futuro la vas a heredar…

Hugo respondió con un gran suspiro. Su bravura había quedado en la habitación de arriba, junto a Emma. Ahora era manso como un buey. Por lo que se levantó y, sin saber bien por dónde ir, se dirigió por el primer pasillo que vio.

No había rincón en aquel lugar que escapara al boato de la aristocracia londinense: numerosas y enormes pinturas adornaban las paredes. Hugo no conocía los artistas, pero sabía que debían de tener un inconmensurable valor: dioses griegos, hermosos cuerpos desnudos, escenas religiosas, bellos paisajes, variopintas escenas con personajes trajeados y elegantes… También había tapices egipcios, vasijas y jarrones orientales y armas de distintas procedencias.

Hugo deambuló por la enorme casa hasta que, atraído como un ciervo por el murmullo de un riachuelo, oyó unas voces que le

sirvieron de brújula.

—¡Te he dicho que no puedo, Evie! —gruñía un hombre.

—No lo entiendo, Ned —chillaba entre dientes una mujer—. Ese rufián ha mancillado a tu hija y ha puesto en evidencia a nuestra familia. Va a traernos la deshonra. Seremos el hazmerreír de todo Londres… y vas tú y decides no intervenir…

—Si voy ahí te juro que lo mato… No seré capaz de contenerme…

—Bah, mentiras y más mentiras. Me estoy cansando de tus calumnias. Esa mujer te conoce… Sabe cosas nuestras que, de hacerse públicas, serían mucho peores que casar a Emma con el chico…

—Ahora eres tú la que mientes… Sé de buena tinta que tú lo que temes es que te separen de tus negruzcos amantes…

—¿Acaso piensas que soy idiota? Sé bien lo que haces por las noches, Ned… Sé a dónde vas…

Hugo puede que estuviera perdiendo facultades, pero no tantas como para no saber que se trataba de los padres de Emma. Todavía no había conocido a lord Remington, así que no se le ocurrió mejor idea que interrumpir la conversación y presentarse como era debido. Pero, al abrir la puerta, sus miradas se encontraron y todo cambió.

En aquel instante, Hugo se olvidó por completo de Evelyn Remington. Fijó toda su atención en lord Remington. Ahora entendía la risa de Rose, ahora entendía muchas cosas.

—Rufus… —musitó Hugo mirando al padre de Emma, el mismo con el que tantos momentos había compartido, aquel que había dejado preñada a su prima Mary y de la que estaba locamente enamorado.

Hugo ya no era un pirata intentando abordar el barco, ahora tenía el timón en sus manos y el antiguo capitán se encontraba maniatado

en la bodega, con las ratas. Y ese no era otro que Rufus o, mejor dicho, Edward Remington.

10

Emma le había pedido a Martha que le permitiera bajar sola. Ella había accedido sin dudarlo, aunque Emma sabía que sus padres le debían haber dado instrucciones explícitas a Martha para que, de ningún modo, Emma bajara a reunirse con los Belrose.

La señorita Remington bajaba los escalones de dos en dos, ansiosa por llegar al piso de abajo y descubrir qué estaba ocurriendo. Su nerviosismo no era en balde, ya que en el piso inferior se debía de estar discutiendo sobre su porvenir, aunque no llegó muy lejos, ya que se topó en mitad del descenso con la madre de Hugo.

—Buenas tardes, lady Belrose… Es un placer conocerla… ¡Feliz Navidad…! —exclamó Emma con una leve reverencia.

«Pero ¿qué hago?», se preguntó la joven, sonrojada y avergonzada.

—Sí… Feliz Navidad… El placer es mutuo, señorita Remington…

Las palabras de aquella mujer provocaron que la fría temperatura de la calle penetrara en la casa.

—Yo… eh… Hugo… No deberíamos… ¿A dónde iba? —balbuceó Emma.

—La buscaba a usted. Me gustaría que tuviéramos una pequeña charla… a solas. ¿Le parece bien?

«No es una pregunta, sino una orden», pensó Emma al fijarse en los limonados ojos de aquella mujer.

—Claro, no hay ningún problema. ¿Bajamos? —sugirió Emma señalando hacia abajo.

—No, mejor subimos —contestó lady Belrose sin dudar.

Emma no tuvo otra opción que volver a subir, indicándole a la que esperaba que fuera su futura suegra que la siguiera.

—Conque aquí fue dónde perdiste la virginidad a manos de mi chiquillo —mencionó Belrose ojeando la habitación de Emma.

Emma no pudo evitar sonrojarse con aquel comentario.

—Tranquila, querida. Hugo no me ha contado nada, pero fue anoche, y aquí todavía huele a… amor.

—Señora Belrose…

—Llámame Rose.

Emma asintió.

—Rose… ¿qué desea exactamente de mí?

Rose soltó una pequeña risita que, lejos de tranquilizar a Emma, la hizo preocuparse. Luego fue husmeando cada rincón de la habitación, como si buscara algo en concreto.

—La pregunta que deberías hacerte, querida —murmuró mientras abría el cajón de la ropa interior de Emma—, es… ¿qué me puedes ofrecer a cambio de mi silencio?

Emma frunció el ceño.

—¿Perdone? No la entiendo, Rose.

—El juego de niña tonta solo funciona con los hombres, querida. —Rose cerró el cajón y siguió hurgando en diferentes lugares.

—No me estoy haciendo la tonta, es que no entiendo qué busca ni qué me quiere decir.

— Lo que busco… ya lo he encontrado, antes, cuando me dejaron a solas en el salón de tu mansión. Eres lista y hermosa, perspicaz y talentosa, ardiente en el amor, pero fría en la venganza. Me

recuerdas un poco a mí… por eso tengo sentimientos contrapuestos con tu enlace con mi hijo.

—Amo a su hijo más que a mi propia vida.

—Te creo —aseveró Rose.

—¿Entonces cuál es su problema conmigo? —gruñó Emma aumentando su irritación.

—Es muy sencillo, querida —dijo Rose con un suspiro—. Londres es un monstruo capaz de engullir al más hábil de los héroes que intentan conquistarlo cada día. Mi familia lleva aquí poco tiempo y hemos hecho lo posible para sobrevivir. Ya conociste a mi hermana hace poco…

Emma asintió, recordando el encuentro con la temible mistress Roux.

—Me dedico al negocio textil para la alta sociedad y, aunque tengo varios entramados a la vez, necesitaré del apoyo y seguridad económica de los Remington. No puedes separarte de tu familia, no puedes renegar de quién eres. Al igual que Hugo no puede enfriar su sangre española. Debes domar a tus padres, por vuestro bien… y el de vuestros descendientes.

Rose le dedicó una curiosa mirada al vientre de Emma.

«Es cierto que Hugo derramó su semilla en mi interior anoche…», pensó Emma dubitativa. Aunque la idea de tener un vástago de Hugo no la asustaba, al contrario, le entusiasmaba.

—Creo que empiezo a entenderla, pero se equivoca conmigo. No tengo pensado dejar a Hugo en la estacada.

—Oh, claro que tú no. Pero… ¿puedes decir lo mismo de tus padres?

Emma se mordió la lengua, sabía que no podía.

—¿Cómo sabe siquiera que van a aceptar el casamiento?

—Les amenacé con algo que tu madre teme desde hace tiempo, eso nos dará tiempo. Pero el que me preocupa es tu padre. Ya sabrás a qué dedica sus salidas nocturnas… pero lo que no sabes es que ha dejado preñada a su amada prostituta…, que, además, resulta ser mi sobrina.

Emma se tapó la boca con la palma de la mano.

«¿Cómo era posible? ¿Tan idiota era su padre para haber dejado embarazada a una ramera?», pensó, furiosa.

—¿Está usted segura?

—Completamente. Hugo puede corroborarlo, él y tu padre son… buenos amigos.

—¿Cómo dice? —preguntó Emma, sorprendida.

—Ya te lo contará mi hijo, a su debido tiempo. Lo que nos apremia ahora es actuar antes de que el idiota de tu padre os abandone y se lleve toda tu merecida herencia. Te aseguro, señorita Remington, que la malvada de mi hermana no parará hasta conseguirlo.

—¡¿Que mi padre nos va a abandonar?!

—Os va a dejar con una mano delante y otra detrás… Todo lo que ves irá para el hijo de Mary. Sí, así se llama la querida fulana de Edward Remington, una joven que tiene menos edad que su propia hija.

Emma tuvo que sentarse en la cama, no podía creerse todo lo que le estaba contando aquella mujer.

—¿Mi madre lo sabe?

—Tu madre sabe lo que necesita saber, pero no todo lo que debería saber.

—Necesito pensar…

—No hay tiempo para eso. Hoy mismo debemos formalizar el compromiso entre vosotros dos; os casaremos este mismo mes, y al poco tiempo… tus padres tendrán que… sufrir un accidente.

Emma abrió los ojos de par en par.

—¡¿Cómo ha dicho?!

—¡Oh, por favor! No me vengas con remilgos ahora, señorita Remington. Sí, has escuchado bien. Estamos hablando de asesinar a tus padres. Matar a tu madre será fácil, sé de buena tinta que tiene un problema con las drogas. Tú le darás una dosis letal. Con tu padre será más complicado: debe hacerse antes de que vuelva a ir al burdel de mi hermana, déjalo en mis manos.

Emma se levantó, furiosa. Se acercó a lady Belrose y le gritó a la cara.

—¡¿Cómo se atreve a planear algo así?! ¡¿Cómo osa siquiera hablar sobre un asunto tan malévolo con tanta calma y sangre fría?! Es usted una desalmada, cruel y pérfida bruja…

—Y me lo dice la que apuñaló a sangre fría a mi hija en las callejuelas de Whitechapel…

Las palabras atravesaron la coraza que Emma había erigido alrededor de aquel recuerdo; la rompieron en mil pedazos, esparciéndolos por cada poro de su piel, provocando que un escalofrío recorriera cada fibra de su ser.

Para Emma aquel acontecimiento no había ocurrido, sino que solo existía en sus sueños, en aquellas pesadillas recurrentes que enfrentaban las personas que han arrebatado la vida de otras.

Su conciencia era capaz de olvidarse de aquel suceso de una forma oscura y peligrosa, de una que hasta la propia Emma se había asustado.

Sí, ella había asesinado a Jane Belrose en Whitechapel. La había apuñalado por la espalda con la daga que le había sustraído a lord Remington. John North la estaba distrayendo y Jane no lo vio venir. William apareció de pronto, pero Emma ya se había ocultado entre las sombras; por lo que William solo vio a John sosteniendo el

cuerpo sin vida de Jane: no hicieron falta más pruebas para incriminar a John. Emma había mirado a John desde su escondite y había visto en sus ojos la palabra «huye»; y eso fue lo que hizo.

¿Sentía Emma pena por John?

Sí, pero eso no le impedía mentir: tenía mucho por lo que vivir.

—Eso es…

—No me mientas —espetó Rose agarrándola por los hombros—. Fui yo la que te dio la dirección de dónde estaría mi hija… Fui yo quien retrasó lo suficiente al idiota de William para que llegara más tarde… Fue mi mente la que preparó el plan y fue tu mano la que lo ejecutó. Somos cómplices, querida. Además, abajo, en la pequeña colección de dagas que ostenta tu padre, falta una, solo una. La misma que ensartó a Jane.

—Usted… ¿permitió el asesinato de su propia hija? —preguntó Emma, consternada.

—¿Matarías tú a tus propios padres por amor? —respondió Rose alzando una ceja.

—Yo…

—Permití que muriera por el amor que siento por Hugo. Ella le estaba haciendo la vida imposible y, además, se había aliado con mi hermana. Ya mataste una vez por amor, ¿qué te impide hacerlo de nuevo?

Emma agachó la cabeza. Rose tenía razón, nada le impedía volver a hacerlo. Nunca había sentido amor por sus padres, solo odio y resentimiento.

—¿Le va… a contar a Hugo lo que ocurrió entre Jane y yo? —preguntó entre titubeos Emma.

—No, todo lo que hablamos aquí quedará entre nosotras. Emma, quiero que te quede claro que yo soy la que manda en esta familia… pero que no te subestimo. Sé que por tus venas corre la sangre de

una luchadora y, por tu actitud y tus acciones, sé que la mejor herencia para mi hijo es dejarlo en tus manos. —Rose se inclinó y abrazó a Emma, para su sorpresa—. Me hace muy feliz vuestra unión, querida. Pero debemos trabajar juntas.

Emma asintió.

—¿Cómo sabía lo de la daga? —preguntó de improvisto.

Rose sonrió, se desabotonó el abrigo y hurgó en uno de sus bolsillos internos. Al instante, sacó una daga ensangrentada, la misma que Emma había usado para apuñalar a Jane.

—Te recuerdo, querida, que tú mataste a mi hija. La policía me fue a buscar de inmediato y yo pude llegar a la escena del crimen mucho antes que mi hermana. Tengo buenos contactos entre la policía, por lo que pude quedarme con la daga sin levantar sospechas.

—Madame Roux era solo un señuelo, ¿verdad? Era usted la que dirigía toda la red de prostitución y burdeles de Londres… y que ahora quiere abandonar.

Rose sonrió y, esta vez, fue una sonrisa sincera.

—Sí, ya basta de secretos entre nosotras. Pero es cierto que he dejado atrás ese mundo, ahora mi hermana tendrá que luchar contra madame Cole y madame Brown por el reinado de la perversión y la lujuria de Londres… Es una mala pécora, por lo que acabará prosperando. Pero eso ya no me atañe, ahora tengo otros asuntos que atender.

Rose abrió la puerta de la habitación y le indicó a Emma que bajara. La señorita Remington aceptó de buen grado, sabiendo que pronto se convertiría en Emma Belrose. Algo que le hacía inmensamente feliz.

11

La campana de la catedral de San Pablo volvió a repicar. Cada paso hacia el cadalso iba acompañado de otro toque.

Doce campanadas.

Doce pasos.

Doce apóstoles.

¿Acaso le estaba mandando Dios algún mensaje?

¿Era John North una aberración contra natura a los ojos del todopoderoso?

John no lo creía. Había leído las Sagradas Escrituras y discrepaba de la interpretación que la Iglesia había hecho de ellas en la sociedad.

¿Iría John al Infierno?

La inmensa multitud que se arremolinaba en la Puerta de los Deudores para ver su ejecución no debía albergar ninguna duda de que así sería. John North era, para todos ellos y sus cortas mentes, un asesino; pero ese no era su mayor pecado. Matar es algo que, dependiendo de por qué se haga o quién lo haga, puede convertirse en el acto más heroico y honorable de un ser humano o en el más nefando y deleznable.

No, John North no estaba siendo juzgado por los ojos de los londinenses por ser un vil asesino, sino por ser un sodomita y, según la Iglesia, iban directos al Infierno.

Pero ¿acaso estaba la Iglesia por encima de Cristo? ¿Tal era su soberbia que se creía superior al hijo de Dios? Sí, sin ninguna duda.

Si la Parusía coincidiese con el instante en el que el verdugo ajustaba la soga al cuello de John North, ¿quién iría al cielo y quién al infierno?

Cristo no vino para castigar a aquellos que se sacrificaban por amor.

¿Qué delito había cometido entonces John a ojos del Mesías? ¿Amar a un hombre? ¿Amar a un amigo? ¿Cuándo había sido el amor un pecado a ojos de aquel que se sacrificó por nosotros?

Cristo murió en la cruz, se ofreció por amor, para perdonar nuestros pecados y luego subió al empíreo. ¿No merecía lo mismo John?

En unos instantes conocería su destino y la respuesta a su pregunta.

John no quería cerrar los ojos antes de morir, ya lo haría el verdugo al recoger su cadáver, cuando la soga le hubiese arrancado el alma. Antes tenía una última cosa que hacer. Nunca había querido ser el protagonista de nada, ni siquiera de su propia vida. Por eso buscó con la mirada al hombre que se había convertido en el protagonista de su corazón.

Lo esperó en su celda por la noche, pero nadie apareció: era lógico. Además, si hubiera aparecido, ¿de qué habrían hablado? ¿Le habría confesado John la verdad sobre sus sentimientos? No, eso jamás. Si algo bueno tenía la muerte era que cristalizaba las mentiras y las convertía en leyendas; los secretos, en cambio, se esfumaban junto al alma del plano terrenal. John tenía poco tiempo, necesitaba verlo antes de partir. Un cruce de miradas, con eso le bastaba, pero ¿y si no estaba allí? John había pasado la noche en vela, leyendo el periódico. Se enteró de que William Seymour había sido asesinado, no decían nada de ningún sospechoso, pero John temía quién debía de ser el culpable.

«¿Puede que le haya pasado algo también a él? ¿Y si me está esperando en el cielo? No, en todo caso estaría en el infierno, y con gusto», pensó John.

El verdugo se dirigió hacia la palanca que abriría las puertas del cielo para John.

Entonces divisó la inconfundible boina de su conquistador español, pero este no estaba solo. Una hermosa dama estaba con él, agarrada a su brazo. Ambos sonreían e irradiaban felicidad y amor; aunque las lágrimas les bañaban sus rostros agridulces.

John cruzó su mirada primero con la dama. Ella le debía tanto que jamás podría compensar su deuda; pero los favores que se hacen por amor son altruistas y no se pagan ni con dinero ni con otro favor, sino con honores y condecoraciones. Sí, ella le pondría a su vástago un nombre en su honor. Ese será su homenaje. Así cada vez que lo nombrara le recordaría a su amigo, al héroe que se sacrificó para que ella viviese la vida que tanto anhelaba. John le sonrió: «Sé feliz y cuida de él», le dijo en un lenguaje secreto. Ella asintió, entendiendo todo.

Acto seguido, cruzó la que sería su última mirada en vida y, ¿con quién mejor que con su amor prohibido?

Allí estaba él, su amigo, su compañero, su amor. Él había acudido y, quizá, fuese consciente de los sentimientos que John profesaba por él. Sí, algo en su mirada le decía a John que tenía razón.

«Pensé que me repudiaría», pensó John.

Pero no, de ningún modo había maldad o repugnancia en aquellos ojos azules. Sino que había amor, diferente al que John sentía, pero amor, al fin y al cabo.

John se alegró por su amigo, ahora era feliz con su amada, algo que él no le podría haber dado nunca. Al menos no en aquella sociedad ni en aquel tiempo. Quizá llegase el día en el que Londres

despejase sus nubes, en el que otro sol invadiese con su luz un nuevo mundo, un lugar donde el amor no tuviese cadenas, donde la única religión que imperase fuese la del amor. Era en aquel mundo donde John sí podría haberle hecho feliz.

Las nubes cubrieron el cielo, la lluvia caía a raudales. Las pequeñas gotas empapaban los ojos sin vida de John North, aunque había muerto con una enorme sonrisa en el rostro, sin derramar ninguna lágrima. Quizá aquella lluvia se debía a que Dios lloraba al ver cómo sus hijos ejecutaban en su nombre a un hombre por el simple hecho de amar.

12

—Hace un día magnífico, ¿verdad? —afirmó Emma mirando de soslayo a Hugo.

—Supongo que hay días en los que Londres no puede hacer otra cosa que rendirse al todopoderoso sol —dijo Hugo mirando al cielo despejado—. Aunque no puede compararse con España, allí el sol nunca deja de brillar…

—¿Las noches son también soleadas? —preguntó Emma con una pequeña risotada.

—Sí, ya que los españoles llevamos una pizca del sol incrustada en nuestro pecho. De ahí que tengamos la piel tan tostada.

Emma giró por completo su cuerpo y colocó su mano sobre el pecho de Hugo.

—Será por eso por lo que paso tanto calor desde que duermo contigo cada noche… —susurró Emma con una pícara sonrisa.

Hugo cogió la mano de Emma y la entrelazó con la suya. Luego, con gran ternura y delicadeza, rodeó con sus dedos el brillante anillo que su prometida lucía bajo los rayos del sol. La boda tendría lugar el diez de febrero y los médicos le habían confirmado que el hijo que esperaban nacería en septiembre.

«Mi sonrisa resplandecería, aunque hoy no hubiera salido el sol», pensó Hugo tumbado en la hierba junto a Emma.

Hugo miró a su prometida y confirmó sus sospechas: la felicidad no provenía del dinero, sino del amor; al igual que su opuesta, la tristeza, derivaba de la falta o ausencia de él.

Durante sus años en el orfanato, Hugo se había preguntado cómo habría sido nacer en una familia normal: cómo habría sido su infancia, qué le habría deparado la vida. Ahora entendía que todo aquello no importaba. Daba lo mismo nacer en un lugar u otro, daba igual ser rico que pobre. El dinero, los bienes materiales, la comida lujosa, las bebidas que incrementan la sed en lugar de quitarla, el teatro, los conciertos de música, la lectura, las competiciones deportivas… nada de aquello tenía el menor sentido si uno no estaba enamorado.

Hugo había sido un infeliz toda su vida, había conocido el grado más alto de la miseria humana y, aun así, había seguido adelante. Su ansia de supervivencia, un anhelo animal y primitivo por no morir, le había mantenido a flote en aquella travesía que era la vida. Pero ahora no vivía por puro instinto, ahora tenía un motivo por el que levantarse todas las mañanas. Ahora sus sonrisas iban dirigidas a alguien, no eran falsas, vacías e inocuas. Había mentiras, por supuesto, pero no falsos sentimientos. Pero, al igual que todo aquello le había dado una razón para vivir, su carencia o ausencia de ello sería el detonante para su prematura muerte.

Los labios de Emma eran para él más letales que cualquier veneno, pues podrían matarlo con solo cerrarse. Los ojos de Emma eran el mayor abismo por el que podría caer. La sonrisa de Emma era la luz que hacía crecer su tallo.

Antes de conocer a Emma, Hugo hablaba sin pensar, sin miedo a las consecuencias; ahora medía cada palabra como un aduanero del muelle. Sabía que su matrimonio con Emma no era ningún milagro, si Dios hubiera existido se habría encargado personalmente de lapidarlo de mil maneras posibles. Había sido la mano del diablo la que había conseguido cerrar aquel acuerdo, una mano fría y añeja, cultivada en Francia, macerada en España y fermentada en Londres.

Que Rufus fuera el padre de Emma había inclinado la balanza, pero Hugo sospechaba que había muchas cosas en aquel enlace que él desconocía, aunque ya no le importaban en absoluto. Había aprendido a no prestar atención a aquello que mermaba su felicidad. Emma y él se amaban, se iban a casar con el beneplácito de ambas familias y, además, iban a tener un hijo.

¿Qué importaba ahora su antiguo pasado en el orfanato?

¿Qué importaba si había matado a un cura?

¿Qué importaba su antigua relación con Juana?

¿Qué importaba su trabajo en el burdel?

¿Qué importaba si se había alegrado de la muerte de Juana?

¿Qué importaba quién la hubiera matado?

¿Qué importaba el asesinato a sangre fría de William Seymour?

¿Qué importaba si después de la boda tenía órdenes de envenenar a Rufus?

Nada, nada importaba. Solo su amor por Emma.

Un amor verdadero.

13

—Emma, podemos hacer esto cualquier otro día, no hay prisa —mencionó Hugo cogiéndola de la mano.

Emma le dedicó una sonrisa sincera, sabía que él tenía razón, pero ella quería empezar su matrimonio purificada. Al igual que las tribus africanas realizaban rituales iniciáticos para aquellos que alcanzaban la pubertad, para los que se casaban y para aquellos que abrazaban los dulces labios de la muerte. Ella también necesitaba aquel ritual.

—¿Ya lo tienes todo? —preguntó Emma.

Hugo abrió su caja de madera, frunció el ceño y asintió.

Emma también abrió su caja, en ella solo había papeles, al igual que en la de Hugo, pero cada papel encerraba un secreto de su pasado, un secreto capaz de hacer peligrar el futuro enlace con Hugo.

La idea había provenido de Martha, la antigua nodriza de Emma, la cual había sugerido que cada uno apuntara sus más oscuros secretos, los metieran en una caja y los lanzaran al Támesis.

Emma sentía curiosidad por los secretos de Hugo, pero no quería saberlos, no quería saber nada que no fuera sobre el futuro de su prometido e inminente esposo. Los secretos, al igual que el pasado, debían ser ahogados. Solo así podría emerger a la superficie un porvenir luminoso.

—¿Preparada? —preguntó Hugo alzando su caja.

Emma echó un vistazo alrededor, su elegante vestido de novia debía llamar la atención de los transeúntes, pero aquello era

Londres, y la Puerta de los Traidores tenía asuntos más acuciantes que dos pipiolos a punto de desposarse.

—Estoy preparada para pasar el resto de mi vida contigo, Hugo Belrose —susurró Emma mientras se acercaba y acariciaba los labios de Hugo con los suyos.

Hugo le devolvió el beso y, acto seguido, dejó caer su caja. Emma le imitó y juntos vieron cómo el Támesis se contaminaba un poco más con los desechos humanos de los dos enamorados.

—El dichoso cura nos estará esperando —gruñó Hugo.

—¿Algún problema con los curas? —preguntó Emma.

—En absoluto —dijo Hugo con una sonrisa mientras le dedicaba una última ojeada al curso del río.

—¿Asustado por lo que te espera esta noche? —preguntó Emma mientras Hugo la abrazaba.

—La verdad es que sí, la sangre me da bastante repelús.

—Tranquilo, seré muy cuidadosa contigo, apenas notarás nada —rio Emma mientras Hugo la alzaba en brazos—. Te quiero…

—¿Ya no me odias?

—¡Mira qué eres iluso! Odiamos aquello que no podemos controlar, aquello que nos hace comportarnos como idiotas, odiamos enamorarnos… ya que, desde en el momento que lo hacemos, nuestra vida deja de tener sentido sin la otra mitad, por eso te odiaba. Y te sigo odiando, porque mi vida ya no tiene sentido sin ti… y toda mi alma, mi ser, mi futuro… dependen de ti. Odio poner mi vida en manos de otra persona, pero en eso consiste amar a alguien…, así que, contestando a tu pregunta, te odio más que nunca.

—Yo sí que te odio —susurró Hugo.

Hugo bajó a Emma y sus labios tocaron los suyos. Durante un instante, la bruma que envolvía Londres se esfumó, permitiéndole al

sol acceder a su adalid español. Fue solo una brizna de luz, pero esa chispa encendió un amor tan ardiente que ninguna lluvia podría apagar jamás.

Epílogo

—¡Papi! ¡Papi! ¡Mira qué rápido van! —exclamó el pequeño Jack Belrose.

—Sí, hijo. Este año creo que también la vamos a ganar —asintió el barbudo Hugo Belrose.

—¿Cuál fue en la que participaste tú, cariño? —preguntó Emma Belrose mientras rodeaba a su marido con el brazo.

—La de 1856, cuando el pequeño Jack no tenía ni un año. Recuerdo que en aquella ocasión Cambridge nos derrotó, pero es que fue distinta a las demás, aquel año empezamos en Mortlake y acabamos en Putney.

—¿No ganaste, papi? —preguntó Jack.

—¿Quién ha dicho que no gané? Puede que perdiera la regata, pero no me importó, pues el año anterior había ganado en el juego de la vida, cuando me casé con tu madre y después, cuando naciste tú —respondió Hugo cogiendo a su hijo en brazos.

—¿Quién ganará este año? —preguntó Jack alzando su pañuelo azul oscuro.

—Oxford, por supuesto —contestó una voz femenina.

—¡Abuela! —exclamó Jack mientras se lanzaba a los brazos de Rose.

—Mi pequeño Jackie, ya tienes nueve años y vas camino de los diez, no puedo contigo, ya eres todo un hombre —dijo Rose dejando a su nieto en el suelo.

—¿Todo a su gusto, lady Belrose? —preguntó Emma.

—¡Oh, cariño! No podrías haber elegido mejor sitio, este lugar es magnífico. La villa Limes es sin duda el mejor sitio desde donde ver la competición —respondió Rose.

—Me alegro mucho de que sea de su agrado. ¡Jack! Corre, que ya les queda poco, vamos a verlo desde allí.

Emma cogió a Jack y se alejó con la excusa de ver mejor la regata.

«Esta chiquilla es más lista que el hambre», pensó Rose.

—Nunca pierdas a tu mujer, hijo. Jamás encontrarás otra igual —susurró Rose.

—Eso no hace falta que me lo digas, madre. Te recuerdo que fui yo quien la eligió.

—Sí, tú la elegiste y yo te la conseguí.

Hugo miró a su madre, luego gruñó y siguió mirando al Támesis.

—Hugo… tenemos problemas…

—Si se trata de Magda, no me interesa… Sabes que ya dejé esa vida —espetó Hugo.

Rose asintió mientras sacaba su pipa y se disponía a fumar.

—Los problemas no desaparecerán por el mero hecho de que los ignores, hijo… Al final será tu vástago el que los resuelva por ti.

—No metas a Jack en esto.

—No seré yo quien lo haga… pero si fuera necesario… le prepararé como hice contigo para que sepa valerse por sí mismo… por si algún día os pasase algo a Emma o a ti.

«Por si Magda os matase», pensó Rose.

—Me alegra saber que siempre podré contar contigo para cuidar de él —mencionó Hugo.

—Claro, hijo.

«Al fin y al cabo lleva mi sangre… al igual que tú», pensó Rose conteniendo una lágrima secreta.

—Bueno… solo quería advertirte hijo… Parece que Oxford ha vuelto a ganar otro año más —mencionó Rose viendo a Emma y a Jack acercarse.

—¡Papi! ¡Hemos ganado! —vitoreó Jack.

—Sí, hijo…, hemos vuelto a ganar… y en un futuro tú serás un remero más de Oxford.

—¿Nos vamos, cariño? —ordenó Emma en forma de pregunta.

—Sí, haríais bien, lo único que ensombrece el día de la regata, aparte de la bruma londinense, es la aglomeración final de la retirada —añadió Rose.

—Ven con nosotros, madre. No me gustaría dejarte a solas con tanta algarabía.

Rose asintió y, cogiéndose del brazo de su hijo, fue llevada hasta un coche de postas.

La barahúnda londinense alcanzaba su mayor pico en la regata anual, por lo que el bullicio era tal que no había manera de avanzar. Cuando ya estaban cerca de su casa de Chelsea, se bajaron y siguieron andando. Por el camino se toparon con un grupo de cinco mujeres y dos niños, ambos de la edad de Jack. Entre las mujeres, la vestimenta de la más mayor, así como su forma de moverse, indicaban que era la líder de la manada.

Madame Belrose y madame Roux cruzaron por un momento las miradas.

No se dijeron nada, ambas sabían demasiados secretos la una de la otra, pero ninguna los había lanzado al Támesis. Las dos se odiaban, tanto como se habían llegado a amar en su juventud, un amor fraternal que se había dado la vuelta a su reverso oscuro.

Rose Fèvre no era alguien dada a dejar cabos sueltos y haría lo que hiciera falta para despejar todo atisbo de tormenta sobre su hijo y su nueva familia. Los Roux y los Belrose estarían siempre en guerra y, al igual que Cambridge y Oxford, habría años mejores para unos y peores para otros. Pero si algo tenía claro Rose Fèvre era que aquella guerra sería continuada por los hijos de cada familia. Hugo y Emma habían ahogado sus secretos y ahora vivían felices en una agradable ignorancia, pero Rose se encargaría de curtir a su nieto para que, llegado el momento, fuera él quien las destripara.

Agradecimientos

Te odio nació cuando estaba hasta arriba de mi saga de fantasía y necesitaba una válvula de escape que no se pareciese en nada a *Fieras*.

Hugo aterrizó en mi mente como un torrente inesperado y, al poco tiempo, tomó el control y comenzó a vivir sin pedir permiso. No sabía adónde me llevaría, ni qué me depararía esa aventura, pero le seguí sin mirar atrás.

Salamanca se convirtió en el lugar de origen, ya que allí pasé unos años maravillosos en mi época universitaria, donde germinaron amistades y recuerdos que, a día de hoy, sus largos tallos siguen enroscándose en mi día a día.

Pensé que sería algo corto, un relato, pero Hugo era incansable, ocupaba mi mente y me requería cada vez más tiempo. Empecé a tirar del hilo y vi que aquel joven tenía mucho más que contar y, gracias a mucha gente, aquí estamos.

A Eva Fraile, mi agente, por apostar por mí en esta segunda novela mientras aún seguíamos trabajando en la primera. También por apoyarme en cada pequeño pasito que doy y darme ánimos cuando me choco contra los muros del mercado literario.

A Adelaida Herrera, mi editora, por seguir confiando en un escritor novel que todavía tiene mucho que aprender de este mundo editorial. Junto con todo el equipo de Planeta que siempre está ahí para ayudarme.

A Samara Ibarra, que pulió y corrigió cada palabra para dar la mejor versión de la obra.

A Tania Izquierdo, por su magnífica ilustración de portada y su trato cordial.

A Gema y Vanessa, por ser de las primeras en leerlo y animarme con sus comentarios.

A Nelva Domínguez y Cristina Monroy, por sus palabras y constante apoyo en esta larga travesía que es la escritura.

A Belén Herrero, mi tía, por sacar hueco para leerse el manuscrito y devorarlo en pocos días.

A María del Carmen Paniagua, mi abuela, que, a pesar de los palos que le doy a la Iglesia, no me echó la bronca y disfrutó mucho de la historia.

A Isabel Albarrán, mi madre, que adoró la historia y a su rebelde protagonista; y cuya infancia con las monjas me sirvieron de inspiración.

A Leticia Bueno, mi compañera de vida y madre de nuestro hijo, por ser siempre la primera en leer cada manuscrito y darme la confianza que tanto necesito. Por apoyar esta gesta cada día a pesar de los maremotos y vicisitudes.

A Salamanca, por su gélida hermosura.

A ti, querido lector. No alcanzas a comprender el poder que tienen tus palabras; tus comentarios de apoyo me dan alas para seguir creyendo en mí mismo y poder daros cada poco un nuevo trozo de mi más íntimo ser.

La historia de Hugo y Emma acaba aquí, pero vendrán nuevas historias, nuevos personajes: esto no ha hecho más que empezar.

Biografía



John Bueno nació en Aldehuela del Jerte (Cáceres) en 1993. Es graduado en Ingeniería Informática por la Universidad de Salamanca.

Primero quiso ser escritor, luego diseñador de videojuegos. Pronto se dio cuenta de que lo que de verdad le gustaba eran las historias, ya fuera en novelas, relatos, tebeos, cine o en juegos: John quería contar historias.

Apasionado de la lectura y la naturaleza. Escribe todos los días, se publiquen o no sus historias, siempre y cuando le dejen sus pequeñas fierecillas o no esté partiendo leña con el hacha.

Su primera novela es *Extinción salvaje*, la primera parte de su ambiciosa saga: Fieras.

Instagram: @elbuenodejohn

Te odio
La reina del burdel de Londres
John Bueno

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© John Bueno, 2026

Diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
Diseño e ilustración de cubierta: Tania Izquierdo
taniaizquierdo.com

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2026

ISBN: 978-84-08-32078-4 (epub)

Composición: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

www.planetadelibros.com/editorial/click-ediciones/94

Otros títulos de Click Ediciones

Extinción salvaje
John Bueno

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Cita
La Casa del Amor
- 1
- 2
- 3
- 4

El puente del pecado
- 1
- 2
- 3

Domingo sin resurrección
- 1
- 2

La Casa de la mancebía
- 1
- 2
- 3

Hugo de Tormes
- 1
- 2
- 3

Vino dulce y palabras amargas
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7

La capital del mundo

1
2
3
4
5
6

«Amoureux»

1
2

Amor prohibido

1
2
3
4
5
6
7
8

Cortejo

1
2
3
4
5
6
7

Obertura

1
2
3
4
5
6
7

Crystal Palace

1

2
3
4
5
6
7
Baile de traiciones
1
2
3
4
5
Te odio
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
Epílogo
Agradecimientos
Biografía
Créditos